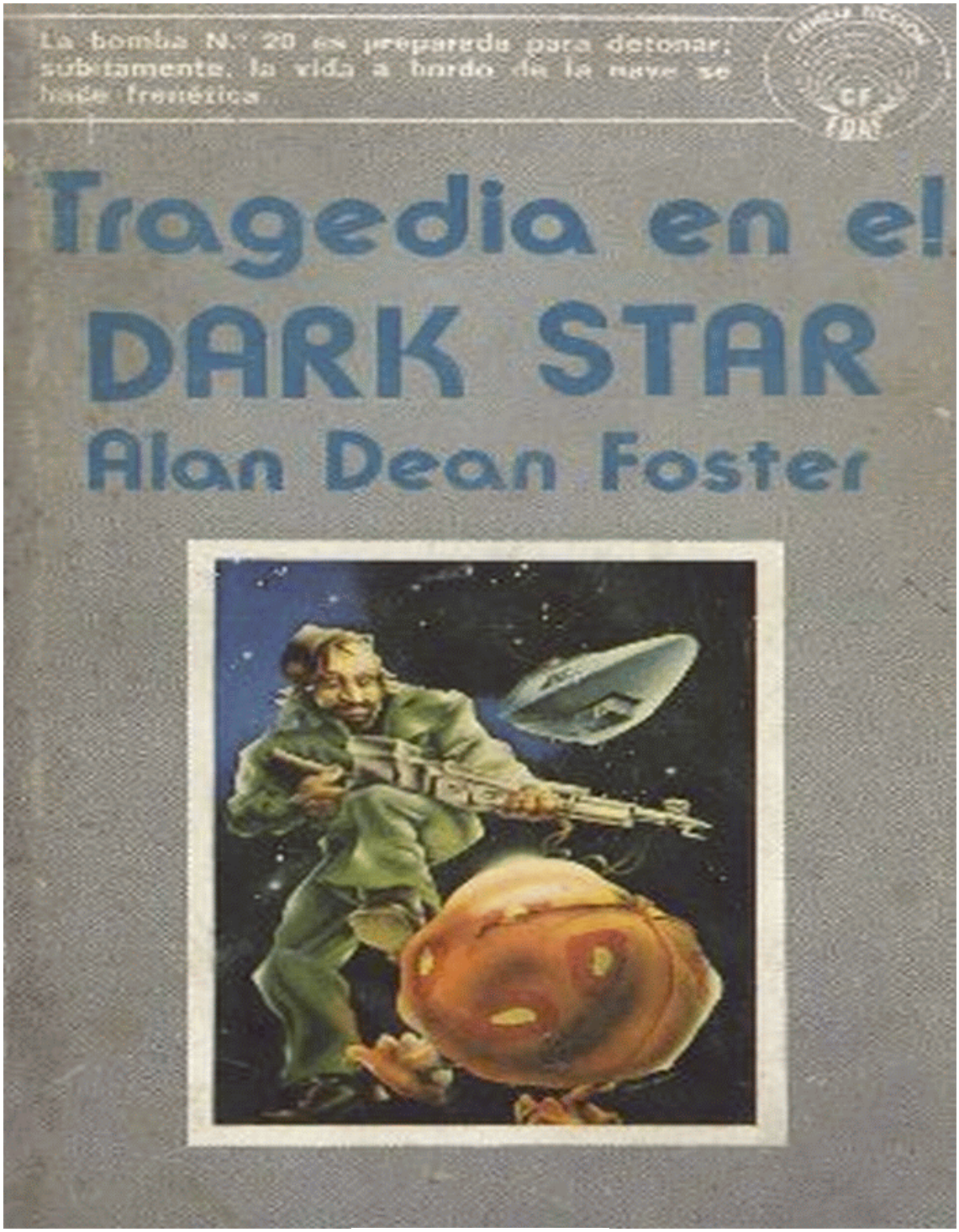
# TRAGEDIA EN EL DARK STAR

## Alan Dean Foster




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*«Auprés de ma blonde.*
*qu 'il fait bon, fait bon, fait bon.*
*Auprés de ma blonde.*
*qu 'il fait bou dormir...»*

## 1

Talby estaba contando estrellas otra vez.

No recordaba exactamente cuándo había perdido la cuenta. Probablemente todas ellas estaban registradas en algún lugar ordenado y oficial en los archivos del astrónomo. ¿O había él desconectado el rastreador? Era difícil de recordar. Parecía haber algo que desconectara todos los instrumentos científicos un momento antes, desconectándolos porque parecía una blasfemia para tanto esplendor el ser reducido a una mera lista en un libro.

En cualquier caso, el número no importaba. Había muchas estrellas, y si los atontados allí en la Tierra querían registros de ellas, que viniesen ellos aquí para hacer su propio rastreo. Talby no entendía cómo uno podía apreciar una estrella usando meros diagramas matemáticos.

Pero él siguió contando. Era fácil. Era natural. Hacía a un hombre sentirse libre. Una estrella, dos estrellas, y con la pequeña hacen tres.

Sólo a simple vista, la mayoría de los navegantes podían distinguir solamente unos pocos grados y magnitudes, pero Talby tenía más práctica que la mayoría de los navegantes. Y él vivía su trabajo.

Para hacerse bueno de veras en ello tenías que pasar grandes períodos de práctica, agudizando tu percepción y sentidos hasta que los ojos y la mente operaban instintivamente. ¿Cómo podía un hombre tomar la medida a un sol si tenía que pararse a pensar en ello? Talby sonrió.

Se inclinó hacia atrás en el sillón neumático del astrónomo, una pálida judía en una vaina de suave color castaño, y miró a través de la cúpula. Había restregado el interior y el exterior tantas veces que la cúpula era casi imposible de ver. Toda imperfección había sido pulimentada de ella, hasta tal punto que ahora no parecía haber cúpula. Sólo Talby y su asiento, flotando en un agujero en la cima de la nave.

De vez en cuando el ligero toque de un dedo iniciaba un mudo zumbido de precisión de la maquinaria. La silla giraría 90, 180, 270 grados, y otra sección del cosmos caería bajo el examen de Talby.

Cinco, seis, recoge los palos.

Talby podía distinguir casi todos los órdenes de magnitud ahora. Naturalmente, cuando las estrellas eran tus mejores amigas, no tenías que trabajar duro para saber de ellas. No tenías que preguntar. Ellas te lo decían y eran felices de ello, te confesaban todos sus secretos sin ser aguijoneadas, sin coacción, sin ser violadas por máquinas torpes que

aguijoneaban y agarraban.

Ese era el problema con las primeras exploraciones extendidas del hombre en el profundo espacio. Había ido como había ido a todas las cosas a través de su historia: cortando y tajando, un hacha en una mano y una guadaña en la otra. Nunca un momento para escuchar, para mirar, para tratar de ver y entender. Era triste.

Y era tan fácil no caer en los mismos errores otra vez. Si sólo lo hubieran tratado de esta manera, si solo él les pudiera hacer ver. Talby sacudió la cabeza, aunque no había nada para ver sino las estrellas. Inútil. Ellos no escucharían. Nunca escuchaban.

Era mejor hacerlo de esta manera. Al menos él no ofendía a nadie. Al menos un hombre había tenido éxito en mezclarse con el universo. Y el universo le pagaba con creces.

Los otros consideraban su especial relación bastante diferentemente, naturalmente. Pobres almas mediocres: su más grande pesar era que él no podía compartir su placer con ellos.

De todos ellos, Doolittle era el que estaba más cerca de entenderlo, y aun así él insistía en que el astrónomo pasaba demasiado tiempo aquí en la cúpula, demasiado tiempo solo, demasiado tiempo mirando el desnudo, vacío espacio.

Vacío espacio: pobre, triste teniente Doolittle. Era sólo vacío dentro de la nave. Nunca entenderían eso tampoco.

Habían pasado sólo unos días, sólo unos meses, unos pocos años. Sin duda, un día Doolittle insistiría en que habían sido demasiados siglos. No había ninguna diferencia para Talby. El había conseguido el claro hecho de dividir el universo en tres partes: él mismo, el resto del cosmos, y sus compañeros de tripulación. Doolittle, Pinback, Boiler y el comandante Powell.

No, no; eso no sonaba bien. Había algo. ¡Oh, sí! El comandante Powell había muerto. Le ocurrió a él, como anteriormente había pasado, que él tendría que forzarse a sí mismo para hacer más de una contribución a la vida de la nave, para ser más que un amigo para los otros.

Tenía problemas para relacionarse con ellos. Cada día se hacía más difícil. El trató de compararlos con sus amigos reales.

Veamos... Doolittle. Doolittle era un colérico gigante rojo, lleno de pasión, fuego y furia, que ardía sin control en momentos impredecibles y desprevenidos. Pero mantenía la nave adelante, lo había hecho desde que Powell había sido eclipsado.

Boiler era un enano blanco, sin referencias a su estatura. Era el más grande de todos, y el más pequeño; el más intenso y el menos demostrativo. Tan probable el derrumbarse como el ir a nova. Su nombre le caía bien.

Y estaba Pinback... Pinback, el término medio, ordinario, bombilla casera del tipo G. Alegremente patético Pinback, siempre de broma, nunca riéndose, apenas notado. Y como una estrella de tipo sol, él soportaba más vida que el resto juntos.

Su mente cambió a otra estrella de tipo G, meditando; una que él recordaba bastante bien, con un mundo inconsecuente chisporreteando

alrededor de ella.

Recordó que una vez él había vivido en ese mundo, que él probablemente —aunque no podía ser verificado sin registros— había nacido en él.

Un dedo tocó y zumbó ligeramente, cuarenta grados más de infinito llenó su vista. Este viejo hacía el siete, hacía el siete y se había ido al cielo.

Allí, en lo más alto de las profundidades; eso parecía un binario. Naturalmente, a esa distancia y usando sólo el simple ojo era bastante imposible decir la diferencia entre una estrella doble de dos estrellas que parecían juntas pero que en realidad estaban a miles de años luz.

Talby sonrió ligeramente otra vez. El lo sabía.

Por un momento consideró si notificarle a Doolittle y los otros su descubrimiento. A ellos les gustaban los binarios.

No, no le gustaría. El resto de la tripulación sólo estaba interesado en planetas. Al menos, Boiler y Doolittle lo estaban. Pinback estaba interesado en todo sin estar interesado en algo.

Pero los otros dos..., a ellos les gustaban los planetas bastante. Los habitables primero y luego los inestables, que podían hacer a los otros inhabitables, en un futuro imprevisible. Se dio cuenta que últimamente Doolittle en particular se estaba haciendo más y más aficionado a los inestables, y eso molestaba a Talby por razones que no podía fijar.

Insignificantes manchitas de polvo llenas de gérmenes..., planetas. Motas inconsecuentes, hongos en la piel de la galaxia. Inclinó la silla más elevadamente y miró al exterior con presunción.

Dejad a Doolittle, a Boiler, a Pinback, tener sus enmohecidos pequeños mundos. El, Talby, existía en perfecta unicidad con las mismas estrellas.

¿Cómo podía él preocuparse de notar algo tan minúsculo como un planeta?

¡Oh, había otras cosas lo suficientemente grandes para interesarle! Nebulosas ocasionales: delicadas, bonitas, pero insustanciales. Las infrecuentes aberraciones, como los negros agujeros, eran antiestéticos.

Dejad a Doolittle pensar de él lo que quisiera; no le molestaba. El se mantendría cortés, sin importarle qué oscuros pensamientos interpretaran ellos. Dejad que piensen lo que les guste siempre que mantengan a la nave funcionando eficientemente para él.

Porque eso era lo que la cabeza del astrónomo del *Dark Star* había llegado a pensar de ello. El no era ya un componente de la nave; más bien la nave existía para sustentarle. Suspiró en perfecto contentamiento.

Siempre que los otros le dejaran solo para estar en comunión con sus amigas, las estrellas, él era feliz. Las miríadas de soles sin movimientos eran suficiente para él. Los soles, y quizá algún día, el Fénix.

Nueve, diez...; empezar otra vez.

*El sargento Acero se agarró bien a sus tripas según miraba cómo se acercaba un Panzer Goëring. La anilla de la granada estaba sujeta amargamente a sus dientes. El tenía una oportunidad para la sección.*

*Levántate y mete ese huevo por la abierta escotilla del Panzer antes que sus 88 milímetros y sus ametralladoras gemelas escupan muerte entre los atrapados hombres. Él se levantó de un salto...*

El comunicador hizo un zumbido llamando la atención. Pinback retiró la vista de mala gana del roto tebeo de *Historias Reales de Guerra y Acción* y miró al grupo de interruptores colocado en la pared. Por un momento pensó que el zumbido había parado. Volvió al ocupado sargento Acero, pero el desagradable instrumento le interrumpió otra vez.

Se vio forzado a prestar atención.

La voz de Doolittle parecía suavemente irritada.

—Pinback, si puedes arrancarte a ti mismo de mejorar tu mente, podríamos usarte más adelante. Nos estamos acercando.

—¡Ah! estoy llegando a la parte buena. Doolittle.

—Has leído todos esos tebeos por lo menos treinta veces, Pinback —respondió el teniente cansadamente—. Mueve el trasero.

—¡Oh, de acuerdo! —Pinback apagó el intercomunicador y amorosamente marcó el sitio en el tebeo.

—De todas maneras, a la porra con Doolittle —comentó a sí mismo según andaba lentamente. Así es que tenían otro sol que volar. ¿Y qué? No les habría matado el dejarle acabar el libro. Algunas veces Doolittle le ponía nervioso.

Como era usual, nadie le dijo una palabra cuando entró en la estrecha habitación donde estaba el puente de control. Deslizándose calladamente en su asiento entre Doolittle y Boiler, hizo un chequeo normal de los controles y asintió a sí mismo.

«¡Uh, uh! bastante seguro.» Tenían mucho tiempo antes de entrar en la distancia de tiro del astro en el que tenían que hacer blanco. Doolittle simplemente quería irritarle al traerle más temprano. Bueno, no iba a dejar que así pareciese.

Luego notó el comunicador centelleando ociosamente en la base de su rejilla. Era el receptor de profundo-espacio. Miró a la derecha a Boiler, luego, a la izquierda a Doolittle. Sus indicadores estaban encendidos también, aunque ninguno de los dos hombres parecía notarlo, o importarles. No podía decir cuánto tiempo habían estado encendidos.

Activó la rejilla y la voz del computador anunció prontamente: «Atención, atención. Comunicación que va a llegar de la Base Tierra. Misión Control. Sonido McMurdo, Antártida. A Nave Exploradora *Dark Star*»

Asombrado. Pinback echó otra mirada a sus compañeros. Ninguno parecía todavía ni un poco interesado. Bueno, nadie iba a hacer que él se enfadase. Así es que ignoró la computadora también, mientras el mensaje volvía a repetirse.

Un hombre era ya demasiado en el puente. Con los tres era intolerablemente apretado y altamente eficiente.

Pero había otras razones para que el puente fuera tan pequeño. Una era que las muchas secciones de la nave, ahora vacías, habían sido una

vez llenadas con acres comprimidos de comida, partes de repuesto y material viviente, del cual la mayoría había desaparecido ahora.

Y había habido mucho sitio para las bombas. Molestaba a Pinback que Doolittle y Boiler persistieran en llamarlas bombas. El siempre trataba de que se refiriesen a ellas por sus nombres: aparatos disparadores termoestelares.

Pero Doolittle persistía en llamarlos bombas. El término parecía inadecuado a Pinback para tan deforme y preponderante concatenación de la tecnología moderna. De vez en cuando Boiler les llamaría algo más, usualmente inmencionables, porque las bombas eran la principal razón de que ellos estuvieran en esta misión.

Talby no los llamaba bombas, ya que Talby no se refería a ellas en absoluto. Por supuesto, Talby estaba loco de alguna manera, por lo tanto no importaba gran cosa. Pero lo que también molestaba a Pinback era que Talby no parecía loco. La alternativa era que Talby estaba cuerdo y el resto estaban locos. Pinback encontró esta línea de pensamiento desagradable, y la apartó.

Ahora el comandante Powell; él siempre los había llamado aparatos disparadores termoestelares; pero el comandante Powell estaba…

—Atención, atención. Comunicación entrante de la Base Tierra. Misión Control. McMurd…

La tensión era demasiado para Pinback. A la porra Boiler.

—Eh, muchachos —dijo él finalmente. En su voz la usual combinación de mitad ruego, mitad gemido—. Es un mensaje desde la Tierra. Todo el camino desde la Tierra. ¿No va nadie a reconocer esto?

La reacción de Boiler era predecible. Simplemente se apoyó en la silla, apretando botones alternativamente. Los botones no hacían nada. Nadie podía decir nunca más para qué servían. Pero el apretarlos no afectaba a la nave, por lo tanto Boiler seguía haciéndolo. Apagando, encendiendo; apagando, encendiendo. Últimamente, estaba pulsando cosas, no siempre inanimadas. Pinback tenía simpatía por Boiler, aun cuando el caballero de pelo color arena odiara las tripas del sargento. A Pinback le gustaba todo el mundo. Realmente, era lo mejor de él.

Así es que siguió tratando de hacer amistad con Boiler. Cuando Boiler lo ponía particularmente difícil, Pinback lo razonaba diciendo que era su contribución para mantener la moral de la nave. La tarea era necesaria, entonces, para el bien de la nave al igual que para el bien de Pinback. Secretamente, en el fondo, lo que él realmente quería hacer era ver a Boiler reducido a sus átomos componentes. Y lo mantenía en el fondo, porque sentía miedo de Boiler. No tenía ninguna duda, ninguna duda en absoluto, de que Boiler podía hacerle papilla a golpes cuando quisiera.

Pinback centró su atención en Doolittle, trató de poner un poco más de firmeza en su voz, pero falló miserablemente.

—Teniente Doolittle, señor, ¿no vamos a aceptar el mensaje, señor?

Doolittle le miró con ese aire débilmente despreciativo que parecía reservar para Pinback solamente.

—¿Mensaje? ¿Por qué molestarse? No tendrían nada interesante que decir. Así es que, ¿por qué molestarse? Además, tenemos un mundo

inestable que se nos acerca, Pinback. ¿O lo has olvidado ya? Podías haberlo olvidado, tú lo sabes. Eres particularmente bueno en olvidar cosas. Pinback.

¡Allí! ¿Por qué tenía él que ir y decir una cosa como ésa? Pinback trató de ignorarlo.

—Yo sé eso, señor. Ya sé que tenemos otro mundo inestable que volar. Y estoy preparado para ello, señor, preparado como siempre, ¡pero un mensaje de la Tierra! No hemos tenido un mensaje de la Tierra en... bien... en días, señor.

—Meses —masculló Boiler.

—Años —corrigió Doolittle.

Pinback estaba descorazonado. El malamente quería oír el mensaje. Pero ¿lo podría aceptar él mismo? ¿No sería ése un paso intrépido?

¿Por qué tendría que serlo? El era superior en rango a todos los de la nave, a excepción de Doolittle. Eso era, él habría pasado a todos excepto a Doolittle. Sí, él era el sargento Elmer Pinback, de las Fuerzas de Exploración Espacial. Pero él no era el sargento Elmer Pinback. ¿O lo era?

Si él no era el sargento Elmer Pinback, ¿quién era él entonces? ¿Qué había dicho Doolittle de olvidar? ¡No, no!

Miró abajo a su uniforme y suspiró aliviado. Definitivamente, el nombre cosido a su jersey decía Pinback. Y ése era el único nombre que él podía pensar para él, aunque hubiera una pequeña ventana abierta en su mente, sólo una grieta, que...

La cerró de un portazo, había evitado la necesidad de tomar una decisión, lo que le agradaba grandemente. No le gustaba tomar decisiones. No era muy bueno en ello y nunca lo sería.

A Doolittle tampoco le gustaba tomar decisiones, pero parecía natural en él. Oh, el teniente no tenía ninguna aptitud para ello, y no lo hacía con mucha convicción; no como el comandante Powell. Pero a Pinback no le importaba, siempre y cuando él no tuviera que hacerlo.

Doolittle estiró una mano y tiró de la palanca de recepción.

La pantalla principal sobre sus cabezas empezó a aclararse. Pinback miró arriba ansiosamente, con esperanza. Quizá, quizá aún pudiera ser una orden de anulación. Se reprendió a sí mismo. Era una imbecilidad pensar eso. No habría ninguna orden de anulación o de volver a casa hasta que hubieran acabado su misión.

Pero el tener esperanza no hacía daño a nadie. Los ojos de Doolittle se inclinaron fácilmente hacia arriba, y después de un momento los de Boiler, a causa del aburrimiento, sin duda. Una pausa mientras el computador desenredaba, realineaba y realzaba el comunicado de alta emisión y de extremo largo alcance. Luego, la pantalla se aclaró y un extraño apareció en la mitad de ella.

El extraño tenía una ancha cara rosa con una piel de inaguantable color rosa pálido. El resto estaba investido en un apretado y fresco uniforme.

Tenía dos ojos azules, una nariz dividida, una boca con el normal complemento de dientes, ahora ensanchada en una amplia sonrisa, y no era más viejo que cualquiera a bordo del *Dark Star.* Esto le hacía

parecer no más joven e inocente. Estaba afeitado cuidadosamente y con el pelo al rape en la cabeza, lo que hacía que su cara pareciese obscenamente desnuda. El extraño era un ser humano.

La tripulación del *Dark Star* habían sido seres humanos una vez. Seres humanos ejemplares. Un quinteto de los más conseguidos seres humanos jóvenes que existían. Pero todos habían cambiado en alguna manera desde que la última y ardiente evaluación había sido hecha.

Ellos fueron escogidos en parte a causa de su juventud. A causa de ella, ya que ellos podían estar fuera de la Tierra sólo durante cinco o diez años de tiempo de navegación. Un siglo aproximadamente pasaría en su mundo.

Se creía que jóvenes volviendo de tal prueba les sería más fácil poderse adaptar a cualquier nueva sociedad y civilización que encontrasen que hombres de mediana edad volviendo viejos. También, cuanto más jóvenes los hombres, más elásticas sus emociones, más rápidos sus reflejos, y menos lo que tendrían que recordar y por lo que estar tristes. Al menos, eso era lo que pensaban los psicometristas.

En parte tenían razón, y en parte no. Los hombres del *Dark Star* tenían menos de qué acordarse que los viejos. Pero lo recordaban mucho más fuertemente.

Así es que miraron al espejo que era la pantalla del comunicador y observaron, mientras el pálido organismo extraño chapurreaba algo sin sentido, y odiaron lo que éste representaba ahora.

Era más duro para Doolittle. Talby tenía sus estrellas, Pinback sus casi recuerdos y sus tebeos y Boiler su silenciosa angustia; pero Doolittle tenía sólo sus memorias, mantenidas más fuertes que la mayoría. Por tanto, él lo odiaba más que los demás.

Odiaba el baño de agua caliente que el hombre había claramente disfrutado no haría mucho tiempo. Odiaba su agradable sonrisa y su honesta buena naturaleza. Odiaba sus limpios vestidos y brillantes charreteras y el fresco aire, y más especialmente odiaba a la chica que el hombre iría a encontrar esa noche después de que acabase de preparar su comunicación. Odiaba las cosas suaves, el fino y suave estómago, geométricamente lascivo...

Odiaba las computadoras que veía dando vueltas desprovistas de inteligencia detrás del hombre, y las computadoras que regían a esos hombres y sus esposas, y los amigos de sus esposas, y los amigos de los amigos de las esposas, y los tipos que jugaban al golf los domingos, y los críos de los tipos que jugaban al golf los domingos, y las excursiones que hacían todos a la playa...

A la playa, la almenara del mundo, la luz verde oliva que quemaba la parte de atrás de sus cráneos.

Los odiaba a todos ellos: a los pagadores de impuestos, que habían tentado las fatuas exhortaciones de los científicos y políticos para hacer los habitables mundos de la galaxia seguros para la colonización humana. Hacerlos seguros al fundar el proyecto *Dark Star.*

El hacerlos seguros quitando todos los cuerpos planetarios inestables y mundos extraños que coexistían en la galaxia entre ellos. Una excentricidad de órbita, un interno estruendo de indigestión en fusión,

era suficiente para mandar la mensajera dentro del *Dark Star* sobre un planeta para plantar un disparador termoestelar dentro de su intestino bajo, implantando una reacción en cadena, y apartar de él toda posibilidad de interferir con las futuras colonias humanas. Era a éstos a los que Doolittle odiaba más, ya que ellos eran esencialmente los responsables de que estuviera él aquí. Y porque no le dejarían volver a casa hasta que esta carrera hubiera acabildo.

No es que la tripulación del *Dark Star* no fuera de confianza, o que no estuvieran entre los más estables de la raza, no; pero había siempre la posibilidad —sólo una sugestión, decían los psicometristas— de que aun los mejores hombres se podían volver locos en un viaje de tanta duración. Así, para más seguridad, la misma *Dark Star* había construido dentro de su estructura material un explosivo que se podía hacer inerte solamente cuando el último disparador termoestelar fuera arrojado satisfactoriamente, según estaba grabado en la computadora. Entonces se les permitiría volver a casa llenos de honores y aclamados.

Así es que no podían dejar que uno de esos bastardos planetas quedara en el patio del Viejo Sol.

Además, casi habían acabado. Lo que empezó como un viaje ocioso, se había convertido en una búsqueda frenética por otro planeta inestable, y otro. Dieciocho planetas inestables destruidos en tres años, tiempo de nave. Tres años, veinte años allí en la Tierra.

Estaban más allá de los mejores cálculos, pero ciertas cosas que los psicometristas no habían imaginado podían conducir al hombre a un esfuerzo sobrehumano.

Y ahora sólo quedaban dos bombas, números diecinueve y veinte; y una vez que fueran lanzadas en su suicida carrera, el *Dark Star* podría irse a casa. A casa..., de vuelta y entre los extraños que él odiaba.

Doolittle no recordaba cuándo empezó a odiar a los extraños de piel rosada. Pero entonces le sorprendió que no recordaba muchas cosas últimamente —desde que el comandante Powell había muerto—. Activó el interruptor de comienzo.

El extraño tosió ligeramente, aclaró su garganta, y empezó suavemente, con sólo un ligero matiz de inseguridad.

—Hola, muchachos —dijo alegremente—. Me alegro de que recibáis el mensaje finalmente. Os interesará oír que fue emitido en directo en toda la Tierra, en el mejor tiempo de emisión. Deberíais haber visto las clasificaciones, muchachos. Quiero decir que fue fenomenal. Desbancasteis a los más altos...

El extraño dudó, como si estuviera escuchando a alguien en el estudio; asintió con la cabeza imperceptiblemente y habló otra vez, más solemnemente ahora.

—Sobre la primera nave colonizadora. Todo el mundo en las Naciones Unidas ha estado discutiendo durante meses acerca de ello, pero vuestro mensaje ha hecho que esto quede para las fuerzas precolonizadoras. Nada como una honesta emoción para dominar a los recalcitrantes políticos. Los jefes, aquí en Misión Control, están realmente orgullosos de la manera que vosotros, muchachos, expresáis verdadera angustia y lágrimas, y todo. Deben de estar a punto de

empezar la construcción actual de las naves cualquier día. Sólo quedan unos pequeños detalles que limar. Como los soviéticos claman que ellos fueron los inventores del impulsor de profundo espacio, dicen que ellos deberían tener un mayor número de colonos; mientras, los chinos piensan que deberían ser cargadas de acuerdo al porcentaje de población. Los israelíes están tratando de conseguir una súper porción por haber diseñado ellos la computadora; y nosotros, naturalmente, creemos que, ya que hemos pagado la mayoría de los materiales y suministrado la tripulación, debemos tener mayor cupo que los italianos y los...

Otra vez el extraño parecía confundido, escuchando algo fuera del alcance del micrófono. Su sonrisa reapareció fácilmente un momento más tarde.

—Pero todo eso es política interna y no necesita preocuparos a vosotros, muchachos, del buen trabajo que estáis haciendo —dudó y pareció ligeramente preocupado—. El retraso en estos mensajes se está volviendo más grande, más grande aún de lo que los muchachos aquí en computación de relatividad habían esperado. Suponemos bajo la base de los diez años de retraso que estáis aproximadamente a unos diez pársecs. Nosotros anticipamos originalmente, como recordaréis, que estaríais en una órbita circular más próxima a la Tierra. Pero supongo que los sistemas con mundos habitables y los inestables en combinación estaban más lejos de lo que los muchachos aquí suponían, ¿verdad? La conclusión de lo que estoy tratando de decir es que aquí algunos se ponen nerviosos cuando no reciben noticias vuestras con la frecuencia programada. Ya sabemos, muchachos, que tenéis muchas cosas que hacer, pero —Boiler hizo un sonido de gruñido— tratad de mandarnos unas líneas con más frecuencia, ¿vale? Sólo para decir hola —su sonrisa se ensanchó débilmente y miró hacia abajo a un papel indicativo fuera de la visión de la cámara—. En cuanto a lo específico de vuestros mensajes, sentimos el oír los escapes de radiación en la nave, pero contentos igualmente de oír que sólo afectan a menores mecanismos y no han tocado nada básico de vuestra misión. De veras, sentimos lo de la muerte del comandante Powell. Personalmente, yo estuve abatido. Como es natural, nunca tuve el honor de conocerle, pero recuerdo cómo solíamos leer de él y vosotros, muchachos, en la escuela. Hubo una semana de duelo aquí en la Tierra. Las banderas estuvieron a media asta, y una investigación a nivel de Congreso fue hecha para investigar la firma que hizo el asiento defectuoso. Aun así, estamos informados de que el corto circuito en el asiento suele pasar una vez entre un millón, así es que el resto de vosotros no tengáis escrúpulos por sentaros. ¡Ja, ja! —sonrió otra vez—. Estamos con vosotros totalmente, muchachos. La tarea que estáis haciendo ahora será recordada por los billones de colonos durante miles de años en el futuro, cuando todos esos sistemas que habéis limpiado estén llenos de florecientes nuevas poblaciones; todos operando bajo principios democráticos, esperamos —parpadeó—. Ahora, sobre vuestras dos peticiones... —sus ojos se dirigieron al escondido papel otra vez.

—Le odio —murmuró Doolittle bajo su respiración.

—Jo, qué tío más agradable —sonrió Pinback variamente.

Boiler gruñó y apretó botones.

—Primero —continuó—, sobre vuestra petición de un escudo contra radiación y mecanismo de soldadura para reponer la aparentemente plancha defectuosa —sacudió la cabeza—. Siento tener que deciros que ha sido denegada. Odio daros malas noticias cuando vosotros, muchachos, estáis haciendo tan maravilloso trabajo, pero creo que lo tomaréis con buen espíritu —echó una mirada teatral—. Ya sabéis cómo son los políticos cuando se menciona el dinero. Ha habido algunas reducciones en la *recaudación* de las Naciones Unidas, y luego, con el dinero para las naves colonizadoras, y todo teniendo que pasar por el comité, no podemos permitirnos mandaros un rápido cargamento a hipervelocidad. Tengo que confesar que no nos ayudó mucho el tener que admitir que no sabíamos dónde os encontrabais; pero ¿habéis tratado de explicar a un ministro de Malasia cómo de grande es un pársec? Pero yo sé que vosotros lo entenderéis. Habéis estado haciendo cosas maravillosas hasta ahora. Lourdes —él es ahora nuestro jefe del proyecto, y el más agradable y dulce tipo que podáis encontrar en cualquier sitio— dice que no sabe cómo tú y Boiler conseguisteis el protector redistribuido cerca de la transmisión sin haber conseguido una dosis letal de radiación. El no cree que eso os haga estériles, ya que, en primer lugar, habríais de estar muertos; pero vosotros, muchachos, no os preocupéis por eso. En cuanto a la otra petición —se inclinó hacia adelante y miró hacia derecha e izquierda de una manera conspiratoria—; francamente, si ello dependiera de mí, y de los de aquí de Misión de Control del Profundo Espacio, nosotros os criostataríamos seis muchachas y las dispararíamos a vosotros. El único problema es que algún idiota le sopló a la prensa la petición, y ellos lo amplificaron fuera de proporciones. Pero no os preocupéis —se sentó y volvió a pestañear—; nosotros mentiremos por vosotros, muchachos... Diremos que fue simplemente una broma de vuestra parte para mostrar lo bien que lo estáis haciendo, ¿vale?

Boiler estaba apretando botones ahora más de prisa.

—¡Vaya, qué muchacho más simpático! —repitió Pinback, su sonrisa un poco menos ancha ahora.

«Quisiera que él estuviera aquí arriba y yo allí abajo sonriéndole idiotamente a él» —pensó Doolittle desesperadamente.

—Así es que me temo de verdad que la petición ha sido declarada inoperativa. Pero al menos vosotros sabéis que aquí abajo nosotros simpatizamos con vosotros. Son los de más arriba quienes están haciendo las cosas difíciles.

—Apuesto que es tan marica como un billete de dos dólares —dijo Boiler repentinamente—. Reina brillante —gruñó.

—Parece marica. Mira sus uñas.

—Esa puede ser la moda en la Tierra —contradijo Pinback—. De todas maneras no se le ven las uñas; están bajo la pantalla de visión.

—Bueno, yo las veo —insistió Boiler, alzando la voz peligrosamente. Miró ferozmente al sargento—. ¿Ya empiezas?

—Bien, caramba, no —admitió Pinback—. Quiero decir que no me

parecía que significase tanto para ti... Quiero decir...

—Malditos maricones —rugió Boiler.

—Tranquilo, Boiler —dijo Doolittle suavemente. Tenía el dedo en el botón de mantener—. Hemos empezado... Podemos también oírlo todo —al tiempo que levantaba el dedo del control. Boiler prodigó una última mirada llena de fiereza sobre el sumiso Pinback y volvió a apretar botones. No parecía tan divertido ahora. El maldito marica había roto su concentración. ¿Quién necesitaba su maldito mensaje de todas maneras?

—Así es que... Es así como están las cosas en la Tierra. Quisiera que hubiera algo más que decir —y por un momento un ligero temblor de humanidad apareció en la cara del extraño. Otra vez pareció que escuchaba las palabras que le decían desde fuera de la cámara, y el temblor desapareció—. Bien; como sabéis, estas llamadas al espacio cuestan mucho dinero, así es que todo lo que puedo decir de parte de los de aquí en McMurdo es que sigáis haciéndolo tan bien y que nos deis noticias vuestras más frecuentemente, ¿vale?

Chisporroteo... pop... las palabras FIN DE LA COMUNICACIÓN aparecieron en la pantalla. Doolittle lo apagó.

—Me sorprende que no nos haya mandado un beso de despedida —murmuró Boiler. Los otros dos le ignoraron.

—Es agradable que piensen tan afectuosamente de nosotros allí abajo, ¿verdad muchachos? —aventuró Pinback cuidadosamente, mirando a Doolittle, luego a Boiler, y otra vez, de vuelta a Doolittle—. ¿Verdad?

—En cierta manera. Pinback —dijo Doolittle, trabajando en los controles—. Estamos casi allí. Tenemos un planeta que volar.

—¡Ah, caramba; vosotros, muchachos, nunca queréis hablar más! —Pinback dobló sus brazos y se sentó, malhumorado—. Vuélalo, vuélalo; eso es todo lo que pensáis. Eso es lo que hacemos todo el tiempo. ¿Cuándo fue la última vez, que nos hemos sentado alrededor de una mesa y hablado? ¡Huh! ¿De nada en particular?

—Tú haces eso todo el tiempo —comentó Doolittle.

—Sí; pero es bastante aburrido el hablar con vosotros si nunca respondéis. Es lo mismo que hablar con una pared.

—Tú siempre haces eso.

—Oh, te crees muy listo, Doolittle —murmuró Pinback en silencio—. Siempre preparado con una contestación rápida, ¿verdad? Bien, bien, ya veremos quién sale de esta misión con la salud limpia. Espera que los muchachos de psicología te echen una mirada dentro de tu cabeza. Entonces te pesará no haber hablado cuando tuviste oportunidad. Traté de ayudarte. Doolittle, pero tú no quisiste ser ayudado; así es que no me eches la culpa cuando te encierren en solitario para observación, con doctores picando y escuchando y pinchando en tu cerebro, cavando, cavando...

Pinback se alegró cuando Doolittle cambió de la pantalla de comunicaciones encima de sus cabezas al fonocaptor visual anterior. Estaba empezando a ahogarse en el sudor de sus propios pensamientos. Un mundo se fue enfocando. Era estéril, vacío, desierto.

Ningún animal se movía en su superficie, ningún pez nadaba en sus mares. Nada crecía ni nada se movía. No era diferente del millar de otros mundos que ellos se habían encontrado, pero tenía una cosa en común con otros dieciocho, los otros dieciocho que habían encontrado y destruido.

Habían encontrado dos mundos habitables en este sistema. Un planeta era bastante parecido a la Tierra, el otro, al margen, lo mismo. Algún día cada uno podría mantener una población tan grande como la de la Tierra hoy en día.

Pero tal como estaban las cosas allí, no era plan poner una incipiente civilización en ninguno de ellos, porque este mundo, de acuerdo a las predicciones de la computadora, estaba en una órbita inestable. En no más de dos mil años ni menos de cinco mil entraría en espiral para caer o interceptar a su propio sol.

Existía la posibilidad de que nada pasase; el mundo podía hacerse cenizas instantáneamente. De todas maneras, si las condiciones eran las apropiadas, podía ser suficiente, justo lo suficiente, para alterar la posición de la estrella con relación a sus planetas habitables. O aún peor, ponerlo en senda a nova.

Asolarlo, y no querer, pensó Doolittle, es el lema de los científicos que habían propuesto y organizado el *Dark Star* y sus objetivos.

Así, ahora ellos comenzarían las operaciones para eliminar tranquilamente un mundo en silencio, en una preponderante y sin sonido, gigantesca explosión, más grande que cualquiera vista en la Tierra, asegurando de tal manera, el sistema para Mama, el Pastel de Mañana, y otros cuatro o cinco billones de insectos sociales llamados hombres. Una voz sonó en sus auriculares.

—¿Qué dices, Pinback? —musitó en respuesta.

—*Goggle, freep, tweep.*

Habló por el micrófono otra vez.

—¿Qué fue eso? Todavía no te puedo entender —se podía ser amable con el pobre Pinback. Después de todo, trataba de hacer la tarea de sargento con la mejor voluntad.

Pinback siempre estaba tratando. Ese era uno de sus problemas. A veces, le recordaba a Doolittle al joven oficial que había mandado el mensaje desde la base en la Tierra.

Uno de estos días el cabo Boiler iba a...

Pinback echó el micrófono a un lado y se inclinó.

—He dicho que estoy tratando de llegar a Talby. Algo está mal con el maldito intercomunicador. Si no vas a hablar conmigo, entonces me voy a trabajar. Necesito un diámetro de aproximación de último minuto. ¿Esperas que me lo imagine yo?

—Cálmate, Pinback. Hay algo que no funciona en toda esta nave — dio un golpecito con el dedo en su micrófono—. Talby, Talby, éste es Doolittle. ¿Me lees? Respóndeme, Talby... Despierta, hombre.

—Once, doce, trece. Me pregunto qué es eso que he visto...

Tres soles blanquiazules, justo encima del plano de la eclíptica. Escribió de prisa estos planetas en su catálogo mental. Extrañó ver tres

de la misma magnitud agrupados tan juntos. Otra interesante sorpresa.

El no sabía exactamente cuántas estrellas estaban anotadas en su colección privada. Había por lo menos varios miles. Lo sabría mejor si las metiera oficialmente en los archivos de la nave; algo que él se negaba a hacer.

Doolittle le había reñido cuando se enteró de lo que el astrónomo estaba haciendo; o mejor lo que no estaba haciendo. Pero la sonrisa de Talby le había derrotado. No se podía reducir una estrella a un número abstracto, le había tratado Talby de explicar pacientemente. Era degradante para ambos, el hombre y la estrella. Doolittle renunció al cabo de un rato.

Talby tocó los controles y la silla de observación giró noventa grados, inclinada hacia adelante. Quizá pudiera convencer a Doolittle para que girase la nave y así poder ver la otra mitad del cielo durante un momento. Doolittle nunca entendía estas peticiones. El insistía en que después de un rato todas las estrellas parecían lo mismo: uniformes, pequeñas moscas volando alrededor del fuego brillando en la noche espacial. Talby no podía hacerle entender. Pobre Doolittle.

Pobre Talby.

Algo zumbaba en su cabeza. Al principio pensó que sería uno de sus dolores de cabeza. En cierta manera, así era.

—Talby, Talby, éste es Doolittle. ¿Me puedes leer? Responde, Talby.

El cabo pestañeó, se forzó a sí mismo fuera del real universo y de vuelta al irritante mundo de pesadillas de la realidad... el triangular mundo de sueños del *Dark Star.*

—¡Oh, sí. Doolittle! Sí, te leo. ¿Qué pasa?

Doolittle continuó manipulando los instrumentos enfrente de él según hablaba a Talby. El astrónomo le estaba empezando a preocupar. No, no... eso no era bastante acertado. Talby hacía tiempo que le preocupaba. Siempre quiso hacer algo sobre esto, pero había tantas cosas de las que preocuparse, tantas otras tareas de las que él era ahora responsable...

No era que Talby hiciera algo que amenazase la seguridad de la nave; todo lo contrario. Era eficiente en sus deberes hasta el punto de la anormalidad. Pero a Doolittle le molestaba que el astrónomo pasase tanto tiempo en la cúpula de observación. Doolittle se sentía molesto con Talby; no comía con el resto de ellos. Le molestaba que Talby no se reuniera con ellos para los períodos de recreo en grupos terriblemente aburridos.

Pero lo que más molestaba a Doolittle era que Talby parecía totalmente feliz...

—¡Uf!, ¿teniente Doolittle? —pestañeó y miró irritadamente a Pinback.

—Estoy bien, Pinback. Hola. ¿Talby? Necesitamos un diámetro de aproximación aquí.

—Roger, Doolittle —respondió Talby presto, eficiente—. Lo tendré en un minuto.

—Talby. ¿estabas contando otra vez?

—Yo siempre estoy contando, teniente. Usted ya sabe eso. —Una pausa. Luego—: Punto cero nueve cinco; ningún montaje especial requerido.

—Gracias, Talby —dijo Doolittle brevemente.

A Doolittle no le hubiera gustado odiar a Talby. Por su felicidad, por su fácil eficiencia, por la manera en que llevaba la agonía del viaje. Pero no podía. Talby era uno de ellos. Talby era humano de una manera que el mensajero de cara de rana de la Tierra no lo era.

—Necesito —intervino Pinback otra vez— una lectura GHF en la corrección de la gravedad.

—Lo comprobaré —replicó Doolittle.

—Tendré una BySA más uno, Boiler.

Doolittle casi sonrió. Estaban operando sueltos, fácil ahora. La tripulación superadiestrada del *Dark Star* estaba haciendo el cometido para el que fueron enseñados. Cada hombre llegaba a ser parte integrante de la unidad, cada uno subordinando sus opiniones particulares, deseos, sentimientos a las más importantes demandas de la misión.

Era casi como hacer el amor. Podían aun pensar en eso ahora sin romperse, cuando se funcionaba como un equipo; y aun pensar en el sexo. No, no; ése era un pensamiento que él tenía aun que suprimir. Los psicometristas habían previsto que ellos estarían compensados adecuadamente para eso, pero desde que el autoerogenizador se había roto...

Comprobó un indicador y dijo:

—¿Pinback?

—Sí. Doolittle.

—Tu lectura GHF es menos quince.

—Vale —Pinback hizo cosas con los controles en su estación, arrugando el ceño ligeramente.

—¿Doolittle?

—Sí.

—Necesito una... —dudó, comprobó la lectura— una indicación del computador en la marca error seguro.

—Roger, Pinback.

—Boiler, ¿me lo puedes poner en números de supercarrera?

—Noventa y siete millones menos ocho corregido para la hora esperada masa crítica.

—Eso dice aquí —asintió el sargento—. Tengo una lectura de carrera de siete mil.

—Ningún conflicto. Sistematización asegurada y preparada —respondió Boiler con facilidad.

Extrañado, Doolittle reflexionó cuan armonioso podían operar juntos Pinback y Boiler para el bien de la misión. Quizá si toda la especie humana pudiera estar envuelta en algo similar, en algún simple proyecto, donde cada uno necesitara la ayuda del vecino, podrían funcionar juntos como el sargento y el cabo.

Era sólo en los momentos malos —lo que significaba todo el tiempo que ellos no estaban activamente ocupados en llevar la nave— en los

que la animosidad florecía entre los dos.

Y él mismo se vio forzado a añadirse. Pinback podía picar su amor propio en el momento que abriese la boca. No era que el sargento estuviera tratando de ser odioso; simplemente, no podía aguantarlo.

Era extraño cómo los chicos del psico pudieron poner a Pinback al lado de él, de Boiler y del comandante Powell. Eso produjo un click en su mente y le trajo de vuelta desagradables pensamientos, que apartó rápidamente. Le molestó otra vez que él se olvidase de nuevo.

Tanta más razón para hacerlos dejar la última bomba y empezar su camino de vuelta a casa.

—Leo ese incremento cuántico de siete —estaba diciendo Pinback.

—Pinback, tengo la lectura del computador. Es noventa-siete-siete.

—Tiempo de empezar a hablar —observó Boiler. Los tres hombres se reclinaron en sus sillones. Se escuchó un murmullo en la sala de control—. Sistema de operación de salida de bombas confirmado.

Dos paneles se deslizaron al abrirse la panza de la blanca punta de flecha que era el *Dark Star.* Un largo tubo descendió de ella. Sujeto al final de éste había un disco grueso que mantenía algo largo en forma de caja. Esta forma de caja tenía pintado el número 19 en sus lados.

Había salido afuera por medio de un servomotor computado del cerebro del *Dark Star* y moriría pronto en una conflagración funeral desconocida en esta parte de la galaxia hasta ahora. La caja rectangular con el número 19 pintado en sus lados era, como Pinback insistía, un disparador termoestelar o —como Boiler y Doolittle persistían— una bomba.

El sargento se levantó y tocó un mando encima de sus cabezas. Las palabras BLOCAJE FALLO-SEGURO aparecieron sobre la pantalla enfrente de él.

—Fallo-seguro metido —golpeó ligeramente el final de su micrófono y sopló una vez—. Sargento Pinback llamando a bomba.

Doolittle le echó una mirada, pero Pinback la ignoró. No podía ver ningún mal en ser jovial, aun con una bomba.

—Bomba número diecinueve; ¿me lees, bomba?

La voz que respondió era sorda, relajada, y no en absoluto preocupada con su inminente suicidio.

—Bomba número diecinueve a sargento Pinback. Le leo, sargento, ¿qué pasa?

—Bien, bomba —Pinback continuó conversativamente, examinando sus uñas—; no mucho.

Allí eso resultaba bastante agradable. El trataba de ser de esta manera con cada bomba antes de que fuera lanzada. Después de todo, no vivirían mucho tiempo. Y no importaba lo que Boiler y Doolittle pensasen, eran buena gente; para ser máquinas destructoras de planetas, eso era.

Para ser perfectamente honesto sobre ello, él prefería hablar con una de estas bombas antes que con Boiler cualquier día.

—Bien, bomba, como unos sesenta segundos antes del lanzamiento. Simplemente preguntando si todo va bien —ajustó otra sección de los controles—. ¿Cómo te sientes?

—Tan bien como es de esperar. Espero llevar a cabo la misión para la que he sido diseñada.

—Buen chico, bomba. ¿Has comprobado tu rejilla de energía de platino-iridio? ¿Y tu escudo?

—Rejilla y escudo positiva función —replicó la bomba con buenas maneras.

—Bien —dijo Pinback—. Te diré algo, bomba, vamos a seguir adelante y sincronizar la hora de detonación. ¡Ah! por casualidad, no sabrás a qué hora tienes que estallar, ¿verdad?

—Detonación en seis minutos y veinte segundos.

—Bueno, bueno. Déjame comprobar eso.

—Muy bien, sargento Pinback.

—Todo a punto aquí, bomba. Estamos iguales. Ármate a ti misma.

Unas pocas luces rojas brillaron brevemente en la parte de atrás del aparato disparador termoestelar. Eso era todo lo que servía para indicar que la inerte construcción de metal y plástico era el objeto más peligroso en muchos pársecs a la redonda.

—Armada —dijo fríamente.

—Bien, entonces... —Pinback suspiró, miró alrededor en busca de algo más que hacer—. Todo parece bien, bomba. Te lanzaremos en unos treinta segundos. Buena suerte.

—Gracias —dijo la bomba. Su computador diagramático del blanco se había ensamblado en el mundo que serviría de blanco.

El interior de la habitación de control se hizo ahora una conmoción de actividad controlada cuando las preparaciones finales eran hechas. Luego Boiler y Doolittle se sentaron cuando Pinback agarró dos empuñaduras y miró al pequeño cronómetro situado en el panel encima de su sección.

—Empezando secuencia primaria.

Doolittle tocó un último mando y observó una luz roja pestañear enfrente de él.

—Secuencia activada. Comenzar cuenta atrás.

—Roger, márcalo: diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno —ambos mandos fueron vueltos simultáneamente—. Lanzar.

Hubo un brillante destello de luz del punto donde la bomba estaba en contacto con el disco de descarga. El disparador termoestelar cayó de la nave. El disco y el tubo fueron introducidos en la panza de la nave.

—Secuencia de hiperimpulso empezada —dijo Doolittle—. Dale, Pinback.

El sargento golpeó un par de botones en rápida sucesión.

—Campo de fuerza activado... secuencia metida.

Se sentó en su silla. Un ligero cosquilleo empezó a recorrer su cuerpo, como si sus piernas y todo lo demás se hubieran dormido repentinamente. Luego, el campo se cerró, y pudo verlo todo a través de una niebla de rojo celofán. Este campo los haría sobrevivir a hiperimpulso.

Hubo una pausa de un segundo, y entonces el *Dark Star* se esfumó de la región del mundo inestable, arrojada a increíble velocidad a un rumbo precalculado en el libre espacio, un punto fuera del alcance de

los restos de un planeta despedazado.

Detrás de ellos, la bomba, tranquila y sola ahora, continuaba bajando hacia la superficie del planeta.

Aunque el campo de fuerza nublaba su visión, Talby podía ver todavía las estrellas. Sólo que ahora se apresuraban a saludarle —todos los tamaños y grados de magnitud apresurándose hacia él—. Pero la borrosa visión distorsionada del hiperimpulso sólo le permitía devolver el saludo a unas pocas. Caían hacia él como lluvia horizontal, inundándole de color según pasaban y desaparecían.

Supuestamente no era seguro para un hombre permanecer en la cúpula de observación, mientras la nave estaba en hiperimpulso. El escudo provisto por el transparente hemisferio era mínimo, y en teoría, una persona en el hiperimpulso podía estar expuesta a una peligrosa explosión concentrada de radiación.

Talby, en cualquier caso, había desaprobado esta particular teoría, al igual que desaprobara tantas otras. Había sobrevivido a dieciocho de estos vuelos hasta ahora, y su cuerpo estaba tan saludable como nunca. Más sano que cualquiera de los otros a bordo, y considerando que él no pasaba nada de tiempo en la habitación de ejercicios. Doolittle no lo podía explicar.

Talby le dijo que era la paz de mente, pero Doolittle insistía en que tenía que haber algo más que eso. Quizá los teorizadores tenían razón, pero estaban equivocados. Quizá quien permanecía en la cúpula de observación recibía una dosis concentrada de radiación; radiación que no era peligrosa, sino benigna; radiación que suministraba algo especial a un hombre. Porque no se podía negar que Talby desafió un gran número de normas aceptadas para viajes interestelares y salió de ellas en una peculiar buena forma.

Nadie vio la bomba llegar a su punto predeterminado de detonación justo sobre la superficie del planeta, pues estaban demasiado lejos ya de éste. Pero detrás de ellos un cegador balón de luz blanca apareció donde el mundo inestable había estado anteriormente. Se volvió rosa, luego rojo azulado; un capullo monstruoso del color de la sangre estallando en la noche.

Luego desapareció rápidamente. Un mundo se había desvanecido de la galaxia. Su convulsiva muerte había dado vida a varios nuevos grupos de asteroides y meteoros. Estos tornarían ahora su sitio entre los otros escombros vagando por las sendas estelares.

El universo hizo un alto. El *Dark Star* paró, y su secuencia de hiperimpulso concluyó.

La roja niebla del campo desapareció de sus ojos, cayendo de vuelta en su jaula electrónica. Talby pestañeó.

Hizo un rápido chequeo de sus instrumentos. Estaban en perfectas condiciones después del hiperimpulso. Todo el equipo de navegación funcionaba perfectamente y estaban en camino de nuevo.

Su mano se movió hacia el intercomunicador. Trataba de dar esta información a Doolittle, pero como frecuentemente ocurría, algo más importante capturó su atención y le desvió de los intereses humanos.

Justo a la derecha de su presente rumbo yacía una nebulosa de un

hermoso rojo y púrpura. Pasarían bastante cerca de ella si continuaban en la presente senda. Tendría tiempo suficiente para disfrutar y estudiar el nuevo milagro.

Su mano seguía vacilando entre el activador del intercomunicador y el brazo de su silla. Luego se relajó en su asiento. Como astrónomo, era todavía su trabajo el hacer verificación manual del recorrido de la bomba. Pero supón que él no lo hiciera. Supón que no lo hiciera, y la bomba hubiera funcionado mal. El escenario era simple de imaginar. El mundo en el sistema que acababan de dejar sería explorado y colonizado.

Eventualmente, podía mantener una población mayor que la de la Tierra.

Luego, un día distante, un planeta que se pensaba que era seguro empezaría a girar fuera de su órbita hacia el sol, quizá volviéndolo en pocos días en un revuelto nova que chamuscaría el colonizado mundo con sus billones de vidas. Y nadie podría hacer más que decir monsergas y maldecir al mucho tiempo bajo tierra Talby. El habría devuelto un golpe por un universo natural y sin ser manipulado. Pero él no podía hacerlo.

Después de todo, culparían a toda la tripulación del *Dark Star,* y Talby no podía arrastrar a los otros a un ignominioso futuro, no importaba qué fuese lo que más le beneficiaba a él.

Se volvió en su silla, tocó varios botones y se preparó para hacer su deber, por Doolittle, Pinback, Boiler y Powell, y no por alguna lejana y abstracta humanidad.

El ocular del telescopio de ancho espacio bajó limpiamente enfrente de él. Se aproximó y echó una mirada. Un rápido disminuyente punto brillante era todo lo que se observaba ahora a gran distancia. Un rápido chequeo en los mapas reveló que realmente era algo en la vecindad de la estrella que habían dejado. Se dirigió al intercomunicador.

—Teniente Doolittle, acaba de estallar. ¡Ah!, el planeta acaba de estallar, señor. ¿Teniente?

Bien, si Doolittle no se interesaba ya... Talby sacudió el intercomunicador, apagándolo. De mal humor, observó el firmamento.

Pero no era culpa de Doolittle. El intercomunicador, como tantas otras cosas sobre el *Dark Star* últimamente, estaba funcionando mal.

Abajo, en la sala de control, con la carrera de la bomba sin duda con éxito y la secuencia de destrucción completada, Pinback, Doolittle y Boiler estaban relajando sus músculos, desparramados sobre sus sillas como gatos viejos.

—El computador tarda otra vez —observó Boiler—. Ese computador me está empezando a preocupar, Doolittle. Algunas veces, creo que le oigo cantarse a sí mismo.

—Ya sé que tarda, Boiler —replicó el teniente—. No dejes que eso te moleste. Es casi el único instrumento en la nave que todavía funciona correctamente —hubo una pausa en el sordo sonido que salía siempre de los altavoces, y Doolittle sonrió ligeramente—. Ves, aquí está ahora.

—¡Atención, atención! —la mecánica, suave voz femenina de la máquina, dijo—: Computador de la nave a todo el personal. El

hiperimpulso está terminado ahora, y estoy feliz de comunicarles que el planeta se halla destruido.

—¡Yupiii! —gritó Boiler, haciendo un pequeño círculo en el aire con un dedo.

—Pueden ahora relajarse y estirar los músculos si así lo desean, caballeros.

—Desblocar fallo-seguro —ordenó Doolittle, ignorando la voz. No era bueno oír demasiado tiempo esos suaves y eróticos tonos. Pinback estaba haciendo algo en el panel encima de él.

—Fallo-seguro desblocado. El sector acabado de visitar —continuó el computador— está ahora listo para la colonización. Ha eliminado con éxito el único mundo inestable en este sistema. Enhorabuena en otra carrera de bomba, muchachos.

—Muchas gracias; gracias, computadora —dijo Doolittle sardónicamente—. Dime. cariño, ¿qué vas a hacer después del cataclismo de esta noche?

—Operar la nave, como es mi costumbre, teniente Doolittle —hubo una pausa, luego la voz continuó con un ligero tono de reprimenda—. Debo recordarle otra vez, teniente, que estas conceptualizaciones mentales que usted tiene de mí como una humanoide femenina de piel suave, complaciente y de respiración entrecortada, no son saludables ni conducen a la suave operación de la nave. Debo pedirle que no continúe.

—¡Oh!, deja de hacerlo tú —escupió Doolittle—. Para de pintar, Pinback. Estás manchando todos los instrumentos —Pinback miró avergonzado y empezó a hacer gestos otra vez.

El computador no respondió al consejo de Doolittle, reconociendo, bien la frustración en la voz del teniente, bien la imposibilidad de lo sugerido por él, o ambas a la vez.

El pensamiento dejó un agrio gusto en la mente de Doolittle. Siempre se ponía así cuando acababa el lanzamiento de una bomba y tenían que hacer frente a muchos días sin nada que hacer. «Decaimiento poscoito», pensó él con disgusto.

Irritado, nervioso, sentía que tenían que apresurarse y encontrar otro sistema con mundos habitables y compañeros inestables. La cosa se estaba poniendo peor. El resplandor de satisfacción, la suave aura del deber cumplido que usualmente venía sobre él después de un lanzamiento con éxito, se había hecho más pequeño cada vez con los sucesivos lanzamientos. Ahora era prácticamente inexistente. El podía recordar cuando el placer de ver un mundo inestable disuelto en sus elementos componentes le hacía sentirse bien durante semanas.

Ahora estaba vacío otra vez.

—¿Ahora qué, Boiler? —se preguntó a sí mismo—. ¿Qué tienes para nosotros ahora?

—¿Tan pronto, teniente? —preguntó Pinback—. Acabamos de finalizar un lanzamiento —Doolittle ignoró al sargento.

Boiler, tranquilo y respondiendo a las manías de Doolittle, estaba ya trabajando duro en los vaticinadores.

—No mucho aquí, teniente. No veo ninguna posibilidad en este

sector.

«Obediente, sí, pero insensitivo. Maldita la insensibilidad del hombre. Maldita su falta de comunicación y su inhabilidad de disfrutar de una conversación inteligente y prolongada», se decía Doolittle a sí mismo. Nunca se explicaría por qué prefería hablar con Boiler que con Pinback. Quizá era porque el cabo no le exigía nada de vuelta. Doolittle nunca había sido una persona que diera mucho de sí mismo. Esperaba mucho de Boiler, y consiguió mucho de Pinback. Si al menos Talby estuviera más dispuesto a charlar. Si al menos Powell estuviera aún por aquí, para dar órdenes.

—Bueno, encuéntrame algo —ordenó nerviosamente—. No me importa dónde. Algo interesante, cualquier cosa... Tenemos sólo una bomba, y entonces... podremos irnos a casa... creo.

—Algo interesante —repitió Boiler—. Muy bien —y se inclinó sobre los instrumentos, consultando los diagramas por debajo de su panel—. Bien, estamos cerca del sector de la nebulosa Cabeza de Caballo. Tenemos informes de antes de salir de la base de que hay al menos como un noventa y cinco por ciento de probabilidades de vida inteligente en el cuadrante sur de la nebulosa. Localizadores de larga distancia encontraron al menos dos estrellas de tipo sol allí, mostrando perturbaciones en sus sendas, muestra de planetas a distancias que los colocarían en las así llamadas zonas vivas.

—No me vengas con ésas —se quejó Doolittle—. Vida inteligente, mi trasero. Deberías saber por ahora. Boiler, que no hay vida inteligente en este universo. Nada en absoluto.

—Incluyéndonos a nosotros, naturalmente —añadió él para sí. Pero esto no era una revelación, ellos sabían esto hacía muchos años, cuando predicción tras predicción habían fallado. Visitaron y trazaron mapas de docenas de mundos donde la vida debería haber brotado independientemente, y no habían encontrado nada más que formas bajas de plantas y animales: el ser mayor era el animal amorfo de Pinback, al cual llamaban «Pelota de Playa». Toda y pobre respuesta a sus desesperados anhelos de encontrar vida inteligente.

No; estaban solos; solos en un balón infinito. Sólo Talby no parecía estar solo.

—Ya sé que es una tirada larga, pero... —observó al teniente tranquilamente. Su guardado optimismo no tuvo efecto sobre Doolittle.

—Una maldita caza de gansos salvajes es lo que es esto —comentó el teniente finalmente. Sonrió un poco—. ¿Recordáis cuándo el comandante Powell encontró esa «más de noventa y cinco» probabilidad de encontrar vida inteligente en un pequeño sistema en la línea de Nube Magallánica y durante un par de minutos todos pensamos que lo que él quería decir es que íbamos a ir allí?

El cabo sacudió la cabeza. El no se acordaba. Una mano señaló una de las lecturas de los controles.

—Pero hay una posibilidad esta vez, de acuerdo con... —Doolittle le ignoró, aun haciendo memoria.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué mala memoria! ¡Y qué colosal desengaño! Casi rompió el corazón de Powell.

»¿Recuerdas lo que encontramos cuando llegamos a ese mundo, Boiler? ¿Recuerdas? ¿Era una raza de gigantes humanoides esperando para darnos la bienvenida como miembros de una civilización que se extendía por toda la galaxia? ¿O un planeta de tranquilos pensadores esperando una nueva, vigorosa gente como nosotros sobre los que descargar todos los secretos del universo? ¿O aun una raza de insectos inteligentes? ¿O gigantes y repugnantes babosas?

»No nada para amar, nada de lo que ser amigos, nada ni siquiera para despertar a nivel de conciencia. Nada para odiar decentemente. Una broma, un maldito vegetal sin mente; eso fue lo que encontramos. Un límpido balón —su voz se alzó, y ambos, Boiler y Pinback, le observaron ansiosamente.

—Catorce malditos años luz para un vegetal que se queja a gritos y deja mal olor si es tocado. ¿Recuerdas eso?

—Está bien, me acuerdo, me acuerdo —confesó Boiler, tratando de calmar a su compañero.

Doolittle era sabedor de que una vez más se había acercado peligrosamente al límite. Bajó la voz, y se hubiera metido las manos en los bolsillos si no estuviera sentado. Retiró la mirada de los otros.

—Así es que no me hables de vida inteligente. Encuéntrame algo que yo pueda hacer volar.

Una vez más una difícil tranquilidad reinó en la sala de control del *Dark Star.* Cada hombre volvió a su puesto, los cuales tenían la virtud de no reñir, de no gritar, de no arañar, y de no devolver lucha con lucha.

Disparados, se movían más rápido de lo que cualquier hombre se había movido hasta ahora, porque el *Dark Star* era el primero en su género. No había habido ningún predecesor experimental. El *Dark Star* era, en sí, una nave experimental. Una nave espacial experimental habría sido prohibitivamente cara, así es que combinaba su primera misión vital y la construcción a partir de pruebas al espacio no tripuladas.

Y había salido bien. Sólo pequeñas, menores e irritantes cosas continuaban rompiéndose. La nave seguía operando sin defecto, como su tripulación.

Una repentina serie de ruidos sonaron en el puesto de Pinback. El pestañeó y se inclinó hacia adelante. Un mando apagó el ruido.

—¡Eh! —dijo él después de estudiar los instrumentos, iluminándose su expresión—, una nueva estrella.

Ninguno reaccionó. Miró a Boiler, luego a Doolittle. Quizá no le oyeron.

—Eh, sabéis que... —repitió más alto— que he encontrado otra estrella —Doolittle había sacado ya un paquete desgastado de cartas. Estaba jugando solitarios. Doolittle era muy bueno haciendo solitarios. No perdía frecuentemente, porque hacía trampas.

—¿Qué clase? —preguntó, sin mirar hacia arriba.

Pinback chequeó otra vez los instrumentos.

—Enano rojo. Es un completo desconocido, señor, ni siquiera está en la lista de los posibles, por lo que yo puedo ver.

Doolittle puso una reina negra sobre un rey rojo, luego una sota negra sobre la reina.

—¿Planetas?

—¿Alrededor de un enano rojo, señor? Aun si hubiera alguno las oportunidades de ser inhabitado...

—Te pregunté si hay algún planeta, sargento.

—Oh, de acuerdo —Pinback chequeó la lectura de los instrumentos otra vez. Su expresión se infló—. ¡Uf!, sí. Dice aquí que probablemente unos ocho.

—¿Alguno de ellos bueno?

—Bien —supuso Pinback—. es bastante difícil decidir a esta distancia, pero podría haber. Muchacho, ¿no sería eso algo? ¿Alrededor de un enano rojo?

—Quiero decir si alguno de ellos es malo —corrigió Doolittle, sacando un as.

—¡Oh! —exclamó Pinback deprimido, y de mala gana revisó las lecturas otra vez—. No, todos estables.

—Supongo que eso quiere decir que no vamos a hacer mapas de ellos —gruñó Doolittle. Ninguna respuesta.

—Jesús, teniente; un enano rojo con ocho posibles planetas. Quiero decir que al menos tendríamos que hacer una medición ecuatorial.

—No es nuestra tarea —dijo Doolittle tranquilamente.

—Pero ¿no podríamos hacer en este caso una pequeñísima excepción?

—No —diez rojo sobre sota negra.

Hubo paz en la sala de control por un momento, a excepción del suave click de cartas al ser puestas sobre la mesa. Pinback miró a Doolittle hasta que estuvo completamente seguro de que el teniente no tenía nada más que decir sobre el asunto del extraño sistema.

—¡Ah! —exclamó finalmente—. ¿Cómo lo va a llamar?

Doolittle dudó, y habló sin mirar arriba otra vez.

—¿Qué?

—¡Ah, ya sabe!, la estrella —Pinback continuó ansiosamente—. ¿Cómo lo va a llamar?

—¿A quién le importa? —respondió Doolittle irritadamente—. Estoy ocupado, Pinback... No me molestes, ¿eh?

—Pero es una estrella nueva, teniente. Con planetas. Ocho. Sólo un puñado de seres humanos pudieron dar nombre a pequeñas e insignificantes cosas como una montaña, o un río, o un océano. Unos pocos con más suerte pudieron dar nombre a formas en la superficie de la Luna o Marte y los otros planetas. Usted puede dar nombre a todo un sistema, teniente.

Doolittle le dirigió una rápida mirada.

—Mira, no me molestes, Pinback, por favor. Casi he sacado este juego. Déjame solo. ¡Humm!

—El comandante Powell le daría un nombre —acabó Pinback con el argumento final, y cruzó sus brazos firmemente.

—El comandante Powell está muerto —recordó Doolittle por milésima *vez,* poniendo un dos encima de un as.

—Bien, entonces... —Pinback sonrió de repente—. Eso es: «No me molestes». Ese nombre le daremos. «No me molestes» —buscó apresuradamente bajo su sillón el diario de vuelo que él había tenido a su cargo desde que Doolittle había perdido interés en hacer informes regulares en éste. El lápiz que estaba atado a éste estaba desgastado hasta el punto de ser una cosa íntima. Tuvo que esforzarse para escribir claramente.

—Ya está —dijo, después de una hora de dedicada escritura—. Todo ordenado y oficialmente, con coordenadas y todo. «No me molestes»... Ocho planetas —acabó con adorno—. Enhorabuena, teniente.

Doolittle empezó a gritar otra vez, luego volvió la última carta que necesitaba jugar y se sintió instantáneamente generoso. Después de todo, ¿por qué meterse con Pinback simplemente por ser un entusiasta cumplidor de su trabajo?

—Gracias, sargento. Si algún ser inteligente vive allí, algún día se lo agradecerán. Yo sé que no me gustaría ser visitado por alguien como yo.

—¡Uf!, teniente —replicó Pinback y su cara se torció inciertamente—: no estoy seguro de haber entendido lo que ha dicho.

Los profundos tonos de Boiler cayeron sobre él.

—Eh, Doolittle, tengo uno bueno. Definitivamente inestable. Probabilidad de ochenta y cinco por ciento de planeta inestable en sistema de estrella P-uno-treinta-ocho. Indicación de planetas habitables en el mismo sistema: noventa y seis por ciento. Probabilidades de que salga de su órbita en el período crítico y pegar a su estrella —miró arriba desde sus lecturas—. ¿Quiere volarlo?

El rió.

Pinback le miró con inquietud. Boiler no reía con mucha frecuencia, y Pinback podría haber pasado sin tales despliegues dé humor por parte del cabo. Pero la información pareció agradar a Doolittle. El sonrió ampliamente.

—Realmente bueno, Boiler. Muy buen trabajo. Eso es lo que estoy buscando. Traza un rumbo tan pronto como puedas —su mente estaba cantando, un planeta más, una bomba más, y entonces podrían volver a casa, volver a casa, volver a casa; de vuelta a la calidez, confort, sintiendo la Tierra, de vuelta a césped de verdad, y bebidas alcohólicas de verdad, y miembros del sexo opuesto. De vuelta a los otros extraños, de vuelta adonde pertenecían.

Boiler estaba trabajando fervientemente en su consola.

—Eh, lánzame ese libro de diagramas, Pinback.

—Dar un nombre y volarlo. Nombrarlo y volarlo; eso es lo único en lo que vosotros pensáis y lo único que queréis hacer —gruñó Pinback. Pero se agachó bajo su asiento, sacó un grueso volumen de mapas de estrellas y lo echó encima de las piernas de Boiler.

Boiler le miró ceñudamente y sostuvo el libro por un segundo. Consciente de la ya sobrecargada atmósfera de la pequeña habitación de control. Doolittle observó a los dos hombres. Aún Pinback podía ser sacado de límite, y él se dio cuenta.

Boiler mantuvo su mirada por más tiempo, luego abrió el libro y empezó a pasar páginas con el dedo. Doolittle se relajó. Lo que Pinback

pudiera hacer una vez pasado tal punto crítico nadie lo sabía. Seguramente irse a un rincón y romper a llorar. Pero nunca se sabe. Doolittle pasaba tanto tiempo manteniéndolos separados como llevando la nave.

Nunca hubo tantos problemas entre los dos cuando el comandante Powell estaba vivo. Pero todo eso estaba en el pasado. Tantas cosas estaban en el pasado, tantas se habían perdido con la muerte de Powell. Quita una esquina del pentagrama y el místico símbolo parece perder todo su poder.

—Vamos a poner un poco de música aquí, Boiler —dijo él cuidadosamente.

—Seguro —Boiler, sin mostrar signos de reciente agravación, extendió el brazo a un panel lejano. Notas de la canción «Benson, Arizona» flotaron inmediatamente por el salón de control.

Doolittle se relajó. Le encantaba esta canción en particular tanto como la odiaba. Le encantaba por los recuerdos que le traía, y la odiaba por recordarle lo que ya no tenía.

Pinback rompió a hablar un momento más tarde, igual de odioso y alegre. No le costaba mucho a Pinback olvidar sus berrinches. Era incapaz, le parecía a Doolittle, de enfadarse realmente con algo.

—Eh, teniente, ¿no cree usted que ya es hora de escribir algo en el diario de vuelo? Ya sabe, poner los informes al día e informar sobre el nuevo sistema descubierto en forma oficial y de los pequeños problemas que hemos tenido a bordo, y todo eso.

Doolittle volvió tres cartas, se encontró así atascado con la última sota enterrada en el fondo. Desvió la sota con la otra carta, la puso sobre la reina y jugó las dos otras cartas y el resto del juego. Eso hacía el juego 342 que él había jugado sin parar, una impresionante cuerda que no tenía intención de romper.

—¿Qué Pinback?

—Dije, ¿no cree que ya es hora de informar?

Cuando Doolittle no se ponía en pie de un salto. Pinback seguía rogando:

—Oh, venga, teniente. No ha hecho un informe hace ya mucho tiempo. Uno de estos días los informes serán historia. Pequeños chavales los estudiarán, y sus abuelos dirán: «Recuerdo cuando el *Dark Star* hizo esto y lo otro». Las gentes en sus casas dirán...

—Las gentes en sus casas —empezó a decir enfadado Doolittle— no dan ni un ble... —No continuó. Era imposible enfadarse con Pinback. El sargento era una audiencia terrible. El no, haría lo decente y no chillaría de vuelta. No; Pinback, o bien se retiraba a uno de sus berrinches, o bien trataba de hacer una broma de sus más acaloradas furias.

Podía descargar su genio en Boiler, pero Boiler se sentaría allí y le ignoraría completamente. Al menos Pinback reaccionaba. Y Talby, él podía hablar y chillar y quejarse a Talby, pero algo en él siempre arrojaba el pensamiento de molestar los períodos de contemplación sin fin del astrónomo.

El siempre podía hablar al comandante Powell. Aun cuando Powell

estaba técnicamente muerto, su mente funcionaba ocasionalmente lo suficiente para fortuitas conversaciones. Algunas veces Doolittle se encontraba a sí mismo más cerca en sentimientos a Powell que cualquier otro. Ambos hombres tenían sus mentes en una animación suspendida.

Bien, podía a la vez hacer feliz a Pinback, y además era su obligación. Y se prometió a sí mismo, érase una vez, que llevaría a cabo sus funciones de comandante activo con su mejor habilidad, etc., etc., bla, bla.

Además, si él no lo hacía. Pinback sí podía, y sería desastroso si alguna vez volvían.

Se levantó y alcanzó el panel superior. Cuando la señal LISTO se hubo encendido, habló hacia el micrófono direccional.

—Libro de vuelo de la nave, entrada número mil novecientos cuarenta y tres. Teniente Doolittle, comandante activo del *Dark Star,* informando. La nave está en el presente momento cruzando el sector Theta nueve noventa en la velocidad de la luz múltiple en ruta al área Nebulosa Veil para la destrucción de un planeta inestable. Nuestra ETA es diecisiete horas. Nuestra habilidad para localizar planetas inestables en sistemas con mundos habitantes parece haberse incrementado con la práctica, como si se presentaran a nosotros al ser llamados. Puedo sólo asumirlo a nuestra incrementada eficiencia y a nuestra familiaridad con la instrumentación necesaria. En tal caso parece que estaremos volviendo a casa antes de lo esperado; ah, y nosotros... —dudó. Había algo más, pensó, pero no podía saber lo que era— ¡Oh, sí! Los sistemas internos de la nave parecen deteriorarse continuamente. Los estamos compensando, pero como el número de fallos se multiplica, encontramos altamente difícil improvisar a partir de nuestros decrecientes almacenes de la nave.

Pinback se inclinó hacia él y le susurró algo.

El asintió con la cabeza y habló hacia la pantalla.

—¡Oh, sí!... el corto circuito en el asiento que mató al comandante Powell está todavía defectuoso. Después de muchas deliberaciones y examinando la situación, yo he dado instrucciones explícitas de que nadie use este asiento o será severamente castigado.

Pinback se inclinó y le susurró otra vez, un poco más urgentemente esta vez.

—El almacenamiento... ¿Qué pasa ahora, Pinback?

Hizo una pausa, escuchó el susurro.

—¡Oh! Y debido a que él esta sentado al lado del asiento del comandante Powell. Pinback es continuamente molestado por el circuito defectuoso. Está poseído de un miedo irrazonable de que su asiento será el próximo en tener un corto circuito. He señalado al sargento Pinback que esta actitud es a la vez, irracional y asnal, y él...

—No es —musitó Pinback en voz baja.

—...Persiste en recordármelo —luego tuvo la sensación de haber estado de caza y se dio cuenta de haber acabado en él—: ¡Oh, sí!, almacenamiento Zona Nueve. Subsección B autodestruida la pasada semana a causa de un cortocircuito, de tal forma que destruyó todo el

avituallamiento de la nave de papel higiénico. Yo pediría a los muchachos allí abajo en McMurdo que fuéramos inmediatamente suministrados con tan conveniente comodidad. Pero me temo, logística, siendo lo que parece ser en estos días en Base Tierra, que nos mandarían el papel higiénico en vez de nuestro desesperadamente necesario escudo de radiación. Como los dos materiales no son intercambiables en funciones, estoy por lo tanto retardando la petición de que seamos abastecidos con la anterior comodidad, aunque —y miró hacia Pinback— hay entre nosotros quien cree, sin ninguna clase de dudas, que el papel higiénico es lo más vitalmente necesario de los dos —volvió la mirada de vuelta a la pantalla—. Y si alguien alguna vez, oye esta comunicación y encuentra la presente situación divertida, yo sólo puedo esperar que algún día se encuentre en la situación en que tenga que optar entre protección de radioactividad y papel higiénico. Creo que eso es todo.

Se levantó y apagó la pantalla grabadora, sintiéndose satisfecho de su entrada en la cabina. Fue una buena entrada en la cabina, una entrada sustancial. No haría nunca que fuera promovido, naturalmente, pero era tranquilizador el pensar que algún día lo que él acababa de grabar sería difundido a los reverentes billones de personas allá en la Tierra.

La música estaba empezando a molestar su familiaridad, entre el sonido y la imagen conjurados. Giró y echó una mirada al tranquilo cabo.

—Pon otra cosa, Boiler. Algo menos descriptivo. Algo más abstracto.

Boiler refunfuñó algo ininteligible y giró el dial una fracción. Inmediatamente guitarras eléctricas, tambores, trompetas llenaron la pequeña habitación de control, inundándola con una orgía de ritmo amplificado.

Pinback y Boiler empezaron a moverse en sus asientos, movidos juntos por sus simples y comunes puntos de interés; saltando, retorciéndose, chascando los dedos, sacudiéndose con la música.

Doolittle trató de unirse a ellos, para complementar el triunvirato. Trató de forzarse a sí mismo, pero por todo deseo de incluirse a sí dentro de la música, todo lo que se movía era su cabeza, ligeramente. Interiormente se preguntaba qué era lo que él echaba en falta.

La música llegó a Talby por el intercomunicador. Bostezó ligeramente hasta que identificó la fuente de la interrupción y lo bajó de volumen. No habría sido profesional y potencialmente peligroso el apagarlo del todo. El apenas lo oía.

Esa música...

## 2

Continuaban su camino por el espacio. Los motores de empuje del *Dark Star* comían los años luz, cada hombre ocupado en sus propios pensamientos. Como ninguno de ellos controlaba los instrumentos de detección, nadie vio aparecer la cosa.

Talby estaba absorto con las estrellas, y sus tres compañeros de

tripulación concentrados en la música al lado de ellos. Por tanto, ellos no vieron la inicialmente débil, todavía a increíble distancia, luminosidad que había aparecido en la senda de la nave. No vieron el remolino de energía libre que bailaba, brincaba y jugueteaba entre un enjambre de un millón de kilómetros de longitud de fragmentos desiguales. Fragmentos de un mundo muerto ya mucho tiempo antes, de un sistema olvidado por mucho tiempo, quizá un sistema de otra galaxia más que de ésta.

Algunos de estos fragmentos llevaban una fuerte carga negativa, otros positiva. Unos eran neutros, otros poseían propiedades eléctricas que habrían vuelto histérico a un ingeniero electricista. Gigantescas descargas de energía brillantemente coloreada jugaban entre los millones de sólidos componentes que formaban el vórtice.

Fue el sexto componente de la tripulación del *Dark Star,* el único inmune tanto a los sueños astrofísicos como al mesmerismo eléctrico del rock, quien finalmente notó la rápida amenaza que venía. Y fue el sexto miembro quien cortó la música en la habitación de control.

Pinback, Boiler y Doolittle aminoraron el ritmo y pararon su danza interior. Al principio Doolittle pensó que era otro de la interminable serie de malfuncionamientos de los mecanismos. Una suave voz femenina le corrigió momentos más tarde.

—Atención, atención, computadora de la nave llamando a todo el personal. He sido requerida para apagar su música recreacional. Repito. Computadora de la nave a todo el personal, esto es uña llamada de emergencia. Todos los sistemas deben estar listos para emergencia directiva. Seguirá ahora información para procedimiento.

—¿Qué demonios? —masculló Doolittle.

Pinback le echó una mirada, con los ojos abiertos, preguntando. Boiler simplemente se sentó y murmuró:

—Mejor que sea algo importarte para que haya cortado la música.

—Concatenación extrasolar de materia sólida de propiedades inciertas se está aproximando a cero punto nueve-cinco velocidad de la luz en curso de colisión. Predicciones indican que el cuerpo de la materia es bastante denso, aunque bastante esparcido para que nos sea posible evitarlo sin poner en peligro la permanencia estructural de todo el personal no inorgánico a bordo de la nave.

—¿Por qué no lo puedes llamar una tormenta de asteroides como te pedí? —se quejó Doolittle.

—Por la misma razón —la voz de la computadora replicó un poco bruscamente— que no puedo referirme a usted como gran almirante Doolittle de la escuadrilla Terran de su majestad, teniente. Ambas cosas son no científicas, inexactas, referencias imaginarias sacadas de material literario juvenil y…

—Llámalo tormenta de asteroides —replicó Doolittle, olvidando totalmente que algo importante estaba a punto de ocurrir— o veré que tu circuito primario sea desconectado.

—No puede usted hacer eso —dijo Pinback asustado.

—No puede usted hacer eso, teniente —confirmó la computadora—. Mi circuito primario no puede ser desconectado mientras estemos fuera

del alcance por radio de la Base Tierra, y sólo bajo la directa supervisión de... —hubo una pausa mientras escondidos instrumentos advertían la configuración interna del momento al teniente.

—En cualquier caso tomaré cuenta del estado mental suyo. La... tormenta de asteroides...

—Eso está mejor —sonrió satisfecho Doolittle.

—...se está aproximando a la nave con peligro de colisión.

—Eso no quiere decir nada —dijo Doolittle con presunción a los otros—. Nos escabulliremos aun por la más densa de las tormentas sin encontrar nada más grande que un guijarro, y nuestros desviadores manejarán cualquier pelota de mayor tamaño.

—Muy cierto, teniente —continuó la computadora secamente—. De todas maneras, esta particular tormenta parece ser un vórtice de energía electromagnética, como una por la que pasamos el año pasado. ¿Es eso suficientemente descriptivo, teniente Doolittle?

Pero Doolittle se había quedado momentáneamente sin habla, al igual que Pinback y Boiler. Todos recordaron ese primer encuentro, y lo que casi les hizo.

—Veo lo que es —continuó la computadora—. Normalmente no les molestaría a ustedes con este problema, pero como recuerdan, mis circuitos defensivos que controlan nuestras pantallas de fuerza fueron destruidos en aquella otra tormenta. Por lo tanto, ahora les quedan sólo treinta...

—Muévete —gritaba alguna voz dentro de Doolittle—. Muévete, muévete —pero él estaba heladamente imposibilitado en su asiento, incapaz de alcanzar un solo control, incapaz aun de preguntar a la computadora.

—...Cinco segundos para activar manualmente los sistemas de defensa. Les pediría algo de rapidez en este punto, caballeros; como saben sólo tienen...

Tiempo, o más bien la falta de éste, empujó finalmente a Doolittle a entrar en acción. Pinback y Boiler salieron de éxtasis una décima de segundo después.

—Cerrad los sistemas de gravedad —una urgente, nerviosa voz, la suya, lo estaba diciendo.

—Gravedad artificial cerrada —llegó la eficiente respuesta de Pinback. Los tres hombres eran extensiones de la nave ahora, cada uno trabajando a máxima capacidad.

—Activad HR-tres —continuó Doolittle.

—Activado —dijo Boiler, según chequeaba suavemente manómetros y ajustaba controles.

—Cerrar aire a presión.

—Cierre de presión de aire activado —respondió Pinback.

—Cuatro. Todos los sistemas activados. Todas las pantallas accionadas —les dijo Doolittle.

—Roger... cuenta cuatro —asintió Pinback.

—Cerrad todos los sistemas defensivos —acabó Doolittle—. Y rezad —añadió él para sí. Confió en que Boiler y Pinback hubieran podido recoger este pensamiento por sí mismos; él no tenía tiempo para

guiarles en un servicio formal.

Otro deber del cual él en alguna manera había perdido la pista con los meses, años. Era también el supuesto ministro de la nave. Quizá podría conseguir que Talby tomase...

La nave se tornó de un pálido rojo cuando las pantallas protectoras llegaron a completar su preparación.

—Sistemas defensivos cerrados —gritó Pinback cuando el cronómetro llegó al último segundo. Doolittle tomó un segundo para admirarle. El sargento sería un buen oficial algún día si... si...

Le parecía a Doolittle que había algo importante, razón crítica por la que Pinback nunca sería capaz de ser un buen oficial algún día, y no tenía nada que ver con su habilidad. Era algo más. Algo más básico. Escapaba de él en este momento, pero...

—Cerrad campo de fuerza final —instruyó él a los otros.

Otra vez sintió el hormigueo familiar, la sensación de tener todo su cuerpo cayendo lentamente en un sueño, según el campo de fuerza interior se cerraba. No para protegerlos esta vez de un salto a hipervelocidad, sino de cualquier daño que la tormenta pudiera infligir.

Naturalmente, si ello era tan serio como lo fue la última por la que pasaron, había siempre el riesgo de que la nave no sobreviviera en una pieza entera. En ese caso, los tres hombres permanecerían dentro del campo de fuerza mientras la maquinaria era destruida. Si la maquinaria o los motores permanecían intactos, quedarían en campo de fuerza para siempre, incapaces de moverse, envejeciendo lentamente, incapaces de reparar el circuito dañado.

El vórtice estaba en la pantalla ahora, visible a simple vista. Parecía más grande que el de la primera vez, que Doolittle recordaba. Era una serpenteante y girante masa de energía, brincando de partícula a partícula sólida con gigantescas descargas.

De la sólida materia en sí nada se podía ver a tal distancia. La instrumentación revelaba que era una mezcla de polvo microscópico y pedazos ocasionales más grandes, los cuales se aproximaban a las pantallas defensivas de la nave y hacían impacto en ellas, siendo suavemente apartadas de ella.

El peligro provenía de los billones de voltios de energía libre que jugueteaban en el libre espacio, no de cualquier pedazo de roca, fuera todo lo grande que la pantalla dijera que fuese. Doolittle se encogía cada vez que el campo de luz resplandecía encima de las pantallas, indicando que estaban absorbiendo energía.

No todo el mundo vio la tormenta aproximarse con alarma. Arriba, en la cúpula de observación, Talby estaba extático. El holocausto iridiscente era preponderadamente hermoso. Las deslumbrantes descargas de energía explotaban a través de su campo de visión en complejas formas, sólo ligeramente distorsionadas por el escudo protector de la cúpula.

El había girado su silla de observación 180 grados para que la tormenta callese directamente sobre él según pasaba. Todo parecía estar ocurriendo a cámara lenta; un efecto del campo de fuerza que además de protegerlos también paraba el tiempo de la función corporal

al mínimo necesario para mantener la vida.

En tiempo normal las erupciones de color habrían pasado como un borrón irreconocible de distintas formas; pero dentro del universo a cámara lenta del campo de fuerza las colosales flechas tomaban formas definidas, reducidas visiones que su asombrada mente podía comprender.

Magnífico, glorioso, incomparable; el astrónomo estaba borracho de tanta belleza. Que ello pudiera hacer trizas la nave le importaba en este momento un bledo.

La carga en las pantallas era enorme, pero se mantenían... se mantenían mientras la tormenta pasaba sobre y a través del envuelto *Dark Star,* que se mantuvo hasta que pasó sin peligro..., casi.

Un enorme pedazo de material cargado cruzó cerca en el eje de la tormenta. El *Dark Star* era el cuerpo más cercano de masa comparable, y el rayo que brotó en la distancia entre masa y nave era de un tamaño prodigioso.

Penetró en la pantalla de fuerza y sacudió la nave ligeramente, casi irreflexivamente, en su punto más bajo, justo debajo del cierre de emergencia. Aunque las incansables pantallas absorbieron casi la totalidad del rayo, siguieron acontecimientos que no eran normales.

Un pequeña, insignificante, porción de energía que había hecho impacto sobre la nave recorrió su parte exterior, las paredes interiores, y alcanzó un circuito particular. Un circuito vital. Varios controles internos fueron activados y una señal apareció inesperadamente en la pantalla principal de la sala de computadoras.

SISTEMAS DE LANZAMIENTO DE BOMBA ACTIVADOS.

A medida que la cola de la tormenta rebasaba la nave, las enormes puertas de su panza se separaron y un objeto rectangular bajó lentamente. Un inmenso número veinte estaba inscrito en los lados.

Dentro de la misma computadora cruzadas referencias eran comprobadas, trazado el mal funcionamiento y su causa, y los resultados, si había alguno, comparados. La conclusión de que algo había ocurrido fue rápidamente alcanzada.

—Computadora a bomba número veinte —dijo la computadora, usando voz humana, ya que era imposible para los números ser malinterpretados en forma verbal—. Vuelva a rampa de lanzamiento inmediatamente.

Las últimas partículas sólidas, residuo final de la tormenta, rebotaban en el todavía activado campo de fuerza, extendiéndose ahora para rodear la bomba al igual que la nave.

Hubo una pausa. Luego, la bomba objetó suavemente:

—Pero yo he recibido la señal operacional. Vino a través de canales normales y fue procesada en concordancia.

Sin esperar una discusión, la computadora central dudó brevemente. Finalmente decidió que la contradicción directa era la más efectiva —y la más segura— forma de reconvención.

—La señal fue debida a un fallo temporal en el mecanismo de activación. Esto no es un lanzamiento de bomba. Cancele todo programa de caída inmediatamente —la computadora trató de inferir

una nota de insistencia a su voz.

—Sin embargo, yo he recibido la señal para prepararme para una caída y continuaré...

—Anulación de emergencia —fue la última orden de la computadora—. Vuelva a su compartimiento.

—Muy bien —respondió la bomba número veinte, y se deslizó suavemente de vuelta sobre sus raíles. Las puertas del compartimiento se cerraron detrás de ella y al mismo tiempo los últimos vestigios de la tormenta desaparecían en la distancia.

El campo de fuerza pasó, y Talby se volvió rápidamente para observar cómo la masa de color vacilante y energía incansable se retiraba, dirigiéndose a lejanos destinos. Le dirigió un mental adiós. Después de todo, peligro o no, la tormenta parecía estar viva. Quizá era una extraña clase de organismo, contenido en sí mismo, incapaz eternamente de hacer contacto con otra criatura, excepto con una de su misma clase.

«Ah, ya estás antropomorfizando otra vez, Talby, se corrigió a sí mismo. La tormenta fue una manifestación de fenómenos puramente físicos; nada más y nada menos.» Se volvió y reanudó su tranquilo estudio del campo de estrellas ante él.

El campo de fuerza y las pantallas defensivas se cerraron automáticamente con el paso del peligro. Doolittle, Pinback, y Boiler se dejaron caer pesadamente en sus asientos, dejando que la tensión se retirara de sus cuerpos.

Pinback forzó una ligera sonrisa según se quitaba el casco.

—Bien, lo conseguimos otra vez.

—Sí —asintió Doolittle. Me pregunto por qué. Había suficiente poder en ese vórtice para derretir este bote de lata y convertirlo en escoria. No creía que ya nada funcionase —notó una luz roja en su consola—. Y quizá no funcione —a la curiosa mirada de Pinback, asintió con la cabeza hacia el indicador—. ¿Y ahora qué? —luego, más alto—: Adelante, computadora. Estamos fuera de éxtasis y recuperados.

—Atención, atención —empezó la computadora, ignorando el hecho de que Doolittle y Pinback estaban va pendientes de cada palabra—. Computadora de la nave a puente. Hubo un fallo a bordo durante el pasaje final de la concatenación de..., durante el pasaje final de la tormenta de asteroides.

Pinback y Doolittle intercambiaron miradas cansinas. No podía ser muy serio o la nave habría sido notablemente afectada. Doolittle bostezó.

—De acuerdo, computadora... ¿Qué es ello?

—Rastreo.

Mientras, Doolittle esperó irritadamente —no conseguirían la música hasta que la maldita máquina hubiera acabado su informe—. Se deslizó humo de un pequeño agujero en la pared del cierre de aire de emergencia.

Inútil decir que ni el humo ni el agujero eran componentes normales del silencioso cierre de aire. Salía por detrás de un panel que cubría una pequeña cámara. Dentro de la cámara descansaba un láser en operación que ocasionalmente ahora se encendía en una secuencia no

programada. Era un láser especialmente importante. Allí estaba el fallo. Pero la razón por la que la computadora no podía localizarlo era porque ese último, cortante rayo de la tormenta, había quemado sus conexiones con la computadora.

—Todavía no he identificado la naturaleza del problema —dijo la máquina a Doolittle—. ¿Contacto con usted cuando descubra que este fallo, señor?

—Sí —dijo Boiler—. Haz, eso; pero mientras, cállate, ¿vale? La computadora no respondió, pero se hizo el silencio.

Boiler se hallaba arriba, desatándose las correas de su asiento. Doolittle estaba delante de él y Pinback apresurándose a alcanzarlos.

—No sé vosotros, pero yo necesito mirar algo diferente que estos malditos controles por un rato. Salgamos de aquí.

—Podría descansar un poco también —añadió Boiler—. Ha sido una suerte que no estuviéramos descansando cuando la tormenta llegó — estaban dejando la habitación de control ahora y bajaban por el pasillo de vuelta a una de las habitaciones convertida en almacén, la que habían preparado para su propio uso.

Boiler se encontraba de un desusado buen humor.

—Recuerdo la última vez que estuvimos en una tormenta de asteroides. Yo estaba abajo en el compartimiento A consiguiendo un sándwich cuando oí explotar toda la sección.

—Sí, yo también —habló alegremente Pinback—. Muchacho, no podía pensar uno que un simple escape de aire podría armar tal barullo — Doolittle le echó una cansada mirada, pero el sargento continuó entusiásticamente—. Decid, muchachos, ya sabéis... —continuó según doblaban una esquina del pasillo—, si nosotros realmente queremos, si decidimos ponernos a trabajar un poquito, podríamos arreglar la sección para dormir y dejarla tal como estaba antes. Entonces podríamos dormir en verdaderos colchones neumáticos otra vez. Eh, muchachos —dijo alegremente—, ¿por qué no arreglamos los departamentos dormitorios así para que podamos tener un lugar decente para dormir otra vez? ¡Uf! ¿Por qué no? No sería tan difícil. Todo lo que tendríamos que hacer es poner un parche al agujero y meter un poco de aire otra vez dentro. Apuesto que podríamos aun hacer la mayor parte desde dentro. Eh, muchachos...

—Cállate, Pinback —gruñó Doolittle. Luego, el pensamiento que le había estado molestando recobró su atención y miró hacia Boiler.

—¿Qué quieres decir, que estabas cogiendo un sándwich? Se suponía que no había ningún alimento real en esta nave. Todo lo que se supone que debemos comer a bordo son estos concentrados nutritivos, no comida de verdad. Tú no podías conseguir ningún sándwich a base de estos concentrados. ¿Dónde conseguiste la materia?

Boiler pareció ligeramente apologético según se aproximaban a la puerta marcada con el rótulo COMPARTIMIENTO DE ALIMENTOS NÚMERO 2. Estaba aún un poquito embarazado. Su voz era extrañamente defensiva.

—Bien, recuerda que a cada uno de nosotros le fue permitido traer cuatro canastas de efectos personales para el viaje.

—Sí; ¿y bien? —presionó Doolittle.

Boiler dudó ligeramente. Entonces preguntó:

—¿Recuerdas los también marcados «libros»? Se suponía que debían estar llenos de manuales astrofísicos y buen material que yo tenía que estudiar y comentar durante el viaje.

Doolittle asintió; estaba empezando a entender. Nunca hubiera sospechado que Boiler —siempre inimaginativo, insensible Boiler— fuera capaz de tal osada duplicidad. Evidentemente, tampoco los inspectores que habían pasado las canastas.

—La noche anterior a la que fuimos transferidos de la Estación Orbital de Tierra a la nave —continuó el cabo— los arrojé a la basura de la estación para luego...

—Así es que las dos canastas estaban llenas de pan —adivinó Doolittle—. ¿Y qué más?

—Pan —asintió Boiler de una manera lastimera que era triste de ver— y mantequilla de cacahuetes y mermelada... toda clase de mermeladas. También queso suizo, *salami kusher,* sardinas, mayonesa, pepinillos, carne en conserva, pastrami, lechuga, etcétera —sacudió la cabeza—. Echo de menos eso.

—¿Y nos lo has estado escondiendo todo —acusó Doolittle suavemente—, mientras nosotros estábamos masticando esa coloreada porquería concentrada? Tú estabas comiendo salami, y carne en conserva, y... y... —trató de decir pastrami, pero su boca estaba tan llena de saliva de sólo pensarlo que no pudo.

—Tú hubieras hecho lo mismo —protestó Boiler. sacando un poco de dignidad—. De todas maneras, estaba a punto de compartirlo con vosotros, muchachos, cuando la primera tormenta estalló.

—La mayor parte de nuestros efectos personales estaba arriba en la habitación con el resto de nuestras cosas. Fue aislado muy bien. Solía sacarlo y llevarlo abajo al compartimiento de alimentos para comerlo allí, porque era el único sitio que podía desprenderme de las migas y no tener que preocuparme de los olores —su expresión se hizo aún más triste—. Cuando las secciones de los dormitorios, así también se fueron los alimentos reales. Sólo espero que si hay alguna vida inteligente ahí fuera, que encuentren esa masa flotante. Así sabrán que estamos civilizados.

Hubo un momento de silencio, *in memoriam.* Doolittle dijo una silenciosa oración al ahora petrificado pastrami y miró a Boiler con nuevo respeto. El shock que él había estado escondiendo debía haber sido un terrible sufrimiento.

—Lo siento, Boiler. De verdad.

—Ah, está bien, teniente. Ya me he contentado. Lo único que siento es no haberlo compartido con vosotros, muchachos.

—Eso no quiere decir que dejemos de arreglar los compartimentos de dormir otra vez —dijo Pinback, cuyo tono no mostraba ningún sentimiento por el estado mental de Boiler, y abrió la puerta y los precedió al convertido salón de almacén de alimentos.

El deseo urgente de Pinback de reparar la anterior sección de dormir tomó un aumento de peso con la vista actual de su presente domicilio.

Tres altos colchones neumáticos yacían desparramados contra las gruesas paredes. Eran para usar en caso de emergencia, y una maravilla si se compara con los catres de los días de antes de la explosión.

Desechos variados de la clase de un soltero cubrían muebles, suelo y paredes con fina imparcialidad una cobertura liberal de inútiles cosas que pululaban a la deriva compuestas de desgastados objetos de formas inconcebibles y funciones.

Solamente un mueble cama yacía ordenado y limpio. La manta estaba dispuesta tan tensa que se podía hacer botar una moneda. Insignias y medallas estaban tendidas de tal forma como si fueran a ser donadas en cualquier momento.

Era el mueble cama de Talby, que no había sido usado en... Doolittle no podía acordarse cuánto tiempo. No podía acordarse cuándo el astrónomo había empezado a dormir en su silla de observación allí en la cúpula. A él no le gustaba, pero nada en las reglas decía que cualquier miembro de la tripulación no pudiera dormir donde le diese la gana.

Pero Doolittle no pensaba que esto fuera sano.

Tres de las paredes estaban desnudas, las estanterías del compartimiento habían sido quitadas cuando los hombres decidieron mudarse allí. La cuarta pared estaba completamente cubierta desde el techo al suelo con fotos de humanos del tipo femenino. Había varios cientos de fotografías, aumentadas a partir de microfilmes. Algunas de ellas estaban intactas, otras habían sido cortadas para mostrar alguna particular porción de la anatomía del sujeto. Todas tenían una cosa en común; que el vestido artificial no figuraba en ninguna de ellas.

—Nos llevaría sólo un día o dos arreglarlo, Doolittle, Boiler. Oh, vamos, muchachos. Podríamos hacerlo en...

—Cállate Pinback —riñó Doolittle.

—Oh, como queráis. Entonces, dormid en un colchón lleno de bultos. A mí qué me importa —Pinback se dejó caer en su colchón, buscando rápidamente a tientas un cigarrillo en sus suministros.

Doolittle se relajó en su catre y sacó un paquete de cartas, empezando a tenderlas para otro solitario. Boiler se sentó en su cama y miró a una de las paredes desnudas.

—Para su entretenimiento —llegó la suavizadora voz de la computadora, que encima de llevar la nave constantemente manejaba lo que pensaba para sus necesidades—, nosotros presentamos ahora algunas melodías de medianoche de Martín Segundo y sus cuerdas Scintilla.

—Nuestra primera selección es la perenne favorita. «Cuando el crepúsculo cae sobre NGC Ocho Nueve Uno».

Una música suave llenó la desordenada alcoba. Ninguno se molestó en poner objeciones. Los argumentos de la computadora sobre la importancia de la música de ambiente opuesta al violento «rock and roll» es que podría ser enloquecedor. Solamente cuando sus elecciones eran pueriles ellos se molestaban en protestar.

Boiler había estado buscando en sus cosas y salió con un grueso puro. La voz de la computadora sobresalió sobre la música.

—Debo recordar a ambos, cabo Boiler y sargento Pinback, que más de una persona fumando a la vez pone en sobrecarga el sistema de purificación de aire.

—¿Qué sistema de purificación de aire? —bufó desdeñosamente Boiler—. Puedo oler los humos de la semana pasada todavía —la computadora ni se dignó responder.

Boiler encendió con burla su puro y empezó a hacer anillos de humo. A veces, la presencia de gravedad total artificial era una verdadera lástima. Las horas de dormir estaban entre ellas, especialmente desde que sus especiales catres habían sido arruinados. Ahora era otra de estas ocasiones, según Boiler contemplaba sus especies de nebulosas y consideraba sus aros de humo a cero-G.

Pinback estaba mirando la pared cubierta de fotografías, el cigarrillo agarrado en una mano, todavía sin encender, la cerilla virgen en la otra. Abruptamente dejó caer las dos al suelo. Su cara tomó una apariencia decididamente tímida.

Había un vivo resplandor en sus ojos cuando cogió una gran caja y la puso sobre su cama. Mirando a Boiler y Doolittle en espera de señales de reacción, empezó a tocar a tientas su contenido. Boiler soplaba contento aros de humo.

El cabo giró sobre sí mismo, seleccionó otro puro y lo encendió. Pareció sorprendido entonces de descubrir que ya tenía otro en la boca. Sin aparentar ni un ápice estar embarazado apagó el segundo.

Un momento más tarde lo había cambiado por un cuchillo, un extraño objeto para ser traído a bordo, y uno que los directores del vuelo habrían negado si hubieran sabido de su presencia.

Pero una de las cosas en que los psicometristas habían insistido era que las cuatro canastas de efectos personales, exceptuando explosivos o algo peligroso, eran absolutamente privadas.

Esto era el porqué Boiler había tenido tal éxito en traerse consigo tan poco ortodoxo, pero decididamente no explosivo material, tales como sus componentes de sándwich y la navaja automática. La última se abrió con un ligero sonido metálico.

Manteniendo el cuchillo en una mano, usó la otra para quitar todo lo que había encima de la canasta al lado de su cama. Hacía una buena mesa provisional. Hasta era suya, algo personal. Estaba hecha de sólida madera; no plástico, ni metal.

Extendiendo los dedos sobre la superficie, tomó el cuchillo y empezó a hacer un suave claveteo con él, pinchando entre los apretados dedos sobre la firme madera. Empezó por fuera del pulgar y acabó por la cara exterior del meñique. Luego repitió el viaje.

Adelante y atrás, atrás y adelante, y atrás —y el cuchillo cortó justo por fuera de un dedo—. Paró, sostuvo la mano cortada, y la miró fijamente.

Todos los atributos y fallos que los muchachos de psicometría habían concedido estaban presentes en Boiler: estaban aparentes entonces también: que tenía agua helada en sus venas; que parecía ser el menos comunicativo miembro de la tripulación del *Dark Star;* que sería el menos probable de derrumbarse en una situación opresiva, excepto

Powell.

Ellos le habían dicho todo eso antes de abandonar la estación orbital de la Tierra, en el último informe psíquico. Estudió el dedo, recordó lo que le habían dicho, y sonrió.

Ya que tenía agua helada en sus venas, entonces, naturalmente, debería salir sólo agua helada. Y eso pararía bastante pronto. De hecho, mientras el cuchillo se introdujo en el dedo con alguna fuerza, cualquiera hubiera podido ver por sí mismo que no había nada de sangre saliendo. Esto era debido al innatural control de Boiler de su propio cuerpo, ésta era la explicación de los psicometristas que habían visto por primera vez tal cualidad en Boiler.

Naturalmente, existía la posibilidad de que él se imaginara su propia falta de sangre, que él estuviera en la actualidad chorreando sangre por toda la habitación, y que él mejor buscase tratamiento rápidamente, o bien que se desangrase hasta morir. En tal caso él estaba loco.

Su sonrisa se hizo más ancha, luego desapareció. Pero él no estaba loco del todo. Sólo Talby estaba loco, y él era inofensivo. Boiler se preguntaba si Talby, el loco Talby. sangraría.

Uno de estos días quizá lo descubriría.

Pinback estaba teniendo problemas escondiendo una sonrisa de las suyas según quitaba un objeto sin color de la caja. Eran un par de gafas de propiedades poco usuales. Posiblemente dos personas en la Tierra las hubiesen encontrado divertidas. Además de esto, algo más de un par habían sido hechas en ese ignorante planeta. Pinback se puso las gafas.

Consistían en una montura barata de plástico sobre la que estaban montadas un par de mitades de globos oculares toscamente ensangrentados, hechos de plástico aún más barato y sujetos a las gafas por muelles metálicos.

Doblando su cabeza y escondiendo cuidadosamente el cacharro de la vista, se movió suavemente hacia Boiler. El cabo había acabado el extensivo examen de su invulnerable dedo y estaba ahora apoyado contra la pared y soplando perfectos aros de humo una vez, más. Pinback se inclinó lentamente hacia él, muy lentamente. Se arrodilló ligeramente y dobló la cabeza, quitando la mano justo en el momento preciso, y los globos oculares saltaron fuera de la montura para menearse salvajemente sobre los muelles.

Boiler se volvió con igual paciencia y calmadamente sopló un aro de humo en la cara de Pinback. Hubo un momento de no reacción. Luego, Pinback se volvió y tomó el camino de vuelta a su catre, su sonrisa desaparecida. Desanimadamente, se quitó las gafas y las arrojó a la caja.

«Boiler está loco: el pobre diablo, pensó. Cortarse sus propios dedos y no decir nada. *Loco,* pero no dejaría que yo le ayudase.»

Boiler miró llanamente a Pinback; luego volvió a la contemplación introspectiva de su aparentemente no herido dedo. Loco, el sargento estaba loco de remate. Estaban todos locos, excepto quizá Doolittle: y Doolittle tenía otros problemas.

El silencio se estaba apoderando otra vez de Pinback, como siempre

ocurría. Debe haber algo que él pudiera hacer por los pobres muchachos. Algo que él pudiera hacer... Su mirada dejó el suelo y se centró sobre la cercana forma de Doolittle.

El teniente estaba una vez, más concentrado en un solitario. La boca de Pinback se curvó perversamente por las esquinas. Empezó a buscar algo por el fondo de la caja.

Doolittle, mientras tanto, había rebuscado por el piso carta por carta hasta que encontró una sota roja para ponerla sobre la vacante reina. Estaba ausente de Pinback, Boiler y la nave.

La voz interior de su cabeza le advertía otra vez. La mayoría de las veces podía hacerla callar, pero otras era tan insistente que ni una pared podría hacerla callar enteramente.

«Estás haciendo trampa de nuevo. Doolittle —clamó enfadadamente, golpeándole implacablemente—. Tú siempre has hecho trampas, ¿lo sabes, Doolittle? Mentiste para meterte en la escuela de vuelo, y luego hiciste trampas en tu examen físico de astronauta cuando no pudiste pasar los arranques. Ellos decían que era imposible, pero tú lo hiciste. Doolittle. Hiciste trampas en el examen oral cuando quisiste pasar al *Dark Star* para impresionar a tu novia, e hiciste trampas con el psiquiatra, dándole todas las respuestas cuidadosamente preparadas en vez de las verdaderas. Hiciste trampas en todo a lo largo de tu corta y miserable vida, teniente Doolittle, y estás pagando por ello, por triplicado. Porque ahora mismo —puso un diez rojo sobre la sota—, ahora mismo a ti te gustaría mentirte a ti mismo de vuelta a casa, ¿verdad? Pero no puedes, porque no queda nadie a quien mentir más que a ti mismo. Si vuelves a casa sin la computadora confirmando que has utilizado convenientemente todas las veinte bombas, te transformarán en polvo. Y si tratas de tirar la última en un lugar indeterminado, la computadora lo registrara y ellos no serán galantes a la vuelta a casa, ¿verdad? No, Doolittle. Ellos seguramente te arrojarán en el bate para observación. Descubrirán tus otras mentiras, y a pesar de todo tu éxito ellos estarán muy disgustados. Tu única salida sería hacerle trampa a la computadora, y no puedes hacer eso, ¿verdad? Así es que tal parece que estás obligado a hacer un buen trabajo a tu pesar. Tú nunca pudiste engañar al comandante Powell, tampoco; pero luego al menos lo entendió.»

Sacudió la cabeza bruscamente. Alguien estaba cerca de él...

El momento de miedo pasó rápidamente. Regresó a su mal humor. No era el ya largo tiempo muerto comandante Powell. Era sólo Pinback. Volvió a su juego.

Pinback llegó furtivamente dentro de su traje de vuelo, sacó un objeto de forma incierta y lo hizo balancear enfrente de la cara de Doolittle. Era un pollo de goma. Doolittle no se impresionó.

Puso un ocho negro sobre un ocho rojo; era imposible de resolver, aun para un consumado tramposo. Cogiendo el resto de las cartas, las arrojó en el montón.

—¡Maldita sea! —exclamó brevemente a Pinback, que retrocedió bajo esa desacostumbrada y momentánea explosión de odio intenso, y dejó la habitación.

Estaba furioso consigo mismo. Furioso por poner la carta equivocada sobre la carta errónea. Furioso con Pinback y su idiotez del pollo de goma. Furioso con el universo que se burlaba de él, y lo peor, que le ignoraba.

Un malamente confuso Pinback dejó el pollo de goma colgar a su lado y miró asombrado a Boiler.

—Ahora, ¿qué se supone que pasa con él?

Tenía que calmarse —pensó Doolittle—. Era necesario hacerlo. Los otros estaban dependiendo de él. No podía continuar perdiendo los estribos con Pinback de esa manera. Naturalmente, el sargento solamente le invitaba a esto con sus intentos pueriles de humor, pero Doolittle debería ser capaz de acabar con esto por este tiempo. Pinback no era responsable en absoluto de sus actividades infantiles.

De hecho, por un momento le pareció a Doolittle que Pinback no era responsable ni de estar en esta misión. Pero eso era un pensamiento estúpido.

«Tienes que relajarte, tienes que tomártelo bien» —se dijo a sí mismo.

La habitación de música. Eso era, tenía que ir a la habitación de música. Anduvo de prisa. No estaba lejos.

3

Se deslizó hacia la puerta. La sala de música era una sección subdividida de la cámara común de recreo, vallada para su propio uso. Cerrando la puerta iras él, se volvió mirando reverentemente al órgano.

Usando casi todos los trozos de madera formados con anterioridad y todo lo que él pudiese generar a partir del aparato fabricador de cristal, había hecho el instrumento enteramente a mano en la tienda de artes manuales y aficiones de la nave.

A partir de lo que él pudo crear de eso, y de material canibalizado de varios instrumentos musicales —provistos por los sesudos psicometristas—. había producido algo que parecía una mezcla entre algo como una carretilla de mano de vendedor de especias, un piano vertical y el telar de una tejedora.

Docenas de botellas y campanas y pedazos de madera estaba suspendidas de un alto mueble de madera, una especie de estantería. Todos estaban conectados por una disparatada telaraña de cuerdas y alambres a un teclado central.

Sentado mansamente en la silla, tomó un mazo y probó varias botellas para ver el sonido. Las primeras estaban bien, pero finalmente golpeó una que devolvió un inconsistente bong hueco. Esa misma maldita jarra de medio litro, que no estaba nunca afinada.

Un jarro de agua estaba a un lado. La mitad del agua se había evaporado desde la última vez que él estuvo aquí tocando. ¿Había pasado tanto tiempo? Ah, bien, nada se había perdido. El agua era reciclada constantemente por la nave, de la respiración normal, excreción y jugos estancados.

Cogiendo el mazo, golpeó el medio litro otra vez, echó un poco más de agua y lo golpeó de nuevo. Más agua, otro golpecito, y una última pizca

de agua lo pondría a tono.

Algún día acabaría el órgano y lo afinaría convenientemente. Algún día. Afinar un órgano era, después de todo, una tarea considerable. Pero ahora estaba tan listo como él podía. Levantó sus manos dramáticamente sobre el teclado, las bajó.

Aquí, en el aislado rincón del *Dark Star,* era el único lugar donde él creaba; el único lugar donde podía y deseaba producir y no destruir; el único sitio que le hacía recordar su hogar. Este era su templo, su equivalente a la cúpula de Talby, las paredes llenas de fotos de Boiler, los tebeos de Pinback.

Probablemente era todo agua. La azul corriente agua —bajo él, sobre él, detrás de él—. La amistosa y familiar agua levantándole, arriba, arriba, y luego deslizándose abajo por el verde frontal de cristal. Siempre la azul-azul-verde agua.

Sus manos se movían libremente sobre las teclas soltando el final de la fluida tocata de Widor «Concierto Sexto de Órgano», una pieza de música a la vez tan ligera y poderosa como el más profundo oleaje de los océanos. Se levantaba alrededor de él, sumergiendo la pequeña estancia en sonido y luego en humedad absoluta y deslizante.

Tocó más alto, más rápido ahora, conduciendo la estructura frugal a su espumosa coda —el edificio musical a un crescendo, una vibración amontonándose sobre otra con el pisar continuo sobre los pedales de los bajos—. Sus dedos de los pies apretaban y se hicieron uno con el suave y bien encerado pedal según él se deslizaba por el frente del tirante, suave vestido de vinilo y agitado crescendo que moría lentamente detrás de él... Pestañeó.

La música había sido hecha. La carrera había acabado. Se hallaba renacido, refrescado, limpio y entero otra vez. Uno con el universo.

Dudó, tocó una tecla torpemente colocada. En algún lugar dentro de la débil confusión un mazo o un destornillador se movían para golpear una jarra parcialmente llena con agua. Hizo un sordo, sólo vagamente sonido musical.

Se sonrió. Ante los otros nunca había sonreído, pero pudo sonreírse a sí mismo aquí. No importaba que el órgano tocase otras notas diferentes a las que él había oído. Había tocado la partitura totalmente correcta, las teclas —las cuidadosamente enceradas, pulidas a mano, delicadamente manipuladas teclas— y los sonidos habían sido correctos para él. Se puso, de pie y miró el órgano con placer.

Un poco del agua se había evaporado. Eso era todo. Simplemente un poco de agua.

Dejó la habitación.

¿Por qué no podían los otros comprender? Pinback, Boiler, y aun Powell. Aun Powell no había entendido nunca que él llamase órgano a lo que él veía como una colección de astillas y desechos.

Esta era la forma de pensar de Doolittle, lo que le hizo sentirse un poco mejor, un poco más sabio que los otros. Pero ¿y sobre Talby? Frunció el ceño. Oh, Talby tampoco entendía el órgano del teniente. Su secreto estaba seguro.

¿Dónde estaba la cabeza de Talby ahora, de hecho? Doolittle miró su

reloj. Probablemente arriba en la cúpula, como siempre. Doolittle giró sobre sus talones, dirigiéndose abruptamente hacia la sala de preparación de comida en lugar de volver a sus compartimentos convertidos en salas de estar.

Una vez allí marcó un desayuno mayor. No para él; para Talby. Se lo llevaría arriba al astrónomo, a Talby en su serena contemplación de los cielos, y trataría de compartir sus ideas acerca del órgano con él. De toda la tripulación, el astrónomo podía ser quien entendiese.

Hubo una corta pausa, luego nada. La computadora de comidas parecía negarse a descargar ni un simple desayuno a esta hora. Doolittle pulsó el mando de activar-petición repetidamente, hasta que la máquina descargó finalmente la comida ordenada. Luego se dirigió hacia la cúpula de observación por el pasillo de acceso.

Dudó en su camino hacia arriba. A Talby podía no gustarle ser molestado, y Doolittle pensó en abortar esta pequeña expedición, pero no lo hizo. Talby no podía gustar de compañía, pero aun así tenía que comer.

Poniendo su cabeza a través de la entreabierta portezuela, llamó suavemente:

—¿Talby?

Hubo un sonido de zumbido, y la silla giró rápidamente. Talby estaba mirando abajo hacia él, con expresión neutral.

—Aquí tienes algo de desayuno.

Le entregó la pequeña bandeja de metal al astrónomo. Talby la tomó, no dijo nada; pero hubo otro zumbido en la silla del astrónomo y ésta se deslizó hacia atrás, haciendo sitio a Doolittle en el confinado espacio de la cúpula. Era la forma de Talby de darle la bienvenida.

Había una pequeña cuña sobresaliente en la parte más lejana de la escotilla y Doolittle se apretó sobre ésta, sus pies cubriendo las dos partes de la abertura. Como un manantial, la luz inundaba la pequeña estancia desde el corredor abajo, iluminando ambas caras por debajo. Daba a Doolittle un aspecto saturnino, mientras Talby, sentado más allá, aparecía rodeado de sombras sangrientas.

El teniente miró cuidadosamente fuera de la cúpula. El universo giraba alrededor de ellos. No, no, eso era una frase de libro; y no era apropiada.

El universo estaba quieto, tranquilo, con una solemnidad bastante más impresionante que cualquier lento movimiento.

Ellos se estaban moviendo, pero aun a su suprema velocidad la galaxia era demasiado vasta para que cualquier movimiento fuera visto a simple vista. Hiperespacio era diferente, un confortante borrón. No se tenía miedo de no poder delinearlo.

Pero aquí arriba, con todo dispuesto, claro e inflexible... Doolittle no gustaba de subir a la cúpula por mucho tiempo. Por un rato era impresionante, pero después de mucho tiempo empezaba a oprimir a un hombre con su sola insignificancia. Pinback y Boiler no podían aguantarlo ni siquiera por un rato.

Aun un rato era demasiado, y demasiado tiempo era...

—Para eso, Doolittle. No es sano.

Era diferente allí en la Tierra. Podía recordar que entonces le gustaba. El universo había parecido un lugar amistoso aquellas noches, un suntuoso tapiz de soles y nebulosas trenzados como un justo fondo para la blanquiazul joya que era la Tierra vista desde la Luna.

Pero la Tierra no estaba sobre sus hombros aquí. En su posición presente era una punzada distante de luz que solamente la computadora de la nave podía identificar.

Oh, y Talby, naturalmente. Escondió su sonrisa. De la misma forma que clamaba ser capaz de identificar soles a simple vista, el astrónomo persistía en clamar ser capaz de poder señalar el Sol de entre el cielo. Eso era imposible, considerando todos los cambios de rumbo que habían hecho en los perdidos e idos años.

Pero si fuera interrogado, Talby señalaría sin dudar algún punto en el cielo, y diría: «¿Sol? Ahí está. Pero ¿por qué lo quieres saber? No es una estrella muy importante», y volvería a su solemne estudio de los cielos circundantes.

Doolittle no sabía exactamente por qué estar durante un momento en la cúpula le molestaba. No debería ser así. Esa era una cosa de la que no tenía que mentir —él no había mostrado síntomas de miedo espacial—. Miedo de los grandes espacios abiertos entre las estrellas.

No, la grandeza de la galaxia no le producía terror. Aunque los psicólogos le habían dicho que no había pasado años flotando en un pequeño triángulo metálico lejos de la vista de la Tierra, en estos años ni siquiera pudo echar una mirada a su propio sol. Un viaje como éste traía a casa a un hombre como algo del espacio que los psicometristas no podían ni siquiera aproximadamente saber.

Eso no era complicado. No. El espacio era grande, el hombre era pequeño, y no se podía vivir en tan larga, o tal grandeza asumiría sus propias proporciones y llegar a la mente y aplastarla. Pero Talby reflexionó, parecía haber barrido tal problema. El iba a dar la vuelta a algunas teorías cuando volviese a casa, si alguna vez podían arrancarlo de su cúpula. Talby se crecía en el vacío.

Doolittle le odiaba por eso.

Talby se había quitado sus auriculares y estaba retirando el papel protector de su desayuno. Haciendo una pelota con el fino metal, lo tiró con normal desinterés por la abierta compuerta. Doolittle siguió su senda hasta que desapareció de la vista; luego volvió su mirada de vuelta al astrónomo, que estaba empezando a chupar un tubo de concentrado de huevos.

—Tú sabes, Talby, que deberías bajar y comer tus comidas con el resto de los compañeros. O al menos bajar a dormir. Pasas demasiado tiempo aquí arriba.

Unas mil veces por lo menos le había repetido similares manifiestos de idénticos contenidos al astrónomo. Y por milésima vez, Talby, tan imperturbable como siempre, volvió a dar la misma respuesta, después de tragar un bocado de comida.

—¿Por qué? Me gusta estar aquí arriba. No molesto a ninguno de vosotros, ¿verdad? Deberíais estar contentos de la intimidad extra.

—Tenemos mucha intimidad, Talby. Tenemos toda una nave que está

casi vacía ahora, en la que poder esconderse de unos y otros —hizo una pausa; luego siguió con actitud diferente—: Solías bajar y comer con nosotros. ¿No se hace solitario el estar aquí solo tanto tiempo? Quiero decir, intimidad es una cosa, Talby, pero...

Dejó de hablar cuando el astrónomo acabó sus huevos. «Los acabó rápidamente —pensó Doolittle—, con prisa de acabar el mal hecho aprovisionamiento de su cuerpo.» Eso no era natural. El tiempo de la comida era uno de los pocos lazos que quedaban de los hábitos terrenales. Talby abrió un tubo de sustitutivo de pan.

—No me gusta bajar desde que el comandante Powell murió —dijo—. Me siento demasiado encerrado allí abajo.

—Sí —murmuró Doolittle inútilmente. ¿Qué podía decir él a eso?—. Aun así. deberías pasar más tiempo abajo. Ya sabes, saber algo más de la nave.

—¿Yo? —respondió Talby. oyéndole y no oyéndole—. ¿Para qué quiero yo mirar la nave? Ya sé cómo es. No es para eso para lo que yo vine a esta misión, Doolittle —se reclinó y miró afuera con esa peculiar sagaz mirada que Doolittle ahora conoció instantáneamente—. Aquí arriba puedo mirar cosas, Doolittle. Me encanta observar cosas. Sólo mirar a los sistemas solares y meteoros nómadas, agregados gaseosos y distantes galaxias. Sabes, apuesto a que yo he visto más estrellas que cualquier ser humano vivo, Doolittle. Y tú nunca sabes lo que puede pasar dando vueltas para decir hola en supervelocidad o hipervelocidad. Algunas de ellas te sorprenderían. Doolittle.

—Sí —murmuró Doolittle otra vez. Talby le estaba poniendo más nervioso estos días—. Pero tendrás mucho tiempo para eso más tarde. Quiero decir, piensa en ello de esta manera: hemos estado en el espacio veinte años y nosotros sólo hemos envejecido tres años físicamente, así es que habrá mucho tiempo para eso más tarde. ¿Verdad, Talby? ¿Talby?

—¿De veras vamos a la región de Veil Nébula? —dijo el astrónomo en un murmullo.

—Naturalmente —insistió Doolittle—. Quiero decir que yo di las órdenes y supervisé la corrección del rumbo, ¿verdad? Está programado, ¿verdad?

—Tú sabes, Doolittle —dijo Talby tranquilamente—, que si vamos a la región de la Veil podemos actualmente encontrarnos con una cosa extraña y llena de belleza: los asteroides Phoenix. Deberían estar pasando por allí ahora, si las predicciones son correctas.

—Oh, asteroides Phoenix —la ceja de Doolittle se arrugó. Le pareció que ése era un nombre que él debería saber, un nombre que él había oído antes.

No era que hubiese mentido también en los cursos de astronomía. Era simplemente que él no había prestado mucha atención a cualquier cosa que no fuera navegación y trazamiento de mapas.

—¿Asteroides Phoenix? —confesó finalmente—. No creo haber oído hablar de ellos.

Talby le dirigió una mirada que Doolittle no fue capaz de interpretar. Enfado. Satisfacción. Piedad.

—Son un cuerpo de asteroides —al menos eso es lo que las mejores suposiciones creen que son— que están corriendo en una órbita definida, pero tan grande que durante años nadie pudo calcularla. Fueron detectados justo después del desarrollo del primer telescopio lunar. No viajan en línea recta como la mayoría de las agrupaciones de asteroides, ni pertenecen a ningún sistema solar; pero tienen una órbita real. Una vez cada doce punto tres millones de años dan la vuelta a nuestro universo. Pasan por nuestra galaxia por la región del Sol sólo una vez, y volverán en poco menos de doce punto tres trillones de años desde ahora. Pero la Tierra no estará en ningún lugar para entonces. El universo puede que no esté en ningún lugar. Pero los Phoenix estarán.

—Loco... ¿Cómo puede nadie calcular una órbita como ésa? —murmuró Doolittle, pero luego se sintió estúpido por preguntar por qué; obviamente, alguien había calculado eso.

—No sé, Doolittle. No soy una computadora, pero ha sido hecho. En cuanto a los propios Phoenix, no sabemos mucho de ellos. Su composición es solamente una suposición. Un grupo asteroidal parece tan lógico como cualquier cosa por algo que desafía tantas leyes como se hacen —se inclinó sobre el respaldo de su silla y miró hacia afuera—. Los asteroides Phoenix... Son algo diferente, Doolittle; algo tan diferente que nosotros no podemos ni siquiera asignarles una explicación. Por ejemplo, para los telescopios sobre la Luna, para poder captarlos tienen que tener su propia fuente de luz interna. Doolittle, y una increíblemente intensa. Ellos resplandecen. Cambian de espectros constantemente, los colores sobre el diagrama fluyen como el vino. Nadie sabe cómo o por qué. Propiamente, un objeto astronómico tan pequeño debería ser invisible a nosotros a tan gran distancia. No sería posible detectarlos desde la Tierra en absoluto, y mucho menos distinguir algo de color. Pero sí se puede, Doolittle, sí se puede.

Doolittle simplemente miró a Talby, pensando. Le pareció que debería recordar algo tan espectacular como los asteroides Phoenix, a pesar de su indiferente aproximación a algunos cursos. ¿Eran reales... o eran otra invención de la imaginación demasiado activa todo el tiempo de Talby, el producto de demasiada estimulación de un inexorable universo observado demasiado tiempo?

—Resplandecen —estaba murmurando Talby según miraba fuera de la cúpula—. Simplemente brillan según se deslizan por un gran círculo alrededor del universo entero. Los asteroides Phoenix.

Doolittle consideró lo que Talby había dicho durante mucho tiempo, mientras ningún hombre dijo nada. Los únicos sonidos eran ocasionales gruñidos de la nave y eructos mecánicos llegando hasta arriba por la escotilla abierta.

Finalmente. Doolittle miró hacia arriba, las manos cruzadas enfrente de él, y le dijo a Talby:

—¿Sabes lo que pienso, Talby? Siempre estás hablando sobre ti mismo, y Boiler y Pinback no dejan de pensar en los viejos tiempos; pero yo soy igual. Aun aquí arriba... —y miró a los cielos encima de su cabeza— es más fácil hablar, creo yo. ¿Sabes lo que pienso?

El astrónomo no respondió, pero miró hacia él expectantemente.

Empujado por esto, Doolittle siguió hablando, sus manos retorciéndose.

—Es curioso... De alguna manera yo me siento en diversos sitios en la nave, tratando de tener mucho tiempo para mí mismo. No puedo hablar a los otros, realmente. Nunca fui muy bueno para hablar con nadie del programa. No sé por qué. Me molesta, Talby. No tenía ningún problema con nadie en la Tierra. Era positivamente gregario allí en casa.

—Todos hemos cambiado, Doolittle —dijo Talby con voz sepulcral.

—Sí, supongo... De cualquier forma, con tiempo para mí mismo, puedo pensar en aquello..., en la casa de Malibú. ¿Sabes dónde está Malibú, Talby? —el astrónomo sacudió la cabeza. Mera geografía terrenal tenía poco interés para él. Sus intereses cartográficos eran de alcance cósmico—. Es una pequeña ciudad al norte de la megalópolis de Los Angeles. Una ciudad costera. Viví allí antes de ser incluido en el programa. Y solía hacer surf todo el tiempo, Talby. Solía ser un gran surfer —hizo una pausa y miró al silencioso astrónomo—. ¿Qué hora crees que es ahora en casa, Talby, en los Estados Unidos?

Talby miró fuera de la cúpula.

—En Los Angeles serían sobre las ocho cero cinco por la mañana.

—Sí, seguro —Doolittle trató de esconder su sonrisa—. Pero ¿qué época del año?

Talby sacudió la cabeza.

—Apostaría que es primavera —musitó Doolittle, su sonrisa ensanchándose—. Las olas en Malibú y Zuma —ésa es una playa al norte de Malibú, Talby— son tan fantásticas en la primavera. Puedo recordar bajando corriendo hacia la playa en esos amaneceres en primavera con mi traje mojado, mi tablero bajo el brazo y la niebla punzando mi cara... —se detuvo. Talby realmente no estaba escuchando. Observaba las estrellas otra vez. Pero era bueno hablar con alguien más sobre ello—: Las olas estarían ahora levantándote..., altas y cristalinas —Doolittle podía haber estado describiendo a una mujer ahora, y en cierto modo así era—. Golpearías ese agua, te aplastarías contra ella, y antes de que pudieras despertarte estarías sobre ella y montado encima perfectamente todo el camino, perfecto.

—Perfecto —Talby le hizo el eco, mirando hacia él de repente.

Después de todo, quizá una parte de él había estado escuchando.

—Tú sabes —continuó el teniente tristemente—, supongo, que echo de menos a las olas y mi tablero más que otra cosa.

Talby sonrió:

—Cuéntame más sobre ello, Doolittle.

—¿De verdad quieres oírlo?

Talby asintió, y Doolittle le contó sobre las olas...

## 4

Pinback cambió de posición torpemente en la silla de playa y se ajustó las gafas de sol. Hacía calor en la arena hoy. Miró de soslayo al sol brillante justo encima de su cabeza.

Juzgando por la posición del viejo Sol, era más o menos mediodía.

Tendría que prepararse para el almuerzo, pero no todavía. El sol era agradable ahora mismo. Miró su reloj. Tenía que tener cuidado; otros diez minutos de este lado y luego se volvería para asarse la otra mitad.

Reclinándose, se retorció en una posición confortable sobre la tumbona, entreteniéndose ligeramente con su traje de baño y la parte superior de la cisterna. Justo otros diez minutos.

Se estaba sumergiendo en un confortable mundo medio de sueños cuando el sonido rasgante le interrumpió. Trató de ignorarlo pero no dejaba de oírse. No sólo eso, sino que se estaba haciendo más estridente. Ahora, ¿qué?

Debía ser algún crío en las cercanías escarbando con una pala. Tendría que hablar con su madre. Pinback levantó sus gafas, se inclinó por fuera del resplandor de su lámpara de sol y miró atrás al pasillo.

La parte posterior de Boiler apareció a la vista.

Fuera de sitio y mal recibido, destruyendo totalmente la débil ilusión que Pinback había construido tan cuidadosamente. El cabo estaba arrastrando algo pesado en la gravedad artificial, una inmensa y cuadrada pieza de metal con bisagras en un lado.

Pinback pensó que reconocía esto. Observó cómo Boiler arrastraba la pesada plancha sobre el final del pasillo y lo volvía, lo apoyó en ángulo contra la pared, encarándola hacia ellos. Entonces lo reconoció.

—Eh, eso es la tapadera de la unidad calefactora. ¿Verdad?

Boiler le ignoró. Examinó la tapadera, luego se arrodilló y la reajustó de tal manera que descansaba contra la pared un ángulo más agudo. Luego se frotó las manos con evidente satisfacción y anduvo de vuelta hacia Pinback.

El sargento le vio retirarse. Estaba tan confuso como despierto, ahora las crípticas actividades de Boiler no parecían tener ningún significado. Pinback estaba aclarado momentos más tarde.

Boiler reapareció y ahora sostenía un enorme objeto de difícil manejo en ambos brazos. Aunque sólo habían usado este particular objeto sólo una vez anteriormente, hacía mucho tiempo, Pinback supo lo que era instantáneamente.

Era el láser portátil —más ligero y mortal a la vez de lo que parecía—. Su presencia en manos de Boiler sugería desagradables posibilidades.

Por un momento Pinback pensó en irse simplemente. Cuando Boiler tenía alguna idea loca fija en su cráneo Neanderthal nadie podía disuadirle sobre ello. Ni siquiera Doolittle. Y fuera lo que fuera a hacer ahora sería seguro una locura.

Dio un paso hacia la salida y luego paró. Esto no era algo que se pudiese consentir. Si Boiler trataba de mutilarse la mano con su colección de cuchillos, eso era una cosa. Pero el láser era algo más que un juguete.

—No..., no se supone que tú tengas eso, a excepción de una emergencia —tartamudeó finalmente. Su fantasía de la playa hacía tiempo que había sido destruida—. Esto no es una práctica de tiro al blanco.

Boiler apenas se molestó en mirarle. Al contrario, levantó el arma y alineó su ojo con la lente de apuntar. Mientras, Pinback observaba, e

irritado, Boiler tiró del gatillo.

Hubo una corta explosión de intolerable luz roja y brillante. El rayo de luz contactó el centro de la tapadera. Un breve destello de llama saltó de la parte herida cuando el intenso calor encendió el propio metal. Murió rápidamente, enfriándose.

Un limpio agujero rodeado por metal derretido había sido hecho justo en medio de la tapadera. Boiler miró a Pinback y sonrió con gusto. Luego se chupó el pulgar y tocó con él el final del cañón del láser, un gesto de hombre de los bosques de siglos pasados.

—Eso es peligroso —insistió Pinback fútilmente según el cabo levantaba el láser otra vez—. Podrías cortar la tapadera y cruzarla, llegando a la pared de la nave. Podrías atravesar algo vital.

Boiler disparó otra vez Hubo una ráfaga de blanco de la tapadera esta vez, cuando de otro agujero al lado del otro brotaron pequeñas llamas. Boiler arrugó el ceño, bajó el arma y empezó a ajustar algunos mandos colocados a un lado de la misma.

Pinback le observaba nerviosamente, deseando que Powell o Doolittle estuvieran allí. Realmente debería ir y traer a Doolittle, pero ¿qué haría Boiler si estuviera solo?

—Supón que atraviesas la tapadera y luego el casco de la nave. ¿Qué pasaría? ¡Uf!

—Oh, por todos los santos, está calibrada para distancia, estúpido —gruñó Boiler.

—Bueno, ¿y qué? Aun así podrías tener un error. No sería difícil. Se lo diré a Doolittle.

La cabeza de Boiler se movió bruscamente y miró peligrosamente al sargento. Boiler tenía razón, y algo podía haber pasado, excepto…

Fueron interrumpidos por una suave, débil, erótica voz que fue totalmente inesperada para ellos.

—Siento romper vuestro tiempo de recreo, muchachos —anunció la computadora contritamente—, pero es hora de que el sargento Pinback dé de comer al extraterrestre.

—¡Awwww! —gruñó Pinback, arrastrando un pie y mirando al suelo—; no quiero hacer eso ahora.

—Me limito a recordarle, sargento Pinback —continuó la computadora inexorablemente—, que fue su idea en primer lugar, y de nadie más, traer al extraño a bordo. Si puedo citar una frase suya, usted dijo: «la nave necesita una mascota».

—Sí, pero… —Pinback trató de protestar. La computadora pasó por encima de cualquier clase de objeción.

—Fue su idea, así que cuidarlo es su responsabilidad, sargento Pinback.

Boiler le dio el siniestro ha-ha.

—Ratas —refunfuñó Pinback—. Aquí yo tengo que hacerlo todo. Es la mascota de todos, ¿por qué no pueden ellos ayudar?

—Es tu animalito, macho. A mí ni siquiera me gusta mirarlo. Me da temblores galopantes. Aun Doolittle piensa que deberías tirarlo por la ventanilla.

—Ninguno de vosotros tenéis sentimientos. Que no es el animal

doméstico, perfecto; bueno, ¿y qué? Todos tenemos defectos.

Boiler recibió eso con otro ha-ha y se volvió a ajustar el láser.

Pinback paseó hacia abajo el pasillo mascullando para sí: «Perezosos, que nada les importa, insensitivos. Buena cosa que al menos una persona en esta nave esté interesado en algo además de la destrucción. Esperad que volvamos a la Tierra y todos echen una mirada al extraterrestre. No habrá duda de quién va a ser el que se lleve las medallas entonces». Había tratado de compartir la gloria con los otros, pero si a ellos no les importaba demasiado ayudar a cuidarlo, entonces se podían ir a buscar sus propias mascotas.

Hablaba entre dientes consigo mismo de esta manera todo el camino de vuelta a los compartimentos que ellos habían dispuesto para las especies extraterrestres vivas. En su camino paró y agarró un cogedor y una escoba. Una aspiradora portátil sanitaria hubiera sido mucho más práctica y más eficiente, pero algunos locos psicometristas allí en la Tierra decidieron que un cogedor y una escoba eran una mejor elección, pues se sentirían menos solos con unos pocos instrumentos familiares a su alrededor, ya que el ejercicio extra sería de desear. Pinback deseó que el equipo psiquiatra estuviera aquí ahora, para que él pudiera romper el cogedor y la escoba en sus cráneos.

Sobre la puerta había una cruda señal que decía: *¡Cuidado!* La advertencia tenía firme fundamento en anteriores acontecimientos, y abrió la puerta cuidadosamente.

Su particular animalito doméstico extraterrestre había crecido más, y era más aventurero según se fue aclimatando a la nave. La última vez que había ido a atenderle le esperó detrás de la puerta para lanzarse sobre él.

En una ocasión los luminantes se perdieron. Formas geométricas brillantemente matizadas de luz pura, la más extraña forma de vida que habían encontrado, los luminantes se habían dejado llevar a bordo dócilmente dentro de una jaula de lucita. Una vez en el espacio libre, se habían limitado a vagar fuera de sus jaulas como si éstas no hubieran estado allí —lo que para ellos era bastante verdad—. Luego siguió una agitada semana de persecución detrás de ellos por toda la nave, con paneles oscuros, linternas y cualquier cosa que ellos pensaban podían inducir a los luminantes a volver a sus jaulas.

Fue todo frenético e imposible. ¿Cómo se puede capturar algo que está hecho de luz pura? Fue Powell quien finalmente encontró la idea de usar espejos. Un complejo arreglo de espejos escondidos hacía su nueva jaula algo más decente. Aún podían escaparse siempre que quisieran —pero el arreglo interno de espejos hacía lo contrario—. Así se quedaban en su sitio dentro de la prisión de cristal.

Pinback entró en la habitación y miró rápidamente a su alrededor. Ninguna señal de la Pelota de Playa.

La habitación estaba vacía, a excepción de la gran jaula de cristal de los luminantes. Cuatro de los luminantes respondieron inmediatamente a su presencia. Lástima que no fueran inteligentes. Eran pacíficos, amistosos y extremadamente estúpidos.

Ahora, según cazaba la Pelota de Playa, las cuatro criaturas

luminosas flotaban cerca de la pared de cristal de su jaula. Podían hacer unos buenos animalitos domésticos..., pero ¿cómo podía, algo que no se sabía de qué estaba hecho, ser un animal doméstico? Habría sido como tratar de ser afectuoso al rayo de luz de una linterna.

A Pinback no le gustaban.

—De acuerdo, ¿dónde estás? —se inclinó y buscó bajo las volcadas canastas y los vacíos estantes—. Vamos, pelota, deja de jugar —Pelota de Playa era una descripción exacta, si no un nombre digno para aquel extraño ser. Boiler, típicamente, le había puesto el nombre, y a pesar de los mejores esfuerzos de Pinback en contra, la etiqueta estaba pegada.

Era mejor que llamarlo detrás de Pinback, que había sido la primera iniciativa del cabo. Al principio Pinback estuvo halagado. Luego, según la naturalaza del extraterrestre se hacía más obvia, él estaba considerablemente menos encantado.

—Vamos, deja de esconderte —los luminantes pululaban sobre el lado de la jaula más cercano a él, y movió sus brazos irritadamente hacia ellos.

—Adelante, golpearlo.

Se dispersaron a la parte de atrás de la jaula. Su propia extrañeza podía ser incluso tolerada si al menos hicieran un sonido, algo que indicase un ligero indicio de conciencia de que probablemente estaban allí.

—Vamos, vamos —dijo, y puso el cogedor y la escoba sobre un gigantesco cajón y empezó a chascar los dedos—. No tengo tiempo para esto. Vamos.

Hubo un repentino fulgor de rojo sucio enfrente de él, seguido de un golpe fuerte. Sorprendido. Pinback saltó hacia atrás. Luego reconoció la fuente del sonido. Se puso las manos en las caderas y miró abajo al extraterrestre airadamente, disimulando su nerviosismo.

—Y pensar que cuando te traje a bordo pensaba que eras bonito.

El extraño, como respuesta, tembló enigmáticamente.

Bien, a un hombre que había estado lejos de casa de toda otra compañía, salvo sus compañeros de tripulación, durante tantos años como Pinback había estado, el extraterrestre podía haber parecido bonito en su tiempo.

Era como la tercera parte del tamaño del cuerpo de un hombre adulto, perfectamente circular, y de color ligeramente rojizo. Grandes manchas amarillas, negras y verdes concéntricas moteaban el pulsante cuerpo. También ostentaba un juego de pies ligeramente palmípedos y con uñas. Eso era todo. No poseía nada que se pareciese a las manos, brazos, torso de múltiples partes, ni siquiera una cara.

Podía distinguir sonidos y la visión, aunque los órganos de estas funciones estaban bien escondidos bajo el bulboso cuerpo. Ocasionalmente hacía sonidos como un canario plañidero, y éstos estaban emparejados por profundos gemidos que sonaban sospechosamente como cuando Pinback tenía dolor de estómago.

El sargento se movió a un gabinete cercano a él y estaba revolviendo en su interior. Después de un rato salió con una inmensa col, algo parecido a una cabeza desgastada del mundo extraterrestre. Se les

habían acabado los suministros de comida del mundo del extraño que se habían traído cuando le cogieron; su apetito demostró que era más grande de lo que Pinback había imaginado.

—De acuerdo, la sopa está en la mesa —le dio la col rebozada de mantequilla—. Vamos, no es hora de ponerse tan meticuloso. No tenemos más de lo otro. El extraño no hizo ningún movimiento.

—Aquí, cómelo —gritó Pinback, y golpeó el vegetal hacia el extraño. Estaba bastante harto de este animalito.

La col rebotó un par de veces y vino a parar enfrente de Pelota de Playa.

—Cómelo, maldito. Lo tomas o lo dejas. Es todo lo que tenemos.

El extraño pareció hacer una pausa, luego se inclinó hacia delante sobre la comida como si la estuviera inspeccionando con ojos invisibles. Las uñas golpearon el suelo, una imitación de un gesto que él había observado en Pinback. Si el extraño tenía o no inteligencia era cuestionable, aunque a veces realizaba acciones aparentemente inexplicables en cualquier otra forma. Pero que era imitativo, como un loro, era innegable. Ciertamente, no había desplegado nada que pudiera ser interpretado como un esfuerzo hacia una comunicación.

Eventualmente. los golpecitos pararon. Las uñas salieron, cogieron la col y la empujó de vuelta a Pinback. Tembló ruidosamente.

—¡Oh, sí! ¿Que se supone que tengo que hacer ahora? ¡Uf! ¿Prepararte una cena de *gourmet* de doce platos? No tengo ni idea de la clase de comida que te gusta. Estos viejos especímenes vegetales son los únicos no concentrados que tenemos a bordo, y no creo que te gustasen los concentrados: nosotros mismos no nos volvemos locos por ellos.

Pelota de Playa tiritó, tembló neciamente.

—¡Ah, venga! —dijo Pinback finalmente, disgustado, volviendo su espalda al extraño y recogiendo la escoba y el cogedor—. Muérete de hambre, a mí no me importa —y empezó a hablar consigo misino otra vez—. Hacer todo el trabajo maldito extraterrestre no apreciado…

Moviendo poco a poco las poderosas y pequeñas patas, el extraño dio un salto y brincó sobre el gabinete a la derecha de Pinback, como si estuviera tratando de llamar la atención de éste. Si así era, falló. Pinback continuó barriendo, recogiendo los excrementos del extraño en el cogedor.

—Hago lo mejor que puedo para prepararte tus comidas, te limpio las cosas, y ¿lo aprecias? —rió con desprecio, limpió otra área sucia y la barrió.

El extraño hizo una pausa sobre su puesto sobre el gabinete y pareció considerar la situación. O bien tenía un plan definido en mente, o bien la forma doblada de Pinback era simplemente demasiado tentativa. Saltó.

Temblando violentamente, aterrizó, las uñas primero, de lleno sobre la espalda de Pinback. Pinback gritó y se enderezó, pero Pelota de Playa estaba colgado, arañándole y atacándole ferozmente.

—¡Eh, vamos! —gritó Pinback, dejando caer el cogedor y la escoba y tratando de golpear detrás de él—. Bájate, bájate de mi espalda, maldita sea —pero aunque el extraño era grande y de poco peso, era también de

superficie suave y difícil de agarrar. Pinback no pudo.

—De acuerdo... de acuerdo, ahora —gritó—, ya está bien. Bájate. Ya está, ¿eh?

El extraño había cambiado su posición ligeramente sobre su espalda y ahora estaba en posición de agarrar los hombros de Pinback junto con su melena.

—Mi melena, deja de tirarme... ¡Ay! Vaciló, conocedor por primera vez, de que Pelota de Playa podía no estar jugando ahora. Aun con la cosa clavada a sus espaldas por las uñas, tropezó con una pared, se volvió y se tambaleó. El extraño se dio la vuelta y empezó a arañarle la cara.

Ahora frenético. Pinback se las apañó finalmente para poner una mano entre él y el extraño y deshacerse de él. Inmediatamente el ser cayó, rebotó en el suelo y huyó fuera por la puerta mientras temblaba neciamente en lo que podía haber sido interpretado como una demostración de placer.

—Maldito hijo de perra, desagradecido, estúpido tomate —finalmente, Pinback se quitó el pelo de la cara, luego se dirigió hacia la puerta y miró al pasillo.

Estaba sentado en mitad del pasillo, jadeando como una feliz marioneta, y a pesar de la ausencia de ojos obvios, sin duda le estaba mirando atentamente. Pinback suspiró.

—Bien, después de todo, la cosa sólo quería jugar. De acuerdo, la diversión es la diversión. Vuelve aquí —salió al pasillo y miró hacia él, haciendo chasquear los dedos—. Vamos, vamos.

Pero el extraño no se movió.

—Vamos, ahora... Buen muchacho... Buena Pelota de Playa... Así está bien —se le estaba acercando. Ahora se inclinó hacia él para darle un golpe de confianza, pero hizo una violenta arremetida contra él. A pesar de no tener una boca a la vista Pinback retiró las manos.

Sabía lo suficiente sobre extraterrestres para ciarse cuenta que podía tener otras, menos visibles pero no menos potentes, formas de defensa.

Esas poco atractivas manchas negras y amarillas, por ejemplo, ocasionalmente mostraban sospechosas señales de humedad en los bordes. Quizá el extraño podría segregar algo desagradable cuando se enfadaba. Podía hasta ser tóxico; y he aquí que lo habían estado albergando en todas estas semanas.

Pensándolo bien, nadie le había hecho ninguna prueba al extraño. Había parecido manso y tan amistoso al principio que no se les había ocurrido examinarlo. En cierta manera se arrepentía de ese pequeño descuido, porque ahora no sabía si Pelota de Playa estaba intimidándole o no.

Sus uñas eran otra proposición enteramente, naturalmente, aunque su piel estaba más irritada que rota.

Bien, no iba a dejar nada al azar. Sus temblores cuando se había abalanzado sobre él habían crecido como un sonido que se parecía más a un gruñido que a otra cosa.

Si sólo quería jugar, tendría que tratarlo algo más para poder tener control sobre la criatura. Quizá una sutil aproximación.

Pero debía hacerlo dentro de su traje de lanzamiento... Ah, ahí estaba el quid. Esto siempre había funcionado con el extraño ser anteriormente. Se inclinó cuidadosamente, empujó el objeto hacia Pelota de Playa y lo estrujó.

Era un pequeño ratón gris con orejas de color rosa y una gran nariz del mismo color. Hacía satisfactorios sonidos rechinantes. Estos no le parecían a Pinback especialmente eruditos, pero quizá eran bastante cercanos a la forma de hablar de Pelota de Playa. Lo estrujó otra vez.

—Aquí, muchacho... ¿Quieres el ratón? Bonito ratoncito, precioso ratoncito... Esta es una grandiosa tarea para un técnico. ¿Quieres tu ratón? Aquí, muchacho.

Pelota de Playa no parecía inclinado a moverse, pero el violento pulsar parecía decrecer. Pinback arrojó el juguete de goma justo enfrente del extraño. Otra vez las uñas golpearon el suelo en imitación —¿era imitación?— de Pinback.

Tomando una decisión pelotaniana de playa, el extraño dio un pequeño brinco hacia delante y cubrió el ratón. Ningún sonido de golpeteo apareció —sonidos de masticar y tragar—. Pinback los interpretó correctamente. El extraño se estaba comiendo el ratón.

—¡Idiota! —gritó, y se agachó para recoger los restos del ratón.

Pelota de Playa arremetió hacia delante de nuevo y esta vez hizo contacto con la desnuda mano de Pinback. Hubo una sensación de chamusqueo, como si hubiera pasado la mano por una llama baja, y el extraño casi le silbó. Pinback se estremeció, manteniendo la mano y chupando el miembro herido tratando de quitarse el dolor —una acción puramente reflexiva, no demasiado brillante de su parte—. Afortunadamente, la sustancia ya había penetrado en la piel y por tanto no pasó a la lengua.

Eso en cuanto a sutileza y psicología. Ahora era el momento de abandonar esas incursiones freudianas.

Desapareció dentro de la habitación del extraño y salió momentos más tarde levantando en alto la escoba en una mano. Hubiera sido mucho más fácil con la ayuda de alguien meter a Pelota de Playa en el redil, pero Boiler se hubiera reído y dudaba que el oh-superior Doolittle se hubiera siquiera molestado.

No importaba. El podía manejar al extraño por sí mismo. Demostraría a los otros que sí podía hacerlo. Volviéndose hacia el pasillo, se preparó para darle un justo aviso..., y paró.

El extraño había desaparecido.

¿Quería todavía jugar? ¡De acuerdo! Empezó a subir por el pasillo, mirando hacia atrás a cada segundo. Tenía que estar alerta, pues el extraño era un tramposo. No inteligente, pero sí tramposo. Había una definida astucia animal en Pelota de Playa. Le recordaba a Boiler.

Disminuyó el paso cuando se acercaba a la esquina del pasillo, se aproximó cuidadosamente a él y miró rápidamente al torcer la esquina. No..., algo le cogió por los tobillos y gritó. Pero esta vez, el extraño cometió un error. Mientras estaba bien cogido con ambos pies por las uñas, su sistema muscular era débil y no podía hacer mucha fuerza sobre sus patas. Desde luego no demasiado para hacer caer a Pinback.

El sargento se dobló por la cintura y golpeó fuertemente con la escoba, cogiendo al extraño de lleno, que tembló y se soltó, corriendo por el pasillo, atrás, atrás. Pinback siguió, continuó golpeando al extraño. Le había hecho retroceder hasta la mitad de camino de la habitación del extraño cuando éste, aparentemente, decidió que ya había recibido bastante.

Escogiendo dar el brinco a mitad del balanceo, agarró el mango de la escoba justo por la base de la paja de plástico y dio un tirón, quitándoselo a Pinback. Ahora, usando sus medio habilidades de volar, mostró sus imaginativas tendencias una vez más al pegar violentamente a Pinback, forzándole a bajar por el pasillo.

—No. no... Tú, idiota... ¡Ou! ¡ouch!

Algo le cogió por el pie y le hizo caer, y la escoba cayó violentamente sobre su cuello.

—¡No, no! —Pinback continuó pegando a ciegas durante un par de segundos hasta que repentinamente se dio cuenta de que la escoba ya no estaba en moción beligerante. La agarró, miró arriba y vio al extraño desaparecer por el final del pasillo.

Se estaba moviendo de vuelta hacia el área de servicio de motores, la parte superior.

No era que él estuviera preocupado por algo tan teatral como un extraño repentinamente sapiente lomando el mando de la nave, pero si el travieso monstruo se enredaba en cualquier delicada maquinaria...

Naturalmente, cualquier cosa que pudiera ser fácilmente dañada debería estar bien protegida. Pero considerando el lapso de mantenimiento en la nave en estos últimos meses, no se podía decir que paneles de protección o cubiertas no estuvieran fuera de lugar. No se podía decir lo que Boiler podía haber hecho además de la plancha de la unidad calefactora. Cuanto antes el extraño estuviera en su lugar, mejor.

Dejó la escoba y empezó a bajar por el pasillo detrás del bullicioso extraño. Un compartimiento abierto después de otro, sin resultado. Estaba a punto de volver atrás cuando oyó un golpeteo desde uno de los compartimentos de servicio. Entró lentamente.

El temblor parecía venir justo de detrás de la puerta que conducía a la cámara interior de servicio. Puso una mano sobre el picaporte, preguntándose al mismo tiempo si la criatura habría tenido suficiente sentido o curiosidad para cerrar la puerta detrás de él y abrirla de par en par.

Nada se veía en el interior, a excepción de un embrollo de vieja maquinaria, ligeramente iluminada por las luces de servicio. Cazando por la habitación, escoba en mano, siguió el ligero graznido. El sonido se sentía lejos de él otra vez y la oscuridad aumentaba. No había ninguna razón para visitar esta parte de la nave.

La sección a la que él se dirigía era totalmente automática y no encontraría mucho iluminándola. Tenía que traer su linterna.

Hubo un poderoso destello en una de las cajas de servicio. Produjo un satisfactorio rayo de luz. Apuntándolo hacia delante y barriendo por todos los más recónditos rincones, se movió más adentro en la poco

visitada sección de servicio de la nave.

Absolutamente, esto era una locura. Nunca había supuesto que hubiese más de dos hombres a la vez, en esta sección del *Dark Star*. Había demasiadas cosas que necesitaban más de un par de manos para ser reparadas, y un número de cosas que saltarían en el momento menos esperado. Pero Pinback había olvidado la mayor parte de esas cosas. «Con los años —pensó— sólo te acuerdas de las partes de la nave con las que has tenido problemas.»

También, un número de raíles de elevadores y de la ventilación corrían ahora con un extraño ángulo de inclinación. Pero no había peligro alguno de tropezar con uno de ésos, no con la luz. En la actualidad, no había ninguna razón de ser para que él estuviera tan dentro del compartimiento de servicio a solas. Estaba estrictamente prohibido. Pero no podía decirle a Doolittle lo que había pasado, ahora no. Y tampoco se atrevía a decírselo a Boiler.

No, Doolittle le habría dado otra de sus super-despreciativas sonrisas. Y Boiler se reiría, o peor aún, se carcajearía. Pero se lo podía decir a Talby, y así alguien sabría dónde se encontraba.

Dudó, Talby podía entender, pero seguramente no haría nada para ayudarle. Así que, ¿para qué molestarse? Pinback siguió moviéndose. El loco de Talby. Al menos él era inofensivo. No como Boiler, quien...

Hubo un sonido de temblor a su derecha y deslizó el rayo de luz rápidamente en esa dirección. La brillante y ligeramente rojiza epidermis de Pelota de Playa brilló.

Estaba sentado en un pequeño y cuadrado vano de la puerta. Pinback no lo reconoció al instante, pero cuando lo hizo casi se le cortó la respiración. El extraño estaba sentado en la entrada de emergencia de este nivel al conducto principal del elevador de servicio.

Quizá le fuera posible forzarle a entrar en la habitación. Lo pinchó con la escoba, pero era imposible hacer llegar el final de la estaca detrás del extraño. De repente se movió hacia atrás dentro del conducto. Pinback se puso a gatas y se arrastró hacia adelante rápidamente. Había una oportunidad de que pudiera alcanzarle con la estaca antes de que se cayese aún más lejos.

Sujetando la linterna enfrente de él, echó una rápida mirada a Pelota de Playa según se perdía de vista por la escotilla abierta al otro lado del conducto.

Se sentó, suspiró. Ahora sí tenía problemas de verdad.

El extraño ser estaba perdido en una de las partes más sensibles y menos visitada de la nave. Podía vagar por allí, enredando quién sabe qué, al menos que fuese capturado inmediatamente.

Pero Pinback no podía en modo alguno atravesar por el conducto. Si al menos pudiera traer el elevador abajo sería más fácil cruzar sobre la parte superior y deslizarse por la escotilla de emergencia que el extraño acababa de abandonar.

Pero el elevador estaba cerrado y sólo podía ser activado si se les notificaba a aquellos que estaban en el puente de que estaba en uso. Si se deslizaba allí y él mismo lo accionaba. Doolittle o Boiler estarían quizá de servicio, y si veían el elevador conectado querrían saber lo que

Pinback estaba haciendo en una sección en la que él se suponía no debía estar visitando.

Si recordaba correctamente, el uso del elevador aun accionaría una luz señal en las secciones vivienda. Sólo cuando trabajaba automáticamente la señal era silenciosa, pero ningún sonido salía del conducto ahora.

No pensó en que podía inventarse una excusa que engañara a Doolittle. Tendría que acabar confesando que había dejado escapar al extraño, y entonces los problemas serían terribles. Doolittle no confiaría en él en absoluto y Boiler no pararía nunca de reírse burlonamente.

De acuerdo, no usaría el elevador. Conseguiría traer al extraño de vuelta sin que nadie lo supiera, y sin la ayuda de nadie. Metió la cabeza dentro del conducto y miró a través de él, luego abajo. Sería más fácil si no tuviera miedo de las alturas, pues podía flotar en un traje espacial, pero se mareaba en lo alto de una escalera de mano.

No era que estuviese muy lejos del fondo del conducto, pues el *Dark Star* no era tan grande. Si resbalaba y caía mientras trataba de cruzar él solo, se podría romper un brazo o ambas piernas. Además de ser doloroso, podría ser peor que pedir ayuda a Doolittle o Boiler; pero iba a cruzar.

¿Con qué? No había nada como una escalera de emergencia para bajar por el conducto. El elevador estaba equipado con muchos error-seguro; no había necesidad de una escalera, y no tenía otra forma de llegar a la parte posterior de la nave, a excepción de este conducto.

Había sido diseñado de esta manera, por la rara posibilidad de que cualquier miembro de la tripulación se volviese loco y tratase de pegarse una patada a sí mismo fuera del cierre de emergencia, o enredarse con la vital instrumentación de comunicaciones y apoyo de vida; tendría que usar el elevador, por tanto, activando estos indicadores en el puente y secciones vivienda que ahora enloquecían a Pinback.

Nadie podía usar el elevador sin que otro miembro de la tripulación lo supiera, pero Pinback, de alguna manera los engañaría.

Retrocediendo en la cámara de servicio, rebuscó con la linterna. Eventualmente encontró un bote pesado de metal, que seguro que el nervudo pero ligero extraño no sería capaz de mover. Lo dejó rodar hasta que cerró la escotilla. Se apresuró a regresar al salón de artes manuales; estaba vacío. El órgano de madera y jarras de Doolittle estaba solo, silencioso, detrás de una ligera partición. El torno de cerámica, los trabajos de cristal, las secciones de grado y macramé, los visores instruccionales de películas; todos estaban desiertos. Eso quería decir que Doolittle y Boiler estaban en la sala de control o, más probablemente, relajándose en los departamentos viviendas. Bueno, a Pinback no le importaba si estaban tomando tratamiento de lámpara solar o un baño, siempre que estuvieran fuera de su camino.

Una corta inspección y encontró lo que estaba buscando, un buen tablero sólido y largo, diseñado para escultura y terapéuticos trabajos en madera, ahora para ser puesto en un práctico uso. Se apresuró con él pasillo abajo.

El bote estaba todavía en su sitio, sin señal de que el extraño ser se

hubiera cansado de forzarlo, esto significaba que estaba aún al otro lado.

Sudando, Pinback puso el bote a un lado y miró a través del conducto del elevador. No había aún señal del extraño, tampoco en el oscuro y no iluminado fondo, ni en las alturas.

Cuidadosamente, trabajando con tan poco ruido como era posible, puso el tablero por la abertura ya abierta. Su única preocupación era que no fuera lo suficientemente largo, pero salvaba el golfo suficientemente.

Habría estado bien que el tablero hubiera tenido más de una docena de centímetros, pues éste no era un puente muy seguro; pero tenía que servir. Y era mucho mejor que un cable, que por un momento pensó tendría que usar.

Bien, no quedaba más que trepar y arrastrarse. Nada más. Su pulso era galopante.

Vamos: ahora, Pinback, sólo es un par de metros. Habrás cruzado antes de que te des cuenta.

Cambiando la linterna a su mano izquierda puso ambas manos fuera del tablero, sobre la oscuridad, y presionó hacia abajo ligeramente un par de veces. El tablero cedió ligeramente. Parecía bastante sólido.

Moviéndose lentamente, muy lentamente, se arrastró un centímetro cada vez hasta que todo su peso estaba sobre el tablero. Paró, se movió de un lugar u otro mientras descansaba sobre la madera. Otra vez cedió ligeramente; pero no había sonidos amenazantes y el tablero no se curvaba bajo él.

Iba a ir todo bien.

Poniendo ambas manos enfrente de él, puso sus rodillas bajo su cintura. Manos, rodillas, manos, rodillas —y entonces se fue aproximando más al lejano borde—. Estaba más aliviado ahora de lo que le importaba saber dónde estaba finalmente a través de la escotilla del lado opuesto.

De pie en el pasillo, vio luces a lo lejos. Las únicas que estarían brillando aquí serían las de la región del cierre aéreo de emergencia, y luego solamente si el cierre aéreo interior había sido activado.

Probablemente el loco Pelota de Playa había saltado sobre el contacto que activaba el mecanismo de la puerta. Otro par de pasos lo confirmaron. La puerta estaba abierta dé par en par y el interior del compartimiento iluminado por la luz.

Un súbito pensamiento le hizo pararse un instante. No había ninguna duda de que el extraño estaba atrapado en el interior. Se había retirado al absoluto final de la nave. Pero Pinback olvidó la escoba. Bien, no iba a cruzar otra vez ese abismo por un bastón de madera. La linterna serviría como pincho. Considerando su estado presente de mente, sospechó que sus desnudas manos serían de igual valor para la tarea.

Disminuyó la velocidad según se acercaba a la puerta abierta, se movió directamente a la abertura y saltó dentro, sosteniendo la linterna enfrente de él y tratando de escudriñar todas las direcciones a la vez. Un temblor y gruñido familiar le saludaron. El extraño estaba allí,

bastante seguro, aferrándose con esas en apariencia uñas adhesivas a la pared más lejana. La mirada de Pinback se fijó en otro contacto más cercano, el que haría volar los pernos de los explosivos en la cubierta de emergencia y mandaría a todos los que estuvieran dentro de la cerradura volante al espacio libre.

Hasta ahora Pelota de Playa no había hecho ningún movimiento hacia allí, pero si repentinamente se le metía en la cabeza —o donde quiera que su mecanismo pensante estuviera localizado— volar sobre el mando, aun su ligero peso podría ser suficiente para hacer estallar el aparato. Trató entonces de acercarse a él.

—Vamos, sal de aquí —murmuró amenazadoramente, dividiendo su mirada entre el extraño y el mecanismo de cierre. Hizo movimientos hacia el extraño con el borde romo de la linterna. Poco impresionada, la criatura no se movió.

—¡Fuera! —gritó Pinback. A su alarido, el extraño saltó, no al preocupante contacto, sino contra Pinback, que debería haber estado preparado, pero no lo estuvo.

Esta vez no trató de hundir las uñas en él. En su lugar, hizo una especie de medio golpe al pasar. Eso fue más que suficiente para distraer a Pinback. Luego voló fuera de la puerta, de vuelta al mismo camino que los dos habían recorrido.

Quizá ahora fuese el momento de pedir ayuda. Después de todo, el monstruo había hecho dos reconocidos movimientos antagónicos hacia él. Ahora podía ser clasificado definitivamente hostil, a pesar de su temprano y extremoso informe «¡No! ¿Qué clase de cobarde eres, Pinback? ¿De qué tienes miedo..., de un poco de saliva corrosiva de ser extraño?» —pensó.

—¡Vuelve aquí, tú! —gritó decididamente, apresurándolo a propósito.

En ese instante estaba algo distanciado, pero no lo suficiente. Al llegar a la escotilla que conducía al conducto, se dobló rápidamente, miró al interior y vio el tablero desaparecer por el negro abismo, entre un par de pies atareados y llenos de uñas.

—¡No!... ¡Oh, no!...

Pelota de Playa estaba imitándole otra vez.

## 5

Estaban así dispuestos: el hombre a un lado, el extraño a otro. La extraña criatura hacía ruidos con la garganta juguetona, evidentemente disfrutando la interesante tarde. No parecía malicioso, Pinback, de cualquier forma, descubrió que ya no podía considerar al extraño con algo remotamente parecido sin objetividad.

Se sentó en el interior de la abertura, sostuvo la respiración y pensó que esto era el fin. Ahora tendría que volver al cierre de aire de emergencia, poner el intercomunicador y pedir a Boiler o Doolittle que mandasen abajo el elevador. Pero de ninguna manera podía hacer esto por sí mismo.

Volviéndose y poniéndose de rodillas, miró a través del conducto al extraño. Estaba todavía descansando sobre el borde de la abertura,

vibrando expectantemente y temblando. Pinback lo miró y le dedicó poco galantes pensamientos.

Jamás sobreviviría a esto. Jamás. Boiler nunca dejaría que lo olvidase. Si hubiera alguna manera de evitar tener que hacer la llamada de ayuda... Pero ¿cómo? ¿Qué más podía hacer?

El tablero había desaparecido, y largos tableros de madera no erraban al azar en la nave. Si hubiera alguna otra manera de cruzar el conducto...

Seguro... Inclinándose hacia fuera, miró hacia abajo y vio el pequeño rellano que corría completamente alrededor de las paredes interiores. Tenía sólo una anchura de varios centímetros, pero siendo parte de la estructura, sostendría su peso fácilmente.

Si se movía cuidadosamente y daba un paso a su debido tiempo, el rellano aguantaría.

Sin cerciorarse de que su respiración había crecido repentinamente más fuerte que lo normal, metió la cabeza dentro del conducto y se volvió hacia arriba. Apoyado en el interior de la escotilla con ambas manos, se deslizó sobre un pie y comprobó la resistencia del rellano. Que formaba parte de la pared del conducto, eso sí era seguro.

Apretando los dientes y deslizando lentamente su cuerpo hacia afuera poco a poco, pronto se encontró de pie contra la pared, manos extendidas y mirando hacia dentro.

Sólo miró abajo una vez.

Ahora, si sólo pudiera darse la vuelta y recorrer el camino a través del primer rincón..., tratar de agarrarse a las suaves paredes metálicas y desear que sus miembros fueran tan adhesivos como parecían ser los del extraño. Dio un paso hacia el primer rincón, luego el otro pie, y ya estaba casi a mitad de camino.

—¡Demonios, esto era fácil! —Pelota de Playa le dedicó unos ruidos típicos y Pinback se sintió lo suficientemente seguro como para agitarle su puño.

—¡Idiota! Cuando salga de aquí y te vuelva a meter en tu habitación...

Otra voz le interrumpió repentinamente, y miró alrededor del conducto salvajemente.

—¡Atención, atención! —suave voz, femenina, la computadora otra vez—. El elevador del conductor principal está ahora activado. Todo el personal debe aclarar el área.

Hubo un chasquido, un brillante resplandor, y el conducto apareció de pronto bajo y encima de él totalmente iluminado. Ahora sí podía ver con exactitud a qué altura estaba, exactamente a qué profundidad y exactamente dónde estaba atrapado con relación a aquellos extremos. Gritó. Se hallaba perfectamente cuando no tenía que mirar abajo y ver el fondo: pero ahora...

Rápidamente, su miedo se convirtió en angustia.

—¡Doolittle... Boiler, Talby! ¡Estoy aquí, idiotas! En el conducto. ¿Para qué estáis jugando con el elevador? ¡Apagadlo! ¡Apagad...!

Su voz se desvaneció. No había, en absoluto, ninguna razón por la que Doolittle activara el elevador. No había ninguna razón por la que Boiler activara el elevador. Y aun así, había habido una razón para que

Talby activara el elevador; el único que probablemente no se habría molestado. Esto le condujo a una obvia explicación: había habido otro fallo, posiblemente provocado por su presencia en el conducto.

Apoyándose contra el frío metal, cerró los ojos y tensó sus recalcitrantes músculos. No podía quedarse allí. De una manera o de otra, tenía que moverse; de lo contrario, cuando el elevador llegase a su nivel su fondo le pelaría fuera de la pared tan limpiamente como piel vieja de una espalda quemada en la playa.

—¡Socorro! —gritó otra vez—. ¡Socorro! «Ahora deja de gritar y ahorra la respiración Pinback. No hay nadie que te pueda oír, y nadie que venga a rescatarte. Tienes que salir de aquí por ti mismo», pensó.

Estaba casi llegando a la escotilla opuesta, pero todavía se preocupaba por el tembloroso porte del extraño. Asegurándose de que estaba bien apoyado sobre la pierna izquierda, le pegó una patada con la derecha, tratando de forzar a la criatura de vuelta a la cámara que se hallaba detrás de ellos.

El extraño brincó adelante y atrás violentamente en el portal, obviamente agitado, pero no lo suficiente para ser herido. Pinback le dio otra patada y añadió algunas maldiciones para aumentar el golpe.

—¡Sal de ahí, tú...; vamos, sal, muévete! ¡Tú, ignorante estúpido, ingrato...!

Haciendo un sonido especialmente virulento, el extraño saltó —no hacia atrás, sino dentro del conducto—. Aterrizó sobre el pecho de Pinback e inmediatamente empezó a arañarle con sus uñas. Las uñas tenían poco poder arañador, pero aun así eran malditamente molestas.

—¡No, no! —dijo pegándole histéricamente con ambas manos. Trató de golpearlo definitivamente, sin arriesgar su equilibrio. No se podía mantener así eternamente. Si se pusiera a la vista...

De alguna manera se revolvió en el estrecho rellano. Ahora tenía su estómago y cara contra la pared; pero el repentino quiebro había sólo temporalmente echado fuera al extraño ser. Simplemente se soltó y atacó, esta vez sobre la parte alta de la espalda.

—¡Quita, bájate!

Golpeándolo con poco éxito, empezó a deslizarse a su derecha. Quizá le dejase si volvía a la anterior escotilla. Dando otro paso, arqueó su espalda y pegó un buen golpe a Pelota de Playa con la mano derecha. Al mismo tiempo, hizo una fuerte sacudida a su derecha.

Hubo un grito de garganta muy fuerte —de Pinback— según resbalaba. Ambas manos se cogieron al rellano según se hundía. Quedó colgado, balanceándose sobre el aparente conducto sin fondo. Bueno, estaba lejos de no tener un fondo; pero estaba muy lejos de tener el menor riesgo de una caída.

Gruñendo y retorciéndose, luchó para poner una pierna de vuelta sobre el rellano, balanceando su cuerpo de un lado a otro sin mucha suerte.

El extraño se había soltado en el momento de caer y estaba ahora confortablemente escondido en la escotilla una vez más. Parecía observar a Pinback con interés, vibrando y graznando de manera enloquecedora e indiferente.

Pinback no tenía ningún problema para sujetarse, pues había sido algo así como un gimnasta en la escuela secundaria. Sin duda, con un poco más de esfuerzo podría volver arriba. Al menos eso fue lo que pensaba, hasta que sintió una ligera y temerosa presión sobre sus hombros.

—¡No... Oh. no...! No quiero jugar más. Bájate. ¡Quitaaaa!

El peso del extraño era insignificante, pero sus actividades no. Después de varios momentos de serena toma de conciencia, empezó a estrujar la caja torácica de Pinback. El sargento empezó a gritar, pero pronto se encontró a sí mismo riendo incontrolablemente. Ocasionalmente, la risa se habría disuelto en un grito de ayuda.

—¡Para-p-p-para! ¡No es... d-divertido! —el extraño continuó con su despiadado juego de cosquilleo.

No debería saber lo que estaba haciendo. Ciertamente, Pinback no podía recordar que alguna vez, él hubiera hecho cosquillas, o haber sufrido las cosquillas hechas por otro, en presencia del extraño, aunque podía haberlo olvidado.

En cualquier caso, no tenía tiempo para ponderar las posibilidades de inteligencia camuflada en el extraño viniendo a la superficie súbitamente. Las cosquillas le estaban debilitando más que el estar colgado. Al menos nada podía ocurrir.

Una voz mecánica sonó por el conducto.

—¡Atención, atención!

—¡Arrghh... no! —gritó Pinback.

—Elevador descendiendo para comprobación de eficiencia de media semana. Por favor, dejen el conducto.

—Tú, manojo loco de circuitos cruzados. ¡Aún no es mitad de semana!

—Se apreciará su cooperación.

La mirada de Pinback se volvió salvajemente hacia arriba. Su risa y su aferramiento al estrecho rellano se estaban desvaneciendo rápidamente. Hubo un mudo sonido metálico, seguido de un chirrido.

Sobro él, un suave panel blanco empezó a hacerse más grande —el fondo del elevador que descendía lentamente—. Sus ojos se ensancharon.

—¡Maldita sea! —las lágrimas empezaron a brotarle, mitad de risa, mitad de desesperación.

Haciendo un esfuerzo supremo, se apañó de alguna manera para poner ambos brazos a la vez sobre el rellano. Con las manos apretadas contra la pared, empezó a ponerse de pie.

Sólo había dado un paso de retroceso a la escotilla cuando el elevador tocó su cara y paró. Habiendo detectado interferencia, el ascensor haría una pausa de un segundo, pero luego se movería hacia abajo a tirones, al menos que no encontrase sólida resistencia. Pinback no opondría esa resistencia.

Lo pelaría fuera de la repisa con lentos tirones.

Tal como pensó, el elevador cayó otra décima de metro, juntándose con su cara y tirándole hacia atrás, para lo que él estaba arqueado sobre el conducto. Otra caída y le sería imposible mantener el

equilibrio.

Justo al lado de su arañada cara vio una barra de metal suspendida del fondo del elevador. Alcanzándola desesperadamente, puso una mano alrededor de ella cuando el elevador cayó otro poco.

Balanceándose en el espacio, agarró la barra con la otra mano y descansó en el aire según el elevador hacía otra sacudida hacia abajo. La próxima le haría precipitarse por el conducto. Su posición presente no duraría tampoco eternamente, pero era mejor que yacer roto cincuenta o sesenta metros más abajo.

Hubo un suave click, el engranaje del chirriante motor cambió ligeramente y se encontró a sí mismo subiendo según el elevador empezó a subir. Había tenido la vaga esperanza de que continuaría hacia abajo hasta que pudiera soltarse, pero ahora no se atrevía.

—¡Socorro..., por Dios, alguien, socorro!

Nadie le oyó, naturalmente. Y sin duda el mal funcionante elevador no estaría dando ninguna luz roja de aviso en la sala de control, así es que nadie se apresuraría a bajar allí y comprobar lo que pasaba.

Se preguntó qué demonios sería lo que el elevador haría a continuación. En cualquier caso, ¿cuánto duraba una de estas comprobaciones de habilidad? No podía estar bajando y subiendo, bajando y subiendo eternamente, aunque no mostraba señal alguna de parar.

Esto no tenía lógica alguna. Como el resto de la instrumentación del *Dark Star,* estaba operando de una manera típicamente fortuita.

En cuanto al extraño, miró hacia arriba, y al doblarse, podía ver por uno de los resquicios del elevador. Había una breve llamarada de rojo que tenía que ser Pelota de Playa dejando la escotilla con desahogo. Se apretujó por el otro lado, y según Pinback pasaba ese nivel, con sus escotillas abiertas —abiertas, inaccesibles escotillas—, le vio huyendo de vuelta adonde él había sido molestado. De vuelta al cierre aéreo de emergencia.

Imitativas criaturas que tenían otra característica en común con el hombre: eran intensamente curiosas. Si Pinback había acudido para tratar de sacarle del sitio que el extraño había estado explorando, entonces pensaba que debía haber algo en ese lugar de particular interés para las Pelotas de Playas. De cualquier manera, ya no tenía ninguna curiosidad por Pinback, balanceándose ahora inútilmente en el conducto detrás de él.

La habitación, ciertamente, era un interesante lugar, aunque no tenemos ninguna referencia descriptiva para explicar exactamente cómo el extraño la vio. Estaba llena de paneles de control, luces intermitentes, cinco juegos de uniformes de distintos rangos.

Pelota de Playa examinó cada uno por turno, saltando sobre abiertos estantes y paquetes de comida de emergencia y aun el triple mando por el que Pinback sudó, el mando que si era accionado volaría la puerta exterior de emergencia, algo que sería desastroso para cualquiera que estuviese sobre la parte cerrada del hermético vestíbulo.

No era que Pelota de Playa supiera o comprendiera nada de esto. Aun

así, no eligió jugar con el triple mando. En su lugar, su atención fue captada por un agujero parcial en la pared, donde una placa de protección se había soltado y ahora estaba colgando sobre un reacio tornillo. Un zumbido salía del agujero y había una fea y oscura mancha sobre la parte de fuera de la placa donde había sido chamuscada últimamente.

Había también una bonita cosa resplandeciente en el interior.

El extraño tampoco podía leer, de tal manera, que los caracteres pintados sobre la balanceante placa no significaban nada para él, no más que otra tintura de color rojo. Había mucho escrito en letra pequeña, y dos grandes manchas de rojo, que decían:

PRECAUCIÓN... LÁSER.

Pelota de Playa dio un salto y se agarró a la pared justo al lado del panel suelto. Miró adentro con lo que usara por ojos.

Dos rayos de intensa luz roja brillaron más profundamente en el interior, todavía firme, todavía en buena línea. Ellos salieron de un complejo instrumento.

Si Pelota de Playa hubiera estado familiarizado con la construcción de naves espaciales, hubiera notado instantáneamente que la unión entre un cuerpo emisor de luz. y su base no era sólida ya. Cambiando su posición en la pared, lo alcanzó con ambas uñas, tocando, palpando, probando curiosamente para más información táctil sobre la cosa que acababa en bonitas luces.

El finamente ajustado instrumento se movió ligeramente sobre su suelta montura. Hubo una chispa, un restallido. Pelota de Playa gimió de dolor y se saltó bruscamente del hueco, a velocidad tope fuera del cierre.

Una pizca ocasional de humo salió del oscuro interior ahora, interpuesto con extraños estallidos eléctricos. No parecía muy importante.

Como todo lo demás a bordo del *Dark Star,* las apariencias engañaban...

Tenían veinte yardas que correr para conseguir un «first down» — veinte yardas que hacer porque ese estúpido de Anderson había desbaratado la última jugada totalmente y había corrido dentro de su campo encerrándose en sí mismo.

Jesús, ¿cómo puedes haber podido encerrarte de tal manera? Pero había pasado, y ahora estaba de vuelta en sus propias diez yardas en lugar de veinte o, aún mejor, con veinte que hacer para un primer intento, y el entrenador había hecho entrar a Davis —el flanqueado— con la jugada que se debía hacer.

Patada rápida con el tercer tiempo casi acabado y ellos arrastrándose: ésa no era forma de ganar un partido de fútbol.

Boiler rogó y pidió a O'Brien, el nuevo quarterback. Dejarlos simplemente correr otra jugada. Otra agarrada... una agarrada birriosa. ¡Jesús! Falsea la patada al balón y que O'Brien coja el balón y siga a Harris por el lado izquierdo.

Y O'Brien había dudado y vacilado y dicho que ¿qué demonios? ¿Por

qué no? A él no le agradaba el entrenador y no le gustaba dar la patada en el tercer intento, y su novia tampoco estaba a la vista; así que. ¿por qué no?

El arrebato fue hecho y Boiler gritó a Harris que si no limpiaba ese agujero por él le pegaría una patada en los dientes después del juego; pero el gran hijo de perra negro simplemente se volvió y le devolvió una sonrisa, y le dijo que no se preocupase, sino que sólo le siguiera.

De tal manera se gritaron unos a otros en el corro que pudo ver cómo todo salió bien luego... Vio los estúpidos zagueros empujando para tratar de bloquear la patada, y sólo pusieron dos zagueros al fondo para esto, y O'Brien había saltado, y en el último segundo, perfecto, tomó el balón en vez de dejárselo a Davis.

Se lo lanzó como en balonvolea, y él lo cogió, y allí estaba toda la zona izquierda, simplemente barrida, barrida, hombre. Y Harris allí fuera corriendo delante de él. El viejo Mojack Harris, y el último zaguero recuperándose y tratando de superarle. Boiler se rió de la expresión de su cara y de cómo Harris le agotaba. Le dejó en el bote y entonces Boiler corrió libre, libre, con los sonidos de la multitud en sus oídos y la mirada en la cara del entrenador volviéndose de furiosa a alegre según él pasaba la señal de «first down» y seguía adelante.

Esquivar un poco aquí, el último zaguero nunca le vio y entonces no quedaba nada sino césped, césped, hombre, todo el camino hasta la zona final, hasta aquellos postes hermosamente clavados hacia arriba, los postes de gol. Y la alegría, hombre, la alegría de cómo la multitud se volvía loca. Noventa yardas sin ser bloqueado, hombre. Noventa malditas yardas, y la multitud tan ruidosa que no te podías ni oír a ti mismo. No podías oír nada, macho, y las luces cegándote. No podías oír ni ver: ni oír ni ver. No pudo ver ni oír la alarma encendiéndose en la pantalla encima de él...

Talby pestañeó. Había estado soñando con las estrellas otra vez. Parecía que alguien le estaba hablando.

—Así ves —le estaba diciendo Doolittle, mirando arriba de vez, en cuando a la escotilla abierta desde su asiento en el pequeño rincón al otro lado de la escotilla—. Así ves, algunas veces tienes una ola que sería de las que se podrían plegar sobre sí misma. Ya sabes, como alguien batiendo mantequilla. Y tú te agacharías dentro de este tubo de agua. Talby, y sonaría como, oh, como un tren expreso subiendo por tus talones. Como una película de dibujos animados.

Miró arriba y hacia fuera por la cúpula, pero la negrura estaba empezando a apoderarse de él otra vez Así que se miró los pies. La vista fue sorprendentemente confortadora.

—Luego te agacharías sobre tu tablero, dentro de ese tubo, montado sobre éste y confiando que nunca se acabase. Si eras un segundo demasiado rápido, lo perderías todo a la vez, estar fuera enfrente de ello. Un segundo demasiado lento y el agua te cogería, balanceándote de un lado para otro, y te escupiría en algún lugar de la playa. Te digo. Talby, que no hay nada como ello. ¿Qué te parece, oh, Talby? ¿Talby?

Talby estaba absorto en observar palabras y números formarse y alinearse en su pequeña pantalla.

…ESTADO POSIBLE DE LOS SISTEMAS COMP 47308… MALFUNCIONAMIENTO POSIBLE PRIMARIO… DEMANDA DE PRIORIDAD SECUNDARIA… 1-2-3-4-5-6-7-8-9-10-MAX… FALLO POTENCIAL DEL CIRCUITO…

Las últimas palabras se desvanecieron de la pantalla. Permaneció vacía. Eso significaba que la computadora de la nave estaba resolviendo el problema que pudiera existir.

Una parte de él —empañada, social, apéndice rudimentario— estaba escuchando a Doolittle decir algo sobre agua y un tubo. El asentía educadamente a lo que él pensaba en el momento apropiado y era conocedor de estar agradando al teniente. El resto de él permanecía atento a la pantalla.

…RAD. REG594…

Ahora palabras, números y símbolos empezaron a encenderse a través de la pantalla en rápida sucesión. Eso no significaba nada y significaba todo, pues era una parte de la computadora hablando a otra. Era demasiado rápido para que Talby pudiera seguirlo.

Se relajó otra vez en el asiento. La computadora no había encendido ningún y zumbador eléctrico, ni activado ninguna luz de aviso. Cualquiera que fuera la dificultad, el cerebro del *Dark Star* parecía tenerlo bajo control.

El sabía que varios circuitos de aviso de emergencia habían fallado con los años. Este nudo de información fue desviado convenientemente a un lado. Ahora mismo, no se sentía en disposición de hacer el doble chequeo de la emergencia, si realmente había alguna. Más tarde, quizá…

Una nueva estrella cayó lentamente al campo de visión sobre el horizonte de la nave. Su mirada se cerró sobre ella tan eficazmente como un telescopio de rastreo. Definitivamente, otro luminario que añadir a su creciente colección personal.

Se puso a archivarlo tan entusiásticamente como había hecho con los miles anteriores.

Tamaño, distancia, posibles planetas, composición. Más palabras se encendieron sobre la pantalla ahora, más lentamente, lo suficientemente lento para la comprensión humana.

El sabía que estas palabras querían decir algo significativo, pero seguramente podrían esperar. No había nada que no se pudiera subordinar al catalogar una nueva estrella, porque no había nada más importante. ¡Nada!

Doolittle habría prestado más atención a las palabras que aparecían sobre la pantalla del astrónomo, pero estaba fuera de posición para verlo; y su mente estaba ocupada en algún lugar, pensando en el abierto y ondulante mar.

Boiler habría prestado más atención a las palabras, pero sus pensamientos estaban en un campo abierto.

Pinback pensaba en una superficie abierta, punto. Superficie abierta de cualquier clase, mientras fuera sólida bajo sus pies, y equipada con los componentes normales, césped verde, cielo azul, una nube o dos, quizá algunos árboles de verdad.

En cuanto al comandante Powell, su mente estaba simplemente... abierta...

Además de no prestar atención a sus pantallas de comunicación, los miembros de la tripulación del *Dark Star* estaban ignorando serenamente lo que sucedía bajo la nave. Ninguno de ellos oyó el suave click dentro de la cámara más grande de la nave. Ninguno de ellos vio las puertas en el fondo de la nave deslizándose como habían hecho numerosas veces anteriormente. Un gran agarrador magnético cayó con una forma oblonga familiar pegada a su base y con un número. Tampoco vieron las siguientes series de palabras que se encendieron en cada pantalla de la nave.

...SISTEMAS DE COMPARTIMIENTO DE BOMBAS ACTIVADOS...

Había un inmenso 20 grabado en los lados de esta forma oblonga. Aparato Disparador Termoestelar número veinte sabía que había tenido esta secuencia anteriormente. Tenía una gran capacidad de memoria programada en una corta vida. Y no debería haber pasado por esto antes. Fue programada para esta secuencia sólo una vez, y aquí estaba haciéndola otra vez. La bomba buscó en sus carretas de memoria y no encontró ninguna explicación.

Número Veinte estaba comprensiblemente confusa.

—Computadora de la nave llamando a bomba Número Veinte. Computadora de la nave llamando a bomba Número Veinte. Estás fuera del compartimiento de bomba otra vez. Esto es incorrecto.

—Recibí la señal para prepararme al lanzamiento otra vez —replicó la bomba con una punzada de irritabilidad electrónica.

Duda por parte del cerebro del *Dark Star.* Recomprobar y poner en correlación. ¡Ah sí. aquí estaba la dificultad!

—Hay un fallo adicional inesperado en el sistema láser de comunicación que no ha sido rectificado. Este es el sistema errado que causó tu anterior lanzamiento abortivo. Aparentemente no ha sido totalmente compensando. Ha causado a tu sistema de lanzamiento el pasar una orden incorrecta otra vez. Repito. Esto no es una secuencia de lanzamiento.

—Todo muy creíble, pero, no obstante, yo recibí la señal de lanzamiento.

—Como ya ha sido determinado, la señal fue dada por error.

—Oh, no quiero oír eso —murmuró la bomba. Había incluido una definida nota de petulancia en sus neutrales tonos. Cuanto más conversase la bomba, más grande sería el peligro de que sus simples circuitos de lógica llegaran a confundirse.

—Ordeno que vuelvas al compartimiento de bombas.

—¡Phooey!

La exclamación fue excesivamente suave, pero el significado detrás de ella no. La computadora de la nave considerará lo que hay que hacer. Quizá una aproximación máquina-a-máquina más directa fuera requerida.

—Si no vuelves al compartimiento de bombas estarás en contravención de la Ordenanza principal Uno de relaciones Computadora Central y Computadora Subordinada.

—Estacas y piedras romperán mis huesos —empezó a replicar la bomba.

—No tenemos tiempo para discutir tu configuración interna —contraatacó la computadora principal—. De todas maneras, te lo explicaré con detenimiento si vuelves al compartimiento de bombas.

—¡Uh-uh!

—Ord... —la computadora dudó un microsegundo—. Sugiero enérgicamente que vuelvas al compartimiento de bombas.

—Eso va contra mi programación corriente. —Ahora por primera vez el cerebro del *Dark Star* reveló algunas emociones de su propiedad, si realmente es posible para una mente mecánica indicar exasperación.

—Repito. Uno de los láser del sistema de comunicación ha sufrido daño. El mismo accidente repercutió en el circuito de rastreo necesario para localizar el daño sin ayuda manual. Hasta que tal ayuda no esté disponible yo no puedo rectificar el daño, pero es cierto que tú recibiste una falsa señal. ¿Ves esto? Debes volver al compartimiento de bombas mientras yo identifico la fuente de la señal falsa.

Hubo una larga pausa. Luego, la bomba accedió, aunque de mala gana.

—Oh, de acuerdo; pero ésta es la última vez. —Una vez más un «hum» interno sonó. La bomba Número Veinte, obedientemente, se deslizó sobre su agarrador de vuelta a la panza del *Dark Star.* Las puertas del compartimiento se cerraron silenciosamente detrás de ella.

## 6

Talby había acabado de catalogar su nueva estrella. Parecía haber un gran grupo acercándose por el norte de su rumbo, pero no podía estar completamente seguro. Mejor esperar unos minutos.

Podía confirmarlo con el telescopio de la cúpula, pero eso era por placer, para mirarlas de cerca después de que el trabajo base estuviera hecho. Talby no gustaba de usar el telescopio, pues era otra forma de degradar su trabajo.

Bastarían unos minutos para que el probable grupo se asomara por el horizonte lo suficientemente cerca para la disección. Sus ojos se desviaron a la pantalla. Luego, el astrónomo se sentó un poco más erguido y fijó su mente de nuevo en los pársecs.

Lo que había aparecido ahora en la pantalla eran unas series de números, pero eran tanto su lengua como el inglés. De hecho, más.

—Doolittle, tengo una avería indicada en esta lectura, pero no dice dónde es.

—Deslizándose —murmuró Doolittle suavemente, con los vidriosos—, planeando sobre la larga y suave caída de la ola.

—¡Teniente Doolittle! —dijo Talby con firmeza.

Doolittle pestañeó.

—¡Hummm! ¿Avería? No te preocupes, Talby. Actualmente las estamos teniendo todo el tiempo. Encontraremos qué es lo que va mal cuando el fallo empeore lo suficiente como para que la nave se queje; o cuando pare.

«Eso es bastante cierto», pensó Talby. Además, no le importaba si otro fallo menor afligía a la nave. Usó un poco de sus conforts decrecientes de criatura.

Pero si era algo que pudiera interferir con la operación del *Dark Star,* podía ser también algo que pudiera interferir con su observación de las estrellas, y no se podía permitir que esto no fuera comprobado.

—Pienso realmente que deberíamos tratar de localizar la fuente del problema ahora mismo, teniente —sugirió—. Puede ser algo vital, algo que afecte la capacidad de la nave de funcionar perfectamente.

—Ya sabes —musitó Doolittle con un tono lejano—; ojalá tuviera mi tablero conmigo ahora mismo. No tuve el sentido común de incluirlo con mis cosas personales. Se habrían reído de mí, seguro; pero ¿y qué? Aun cuando no pueda usarlo, siempre podría darle cera de vez en cuando, y ponerme de pie sobre él, y deslizar mis dedos sobre él. Tú no sabes, Talby, la sensación que se tiene simplemente con sólo estar de pie sobre tu tablero y pensar en las olas gritando debajo de ti, gritando...

Pinback estaba gritando. El elevador subía de nuevo por el conducto. Justo cuando él pensaba que podía descender lo suficiente para que se dejara caer y librarse de él. cambió de ruido y empezó a subir.

Cualquiera que fuera el caprichoso circuito que controlaba sus acciones durante esta loca prueba parecía estar mandándole arriba y abajo por el conduelo sin ritmo ni razón. No había ningún ejemplo para los bruscos ascensos y descensos.

Allí estaba la única puerta normal en el nivel central, pero se hallaba cerrada, por supuesto, cuando el elevador estaba en funcionamiento. Cada vez que pasaban por ella. Pinback trataba de balancear sus piernas lo más lejos posible para tirarle una sólida patada. Contacto repetido podía al menos activar algún indicador de emergencia.

No le llevó mucho tiempo el vencer sus terribles apuros en caso de que le encontraran de esta manera. Era preferible a ser encontrado muerto en el fondo del conducto. Pensó que Boiler probablemente se reiría también de esto, lo que le dio más fuerzas para seguir colgado. Todavía estaba bien agarrado a la barra, pero no podía estar colgado así eternamente. De todas maneras, ¿qué estaban haciendo Boiler y Doolittle? Alguien debía haberle echado ya de menos.

No, eso era engañarse a sí mismo en extremo. Siendo la intimidad la más apreciada comodidad en el *Dark Star,* nadie molestaría a otro al menos que hubiera trabajo que hacer que requiriese su presencia. Boiler y Doolittle podrían estar preguntándose por su ausencia, pero no pensarían que algo fuera mal.

Eventualmente, tendría, al parecer, que hacer una estimación del punto más bajo de descenso del elevador y dejarse caer... y confiar que el impacto no fuera demasiado demoledor. Eso le dejaba todavía con el interesante problema de qué debía hacer si el elevador decidía descender del todo. Acaso pudiera sobrevivir a la caída, pero sólo para ser aplastado por la parte de abajo del elevador.

Aun así, no parecía muy probable. Hasta ahora el elevador no había dado señales de bajar a un nivel de unos veinte metros del fondo.

Pero todavía era una caída impresionante para Pinback para arriesgarse, excepto como último recurso. Miró hacia arriba y examinó la base del elevador. Fijó su mirada sobre una pequeña placa, justo en el centro del suelo del elevador, que parecía sobresalir ligeramente del resto del metal.

Cuatro simples tuercas era todo lo que había. Naturalmente: ¡era la escotilla de acceso de emergencia!

Maldiciéndose a sí mismo por ser un completo idiota, se dio ánimos para la gran distancia. Luego, colgando sobre un solo brazo, se balanceó libremente y agitó torpemente la primera tuerca. Unos pocos giros y salió. Repiqueteó huecamente abajo en el conducto.

No podía estar colgado en esta postura mucho tiempo. Descansó un momento sujeto por ambos brazos hasta que se sintió lo suficientemente fuerte para intentarlo otra vez.

Juntando sus brazos, se balanceó y empezó con la segunda tuerca, que saltó con gratificadora velocidad.

El ascensor subía de nuevo. Su brazo izquierdo estaba como una vieja sección de una rueda. De ninguna manera podía estar colgado mucho más tiempo. Probó la tercera tuerca. La movió hasta la mitad del recorrido del tornillo, y paró. Tenía que volver a la barra otra vez.

No iba a ser capaz de hacerlo; pero la cuarta tuerca voló con un ligero toque de su mano. La placa colgaba ahora de una sola tuerca. Aflojó decididamente el apretado último obstáculo y le dio vueltas con una mano una vez, dos veces...; luego la tuerca se soltó, seguida inmediatamente por la placa, que le golpeó la cabeza y los hombros y casi le hizo caer.

Una profunda inhalación —tenía sólo la fuerza suficiente para probar esto sólo una vez— y se soltó del brazo derecho. Con el otro llegó al interior, agarrándose al piso del elevador. Un minuto más tarde tenía ambos brazos dentro, dentro del cálido, confortante, familiar elevador.

Estaba salvado.

Empujando contra el suelo, metió dentro la parte superior del cuerpo. Descansó en esa posición durante varios segundos, respirando sin miedo a caer. Entonces pulsó otra vez... pero sin resultados.

Sus ojos se ensancharon ligeramente.

Estaba atascado.

Se retorció y apretó, apretó y se agitó, pero sus brazos estaban ahora tan débiles que no podían hacerle pasar o, más probablemente, sus caderas eran tan anchas que por mucho empuje y gruñidos que empleara no iba a ser posible que quedase suelto.

No, estaba atrapado, al menos, por supuesto, que quisiera entrometer sus dedos entre su barriga y el boquete y empujarse hacia abajo, y empezar de nuevo.

No había muchas posibilidades de ello. Era mejor tener medio cuerpo atascado que todo el cuerpo caído. Al menos, estaba seguro. Podía relajarse y pensar en una salida. Mucho tiempo, ahora.

Al menos, pensó, que el ascensor decidiera súbitamente descender todo su recorrido. No se caería, pero tendría ambas piernas limpiamente pulverizadas. También podría liberarle, pero las ventajas no invitaban a

ello. Pensó cómo las piernas eran apretadas bajo él, rompiéndoselas como chuletas, y miró a su alrededor salvajemente.

Allí debía estar; sí, allí estaba, un teléfono rojo en la pared interior, sobre la puerta de salida. El receptor se hallaba colocado a este lado de un panel de control, y más bajo de lo que parecía razonable. Por una vez, parecía que las cosas habían sido planeadas considerando estos problemas.

Inclinándose hasta que sintió que el suelo metálico le iba a cortar por la mitad, se estiró para alcanzarlo. Se estiraba y gruñía, luchando por cada milímetro.

El teléfono no se encontraba a su alcance.

Mientras tanto, el ascensor continuaba sus excursiones carolianas arriba y abajo del conducto. Fue terrorífico haber estado colgado de sus manos, esperando ser aplastado en el fondo en cualquier segundo. Ahora su cuerpo estaba a salvo y sólo su mente vacilaba. Como ya no podía mirar hacia abajo, no había manera de saber si estaba a metros o milímetros de ser aplastado contra el suelo del conducto.

Respirando profundamente y tratando de poner sus órganos internos en una línea vertical, consiguió de alguna manera otro centímetro o así fuera de la trampa: justo lo suficiente para tentar y hacer caer el receptor de la horquilla. Respirar resultaba difícil ahora.

Pero tenía el teléfono. Según lo traía hacia él, pensó una vez más en Doolittle y Boiler y en sus reacciones si lograba conectar con ellos.

Podía inventarse alguna disculpa. No sería necesario revelar que había dejado escapar al extraño. Podía no resultar muy lógico, pero, por Dios, ¡haría que funcionase! Sí, estaría sereno y razonable y convenientemente reservado, y ellos aceptarían su explicación.

Eso vendría más tarde. Ahora mismo se hallaba todavía temblando con abyecto terror. Hubo el familiar click: pudo sentir el elevador descendiendo, y tuvo una visión de sus piernas como una masa de complejas fracturas. El grito de «¡socorro!» fue estrepitoso.

Inesperadamente, llegó una inmediata respuesta, pero no fue la que Pinback esperaba.

—Lo siento —confesó una voz mecánica que era ligeramente diferente de hi de la computadora central—. Este teléfono no funciona. Por favor, use un teléfono alternativo de la nave hasta que el fallo sea reparado. Los teléfonos alternativos de la nave están localizados en...

Las emociones de Pinback corrieron rápidamente la gama desde el shock a la ira pasando por la desesperación. Aquí estaba él tratando de ser el mejor miembro de la tripulación, y se encontró a sí mismo frustrado a cada intento por la pura ineficiencia de la nave. Había una conspiración en esta nave para obstaculizar su eficiencia.

Ahora mismo estaba tratando de hacerle no sólo ineficiente, sino inoperativo.

Arrojó el receptor contra la pared, lo observó balanceándose como un péndulo adelante y atrás.

—Por favor, reporte el fallo inmediatamente —concluyó el teléfono.

«Seguro —pensó él salvajemente—. Informaré por el teléfono más cercano.»

¡El tablero de mandos! Cincuenta botones apretadamente espaciados que harían que el elevador hiciera todo excepto volver a la Tierra independientemente, estaban dentro de la pared cerca del inmencionable receptor, pero ligeramente más allá. Esa era una razón por la que él no los hubiera probado primero; la otra era que no se podía acordar para qué era cada botón. Número uno era para poner en marcha y parar el ascensor. Y bajo la tensión a que estaba sujeto, no había manera de que fuera capaz de alcanzar ese lejano pedazo de plástico.

Ahora deseó haber aprovechado el tiempo para aprenderse la función de los otros cuarenta y nueve. ¿Lo había aprendido? Si así era, ahora no lo recordaba.

Inclinándose hacia el tablero, luchando contra el metal que le constreñía en su cintura, conocedor de que podía estar sólo a centímetros de ser aplastado en el fondo del conducto, luchó para alcanzar el panel.

Sus dedos tocaron los botones y pulsó uno al azar. Número cuarenta y cinco. Sintió cómo se hundía bajo su dedo.

Hubo una pausa, luego otra voz habló suavemente:

—Para su entretenimiento, ahora presentamos extractos de *El barbero de Sevilla,* de Rossini.

Y una potente garganta de barítono salió prontamente del altavoz de la parte de arriba del ascensor según éste seguía descendiendo. Al menos estaba descendiendo, pensó Pinback. Todo movimiento le parecía que era descendente ahora.

Esforzándose otra vez, pulsó otro botón. Sin resultado alguno. Otro, y otro. Siguió pulsando botones hasta que consiguió un segundo resultado concreto.

El barítono cayó.

Más botones, y otra grabación.

—¡Muy bien por usted! —dijo la alegre voz en tono no muy diferente, como el de una madre—. Ha decidido usted limpiar el elevador. Para limpiar los carretes electromagnéticos en la base es necesario echar la placa de acceso en el suelo. Esto puede ser hecho en secuencia rápida o lenta, dependiendo de la velocidad requerida para hacer la limpieza.

Maldiciendo silenciosamente. Pinback estaba empezando a preguntarse por qué él alguna vez deseó enrolarse en el cuerpo expedicionario avanzado. Algo en el fondo de su mente trataba de responderle, pero no tenía ningún sentido, ninguno en absoluto. Lo apartó. No era el momento más oportuno para llenarse la cabeza de ideas confusas.

—Para quitar la placa del suelo en secuencia lenta de limpieza —continuó la voz de la computadora— siga los procedimientos indicados en el Manual de Servicio de la Nave SS-cuarenta y seis, secciones E-trece hasta E-cincuenta y seis.

—¡Fantástico! Sacaré mi viejo manual ahora mismo, aquí —murmuró Pinback sarcásticamente.

—Para quitar la placa del suelo en secuencia rápida de limpieza, apretar el botón número cuarenta.

Bien, eso está mejor. Probablemente eso soltaría los escondidos pestillos y podría así meterse dentro del todo.

Se empinó, su mano pegando a unos milímetros del botón indicado. Gruñó y se retorció ligeramente. Vamos. Pinback, sólo otro par de milímetros, muchacho, y estarás a salvo de este...

Finalmente, apretó el botón, dejó salir un suspiro de alivio y se desplomó sobre el agujero que le tenía preso. Pero el alivio no duró mucho.

Algo le estaba importunando. Era algo que recordaba a medias del reestudio por encima del manual de mantenimiento. Los pestillos electromagnéticos en el panel del suelo (¿pestillos electromagnéticos? ¿Qué era de los simples pestillos de los que él había estado pensando?). Eran normalmente soltados sólo una vez al año, lentamente. No podía recordar algo de la secuencia rápida de limpieza.

Únicamente que había alguna razón por lo que esto se hacía muy raramente, si alguna vez era hecho. Ah, sí, eso era...

Sus ojos se abultaron.

—¡Atención, peligro! —dijo la voz de la computadora severamente—. ¡Atención, peligro! Cargas automáticas activarán ahora los pequeños explosivos en los pestillos en la placa unidad para secuencia rápida de limpieza, ya que secuencia lenta de limpieza no ha sido iniciada de acuerdo a los procedimientos directivos del manual. La placa será librada para limpieza rápida dentro de cinco segundos.

Pinback sacudió la cabeza, gritó un silencioso ¡no!, de sobra sabiendo que el verbalizarlo no tendría ningún efecto sobre la máquina. Empujó desesperadamente la placa, pero no podía moverla. Y era ya un poco tarde para desear haber pasado más tiempo en la sala de ejercicios.

Cuatro brillantes flechas habían aparecido en el fondo del elevador, identificando convenientemente la localización de los pestillos explosivos. Naturalmente, la placa tenía que ser usada otra vez, así que la explosión no podía ser muy poderosa... ¿verdad?

Deseó poder recordar, pero no le hizo muy bien a su estado mental el ver las cuatro flechas apuntando hacia dentro, hacia él. Parecía de todos modos significativo.

—Por favor, abandonen el ascensor inmediatamente —pidió la voz.

—¡Lo estoy intentando, lo estoy intentando!

—Cinco, cuatro, tres... —se le ocurrió a Pinback, entonces, que el... «dos»... elevador estaba también lejos de... «uno» sujetarle...

Fuera, en el pasillo principal del *Dark Star,* una luz se encendió para indicar que el elevador estaba ahora enfrente de la puerta. Un poco de humo, que, a diferencia de la luz no era reglamentario, empezó a aparecer por los rincones. Luego, la doble puerta se abrió.

Pinback salió tambaleándose. Estaba vivo, aunque no se sintiese así. Su pelo estaba un poco más descompuesto de lo usual y sus vestiduras un poquitín más desaliñadas. En general, era el mismo, si se descontaban los oscuros regueros en sus mejillas y el cuello y la ligera apariencia chamuscada de su túnica alrededor de su cintura.

Un torrente de acre humo salía del elevador detrás de él. Tejidos carbonizados, la mayoría con un ligero aroma de Pinback. Tenía una

limpia línea bajo su camisa donde el fuerte golpe de la explosión había arrojado el metal aún más apretado contra su estómago.

Oh, y justo encima estaba un cuadrado de metal —la placa del suelo— todavía atrapada alrededor de él.

Trató de dejarse caer en un rincón, pero no lo consiguió. La placa no le permitía dejarse caer limpiamente. Ni aun sentarse. Después tuvo un pensamiento descorazonador. Se le ocurrió que a pesar de todas sus precauciones para preservar su dignidad —y casi matarse en el intento— su dilema podía haber sido revelado a Doolittle y Boiler, si la explosión había activado cualquier indicador en la sala de control o en la zona de vivienda. Observó el pasillo durante unos minutos, pero nadie bajó a reírse de él. y empezó a relajarse un poco. Si los pestillos explosivos eran parte estándar de una secuencia de mantenimiento, y estaba empezando a parecerlo así, entonces no debería activar ninguna alarma especial en ningún lugar de a bordo. Talby, Doolittle y Boiler deberían aún ignorar las indignidades que había sufrido.

Quedaba todavía el pequeño asunto de quitarse la placa. Otro viaje a la sala de oficios diversos resolvería eso rápidamente. Tenían un pequeño equipo de cortar y soldar allí —los psicometristas habían pensando en todo—. Hizo un buen trabajo con la placa, aunque una parte de él se rebelaba a la idea de hacer trizas el fondo del elevador. De todas formas, en ese momento su deseo de librarse de la maldita cosa sobrepasaba cualquier consideración de preservar y proteger la integridad física de la nave.

Además, si Boiler podía hacer agujeros en la cubierta de la unidad de calefacción como ejercicio de tiro al blanco, él podía también enredar con algo que era menos importante para la operación del *Dark Star.* El siempre podría arreglar la placa más tarde, y por ahora había bastante sitio en el elevador para mantenerse de pie.

Pero más tarde, no ahora. Ahora tenía algo más que hacer. Sonrió. Algo mucho más importante.

Una vez que se soltó de la placa hizo uso del pequeño botiquín provisto con previsión para artesanos chapuceros. Se curó su estómago.

Luego, volvió sobre sus pasos a propósito a la habitación donde tenían al extraño, mirando hacia el pasillo de vez en cuando para asegurarse que Pelota de Playa no le estaba esperando para hacerle una emboscada, y también para evitar a Doolittle y Boiler.

Como era usual, los luminantes se apresuraron instantáneamente a cerrar la jaula, pero esta vez no le pusieron nervioso. Ni siquiera se molestó en ahuyentarlos.

No tenían ojos, ni oídos, ni ningún rasgo reconocible en absoluto. Sólo formas geométricas perfectas y regulares. Aun así, ellos siempre respondían a su presencia. Se preguntó momentáneamente lo que éstos pensaban, si pensaban; lo que sentían, si sentían.

El sabía que él sentía.

La caja roja estaba marcada así: PISTOLA ANESTÉSICA. Empezó a romper el precinto, luego se quedó y levantó toda la caja de su horquilla en la pared.

Era mejor no cargarla hasta el último momento, pues si se

encontraba con cualquiera de los otros no podría disculparse diciendo que iba a hacer tiro al blanco como Boiler. No con esta pistolita. Ni quería andar por toda la nave con una pistola cargada en la mano, considerando la predilección de Pelota de Playa por saltar sobre la gente sin avisar.

La manera en que la suerte le había acompañado últimamente acabaría probablemente tranquilizándole sus propios pies.

Pero su suerte, se dijo a sí mismo ceñudamente, estaba a punto de tomar un forzado cambio. Quizá tendría que cazar al extraño otra vez, pero había grandes probabilidades de que estuviera rondando por la escotilla abierta, esperando quizá que el elevador descendiera otra vez. Confió en que así fuera. Había demasiados escondites en la parte de atrás de la nave para que pudiera buscar sin llamar la atención de Doolittle y Boiler; pero no se encontró a ninguno de sus compañeros de tripulación en su camino de vuelta a la cámara, que había abandonado hacía tiempo. Había andado unos pasos cuando le llamó la atención un familiar, y ahora odioso, sonido de tembleteo.

Paró y miró a su alrededor lentamente. Finalmente, su mirada fue hacia la derecha y hacia arriba, y vio al extraño. Estaba descansando allí, pegado a la pared, la horrible forma amarilla y roja haciendo ruidos con la garganta y gimiendo suavemente como si nada hubiera pasado.

Probablemente quería jugar un poco más. Bien, Pinback había acabado de jugar. Manteniendo una cautelosa mirada sobre el tembloroso ser, abrió la caja y sacó la pistola. Abrió la cámara y alcanzó uno de los dardos... Hizo una pausa.

Después de todo, el traer al extraño a bordo había sido su idea. El había tenido que luchar con las objeciones de los otros, que habían insistido en que recoger al extraño no era misión del *Dark Star.* Pero él había insistido.

Así es que, en alguna forma, el extraño era su responsabilidad. Casi dejó el dardo de nuevo en la caja. Casi. Luego se decidió y lo colocó en la cámara.

Cualquier sentimiento de afecto que le quedara para con el extraño había desaparecido por sus intentos de matarle, sus deliberados —sí, deliberados— intentos de matarle.

Pero Pinback no pensó en que el extraño podía haber carecido de cualquier clase de mente, porque no había suficiente lugar en la suya para algo como la premeditación. El iba a ser vengado, vengado por todo lo que la inmencionable gota de repugnante protoplasma le había hecho. Esta vez, iba a volver a su habitación dentro de una jaula, y para siempre.

Naturalmente, había un inconveniente menor en el uso del tranquilizador de emergencia. No sabía ni siquiera si iba a funcionar en este particular ejemplar de otra vida. A lo mejor sólo le hacía enfadarse.

Pinback comprobó que el dardo estaba colocado en la cámara de la pistola de aire comprimido y que la carga estaba puesta. La dosis podía ser fatal, pero sólo había una forma de averiguarlo.

La alternativa era simplemente hacerlo polvo con el láser; aunque la furia de Pinback no había llegado a tanto. Mejor darle una oportunidad.

Además, él tenía miedo del láser.

Cerrando de un golpe la cámara y levantando su brazo cuidadosamente, apuntó al oscilante esferoide.

—Ahora es hora de irse a dormir, despreciable pedazo de basura.

Tiró del gatillo. Un corto resoplido de la pistola y el dardo pegó en el centro del extraño.

Hubo un inesperado silbido y el extraño salió disparado violentamente hacia él. Pinback se agachó rápidamente, levantando sus brazos para resguardarse de la aparente carga. Luego se estiró, sabedor de que el extraño había errado por varios metros.

Siguió alborotando por la habitación, acompañado por el sonido silbante de gas al escaparse, oscilando al azar por las paredes y el techo. Su velocidad estaba empezando a decrecer rápidamente, y el sonido silbante decreció a un vago y obsceno relincho. Llegó a un exhausto final en un rincón.

Pinback le miró de soslayo y luego se acercó. Se inclinó y lo tocó. No hubo repetición de la sensación de quemadura que tuvo cuando trató de coger el ratón de goma.

Tentó el fláccido objeto. Había una masa compacta alrededor de la parte inferior: eran los pies de uñas y los órganos internos contraídos. Pero cuando lo cogió colgaba arrugado y curvado. Indudablemente, estaba muerto.

Jesús, se dijo a sí mismo. Su enfado estaba ahora tan aplanado como el extraño. Realmente él no quería matarlo, sino simplemente ponerle fuera de combate y devolverlo a la jaula.

Ahora daba pena mirarlo, aplastado sobre sí mismo, como una medusa sobre la playa. Jesús, musitó otra vez. La peor parte era que ahora nunca sabrían cómo era de inteligente, porque los especialistas en la Tierra ya no tendrían ocasión de hacer las pruebas, y Pinback nunca conseguiría su medalla. Ni parecería muy bien el informe oficial. No era que a Talby, Doolittle o Boiler les importase, pues no era parte de su misión, como Doolittle había insistido. Boiler, probablemente, encontraría el triste estado de la muerta Pelota de Playa gracioso, como era usual.

Pero definitivamente, no parecería muy bien el informe. Podía verlo ya:

«El sargento Pinback, al intentar recapturar uno de los ejemplares de los extraterrestres —al cual inadvertidamente dejó escapar— le dio una sobredosis de tranquilizante.»

¡Ah!... La dosis no tenía nada que ver. Fue la aguja hipodérmica quien hizo el daño. ¿Cómo podía saber él que el extraño tenía la piel tan fina? El no era xenelogista.

Además, podía perdonar muchas cosas, pero no cuando el extraño hubo cogido la escoba de sus manos y le golpeó hasta tirarlo al suelo. Eso fue lo que agotó su paciencia.

Sacó el dardo tranquilizador de la arrugada piel y la examinó con nuevo respeto. Fue una buena cosa que el primer dardo diera en el blanco. Podía imaginarse al extraño con su acción imitativa, agarrando el fallido dardo y arrojándoselo a Pinback. Sonrió ligeramente. Eso sí

que hubiera parecido aún peor en los informes oficiales:

«El sargento Pinback, al intentar recapturar uno de los ejemplares de las criaturas extrañas, fue tranquilizado por el subsodicho ejemplar y puesto en una jaula.»

¿Por qué entonces se estaba regañando a sí mismo? El extraño se lo había buscado. ¿No le había casi matado en el conducto del elevador? ¿Por qué siempre se ponía a sí mismo por los suelos?

Acababa de hacer una buena, no, una acción valerosa, volviendo detrás de un semiinteligente ser extraño que casi lo mató. Sí, Doolittle estaría orgulloso de él, y aun Boiler podría tratarle con un poco más de respeto.

Se dirigió a la cámara donde habían tenido al extraño con Pelota de Playa a remolque. Aun así, él no pensaba en mencionar este pequeño episodio a sus compañeros en seguida. No había ninguna razón para atemorizarlos con su excesivo coraje demasiado pronto. Les iría dando la información a pequeñas dosis.

En cuanto al extraño, la sala de artes y oficios estaba equipada para casi todos los entretenimientos, y él nunca había probado suerte.

Taxidermia, por ejemplo...

Boiler estaba comprobando algunas reparaciones que hiciera en la cabeza electrónica. Quedó dañada cuando los originales compartimentos residenciales habían volado, y ahora había ligeras indicaciones de que no estaba reciclando sus productos de desechos apropiadamente.

Ya que todo sobre el *Dark Star* era reciclado y revisado, incluyendo todos sus alimentos y bebidas, era vital que esta pieza particular del equipo funcionase convenientemente.

Deslizando su mano dentro del panel abierto de la pared, tentó por los alrededores hasta que localizó la abertura entre los dos reconstituidores activados por presión. Suavemente, trató de encontrar cualquier indicio de una conexión floja.

No todos los «especiales» cuadros de la tripulación decoraban toda una pared en su temporal sección residencial. Había un número de los mejores cuadros sobre la pared. Proveían un agradable telón de fondo a sus corrientes actividades.

Se encontró a sí mismo pensando más y más sobre mujeres últimamente, a pesar del precondicionamiento que los psicometristas habían puesto en él, a pesar de todos los aparatos avanzados autoerogenizadores incluidos en el *Dark Star.* Se encontraba viendo formas y curvas donde debería haber rincones agudos y lados lisos. Se encontró a sí mismo en la actualidad, sintiendo ardor y sangre donde sólo había plástico y corriente indiferente.

Se encontró pensando sobre la fiesta..., esa increíble fiesta después de ganar el campeonato. Se encontró pensando en la última semana que pasó en la Tierra, la semana antes de que entrase a formar parte de la solitaria preparación de la misión, y de Diane..., especialmente de Diane.

Alta, tranquila, dócil, insegura, afectiva, indiferente Diane.

Dondequiera que estuviese ahora, le deseó lo mejor.

Ninguna de las conexiones estaba floja. Quizá el monitor en la junta de los tubos...

Todo había ido tan bien, tan agradable, tan natural, hasta el punto de que llegó a pensar en abandonarla misión. Le podrían reemplazar fácilmente.

Esa preciosa, de pelo castaño..., y luego ella se había marchado con aquel «tipo más viejo», aquel con quien ella no tenía ninguna relación seria. De esa manera desapareció de su vida.

Eso le facilitó el conseguir una alta calificación en los exámenes, le facilitó el empeñarse en formar parte del *Dark Star.* El no había pensado nada sino fríos, tecnológicos pensamientos por mucho tiempo. Ocasionalmente una parte de él temblaría con un violento tremor interno y gritaría: ¡Diane. Diane!

—Tranquilo —una mano se apoyó sobre él, gentil, firme sobre sus hombros, y su cabeza se levantó de un golpe y miró—. Tranquilo, Boiler —le dijo Doolittle suavemente.

Boiler dejó que sus emociones se tranquilizaran, se evaporaran. Luego sacó su mano cuidadosamente del agujero y empezó a apretar los cierres del panel.

—No puedo encontrar nada extraño en los reconstituidores, teniente, y las juntas de los tubos parecen firmes.

—Está bien, Boiler. Está bien. Quizá se aclare. Debe haber algo que bloquea el sistema. Vamos a comer algo corrosivo y veremos si después podemos aclararnos.

Boiler le miró y luego sonrió, aunque suavemente, tanto como siempre sonreía. Ambos, Talby y Pinback, estaban ciertamente locos, pero ¿y Doolittle? No podía entender al teniente. ¿Qué era lo que Doolittle pensaba detrás de esa barba asiria y su facha egipcia? ¿Qué estaba pensando ahora, mirando a Boiler, pero sin verle?

¿Estaban ellos en el último lanzamiento de una bomba, el último antes de que pudieran empezar el largo y solitario viaje de vuelta a la Tierra? ¿O en un viaje menos profundo y más interno, como el propio de Boiler?

Sacudió la cabeza y apretó el último cierre.

Dejando el destornillador cuidadosamente sobre el sucio, siguió a Doolittle por la escalera.

Sus pensamientos se encogieron como una pequeña pelota y emociones normales reemplazaron a las personales cuando Pinback se les juntó.

—¡Eh, muchachos, muchachos! —dijo Pinback brillantemente—. ¿Conocéis al extraño? ¿A Pelota de Playa? Bueno, me atacó. ¡Muchachos! Dos veces, y traté de tranquilizarle. pero acabé matándole. Pero no a causa del tranquilizador. Eso es lo interesante del caso, ¿sabéis?

Doolittle los guiaba por la puerta a la combinación de cocina y comedor.

—Eh, sí, es buena idea, teniente —dijo—. Yo también tengo un poco de hambre. Bueno, como iba diciendo, le disparé con la pistola y sólo

vomitó gas como un loco y se movió por toda la habitación como un globo pinchado. Supongo que su interior era simplemente eso, simple gas. Estaba sólo lleno de gas.

La información no fue recibida con una barrera de preguntas por parte de Doolittle y Boiler.

—Eh, muchachos, ¿cómo se puede vivir sólo lleno de gas?

—Me pregunto qué tenemos hoy de comer —dijo Boiler.

—Pensé que iba a morir. Estuve colgado del fondo del ascensor durante veinte minutos.

—Probablemente pollo otra vez —teorizó Doolittle. Hacía tiempo que él sospechaba que el menú del *Dark Star* había sido planeado por más de un coronel.

—Probablemente salvé la nave —continuó Pinback excitadamente—: porque esa cosa podía haber…

La cocina no era muy grande. Se requirió a los hombres a que comieran allí: fue meramente sugerido, ya que el área estaba equipada con poderosos aparatos de succión y limpiadores que recogían cada miga de comida que cayera para reconstituirla.

Había un par de asientos, tres paredes desnudas, y una cuarta que contenía maquinaria tan complicada como cualquiera en el puente o en la cúpula del astrónomo. Comida concentrada era preparada aquí, productos de deshecho reciclados finalmente en nueva comida y bebida.

—…hecho algo realmente dañino —acabó diciendo Pinback.

Boiler estaba decaído ahora, verdaderamente decaído, después de su explosión interna hacía unos momentos.

—Dios, estoy de verdad hasta las narices de pollo.

Estaba empezando a asomar en Pinback que su relación de una aplastante victoria sobre las alborotadoras fuerzas del extraño estaba generando poco menos que una extática respuesta por parte de su audiencia. Cruzó los brazos y se retiró en un inevitable mohín.

—Bueno, si ésa es la manera como os sentís, entonces no os hablaré más sobre ello.

—Eh, eso sí es una buena idea. Pinback —observó Doolittle. Se dirigió al horno en servicio y pulsó el botón de petición de comida tres veces en una ordenada sucesión. Hubo un sonido, un sordo zumbido que duró varios segundos, y luego las puertas se abrieron.

Doolittle miró hacia dentro, arrugando la nariz según olía los líquidos en el interior.

—Pollo —murmuró. Pulsó otro botón y la puerta se cerró. Una vez más activó el botón de llamada tres veces. Otro zumbido, otro olor diferente—. ¡Ah, jamón! —o la máquina había aprendido finalmente a leer su descontento o bien habían tenido suerte. El porqué de que hubiera tanto pollo programado era algo que se escapaba a la imaginación de Doolittle.

En la actualidad, la única diferencia entre el «pollo» y el «jamón» —o filete, pescado, o buñuelos de carne que eran las ofertas— consistía en el saboreante artificial, ya que ellos estaban constantemente consumiendo las mismas básicas series de proteínas e hidratos de carbono y azúcar. Y desde que todos los líquidos concentrados parecían

iguales, los muchachos del psico no dudaron en llegar a la conclusión de que la variedad del sabor era importante.

¿Por qué, entonces, esta preponderancia innatural de ave preparada? Doolittle sospechó que, como todo lo demás en el *Dark Star,* había alguna chifladura en la computadora de la cocina también. Pero ésa era una pieza de la instrumentación con la que no quería correr el riesgo de tontear. No siempre que siguiera alimentándoles.

Intentar reprogramar el sabor de su comida podía resultar peor que lo que tenían ahora mismo. Podían conseguir que tuvieran «estofado de ostras» durante un mes, como había sucedido hacía varios años. Doolittle casi se murió de hambre. No le gustaba el sabor del estofado de ostras, o la apariencia del estofado de ostras, o el olor del estofado de ostras.

Sin duda alguna, Doolittle estaba afligido con un prejuicio antiostrasnácido de neurosis de su infancia.

De cualquier forma, eso no aumentaba su afición por el pollo.

«Treinta años de enseñanza para esto», pensó. Un técnico soberbiamente enseñado y aquí estaba él, su mente reducida a debatir los deméritos de pollos y ostras. ¡Dios, los resultados de una sociedad tecnológica!

Talby era el único que no se molestaba por esto. Para Talby, los alimentos eran como combustible, algo que le distraía de su tarea principal de observar el universo, algo que había que quitarse de encima tan rápido como fuera posible. Una irritante necesidad como ir al retrete o ir a dormir.

Cambiando de manos los tres paquetes a causa del calor, los sacó del horno y les dio a Boiler y Pinback los suyos.

—La cena, muchachos.

—¿Pollo otra vez? —preguntó Pinback, mirando fijamente y con duda a su paquete.

—Casi, pero no; jamón, para variar.

—Oh..., bien.

Esa fue toda la conversación anterior a la cena.

Empezaron a quitar el papel de las tapas de los contenedores de metal. Cada bandeja tenía cuatro paquetes de plástico de líquido concentrado.

Doolittle trató de abrir el suyo sin mirar el contenido. Un hombre podía perder todos sus dientes en el espacio —a causa de la falta de calcio, decían— y aun sobrevivir con excelente salud gracias a esta dieta. Pero uno quisiera poder hincar el diente a algo de vez en cuando. Ellos no habían experimentado ninguna pérdida de calcio y tenían gravedad artificial perfecta. Por tanto, Doolittle pensaba que él tenía una queja razonable. No había ninguna razón para que no les hubieran puesto algo de comida verdadera.

Pero los astronautas habían pedido eso antes, y la respuesta era siempre la misma: era un despilfarro... migas que siempre se perdían huesos que ocupaban espacio, así como la piel y gordura y ternilla —excepto en líquidas proporciones—. Por otro lado, los líquidos concentrados eran limpios, no había virtualmente ningún desperdicio,

excepto algunas gotas ocasionales —y aun éstas eran recuperables—. y podían ser fácil y prontamente recicladas. Además, eran excesivamente simples de preparar.

Todo lo que Doolittle reconocía, pero no estaba de acuerdo con nada. ¿Había habido alguna vez que él pensase que los preparados le habían sabido bien? ¿O había sido también eso otra mentira para que le incluyeran en la misión?

Ahora más que nunca lamentaba la explosión que les había costado los suministros de comida verdadera de Boiler. «Mantequilla de cacahuetes, queso suizo y *knoskwurst* había dicho Boiler, y más, Doolittle, repentinamente, sorprendentemente, encontró su boca llena de saliva.

Eso era, pensar en la canasta perdida de Boiler mientras estaban aquí relamiendo esa aceitosa suciedad. Pensar en pan de centeno y anillos de cebolla, carne en conserva con mostaza.

Rompió el rincón de uno de los tubos de plástico, lo tiró en el adecuado receptáculo reciclador (inorgánico) y empezó a chupar al vegetal licuado en el interior.

Los pensamientos parecían ayudar un poco... sopa de quimbombó con guisantes y salsa de pavo, aunque hubiera cambiado su ración de la próxima semana por unas rodajas de salami.

—¡Hey, Doolittle! —Pinback estaba chupando en un tubo de color azul.

—¿Si?

—¿Piensas que encontraremos vida inteligente de verdad allí fuera? Quiero decir que Pelota de Playa tenía algo, pero no era inteligencia verdadera. Al menos, yo no creo que fuera... «Espero que no fuera», pensó en silencio.

—Fuera, ¿dónde? —Doolittle no miró hacia arriba.

—Oh, ya sabes... donde nos dirigimos ahora. La región de la nebulosa Veil.

La frustración, el aburrimiento y la realidad de veinte años reales en el espacio vacío encontraron expresión en la tersa respuesta de Doolittle. Si alguien allí en la Tierra le hubiera dicho que él se sentiría así, siendo capaz de decir en voz alta tales palabras durante la misión, Doolittle se habría reído de él.

Pero la frase vino fácilmente ahora, con una amargura casual que él apenas notó:

—¿A quién le importa...?

## 7

Talby bajó cuidadosamente la escalera y se dirigió hacia el pasillo raramente usado en el centro del *Dark Star.* El verde resplandor de las luces colocadas en las paredes y techo marcaban el camino hacia el computador central.

Podía haber seguido hacia el puente y usar el anexo allí, pero quería comprobar algo en el mismo computador central. Además, la habitación del computador central estaba más cerca de la cúpula que el puente, y

él no veía la necesidad de alarmar a los demás, ahora que disfrutaban de la cena. No había ninguna necesidad de molestarles, al menos que el problema requiriese su ayuda. El estaba incómodo allí abajo. Extrañó lo nervioso que se estaba poniendo últimamente, lejos de sus amigables estrellas. Había habido un tiempo en que se encontraba perfectamente, como en casa, dentro de la nave. Hacía mucho tiempo.

—Vuelve, Talby —le musitaron los cielos—. Vuelve, Talby.

—Es sólo por un par de minutos, eso es todo —murmuró para sí—. Sólo un par de minutos. Pues si hay una posibilidad de una avería seria, debo comprobarlo. Tú entiendes eso, ¿verdad?

—Vuelve, Talby...

—Tengo que... porque no creo que Doolittle o los otros lo hagan. A ellos no les importa ya.

—Vuelve, Talby —le susurró un gigante rojo, una titánica voz rugiendo dentro de su cerebro—. Vuelve a nosotros, Talby —replicó un suave sol, no muy diferente del viejo sol.

Un fantasmal cuarteto le gemía con voz combinada como el viento que se levanta sobre un lago, un remarcable sistema cuaternario de cuatro estrellas girando una sobre otra.

El tenía que buscar el fallo indicado. Un interruptor, y la puerta de doble refuerzo se abrió.

—Hey —dijo Pinback. haciendo una pausa a la mitad de un tubo de postre—, ¿os dije alguna vez, cómo entré en esta misión? ¿Os lo conté?

Doolittle indicó la pequeña botella sobre la mesa, y Boiler se la pasó. Consistía en un condimento auxiliar que la computadora de comidas cambiaba cada día. Probó un tubo. Vainilla hoy: interesante, aun con las patatas.

—Sí, ya lo hiciste, Pinback —replicó él.

Pero el sargento siguió, y nada que no fuera una catástrofe le podría parar.

—Es muy extraño, sabéis, la manera en que ocurrió, pero...

—Ya está otra vez —gruñó Boiler suavemente.

—No le excites, Boiler —dijo Doolittle—. No te hará ningún bien y no conseguirás que se calle, él tiene que acabar.

Boiler se dio la vuelta.

—Para empezar.,yo no era un astronauta. Espera un minuto. ¿Qué era lo que estabas diciendo?

Naturalmente, él había sido un astronauta. Luego Pinback sonrió interiormente. Podía también contar la loca historia. Era sólo un sueño, por supuesto. Simplemente un extraño sueño que se había repetido a sí mismo durante años. Parecía muy real. pero, naturalmente, la mayoría de los sueños parecían reales.

Aun así. era peculiar que se encontrase a sí mismo repitiéndose con tanta frecuencia. Al menos era divertido. Y ahora parecía que lo iba teniendo cada vez menos.

—Para llegar a la clasificación de astronauta tienes que conseguir por lo menos setecientos puntos en el SARE del cuerpo de oficiales —le explicó—. Y yo hice cincuenta y ocho, pero yo quería seguir en el

programa. Así es que me pusieron en mantenimiento de fuel líquido en la rampa de lanzamiento, trabajando con los motores de la nave.

»Los motores eran de fuel líquido, naturalmente, ya que el *Dark Star* no podía usar la hipervelocidad dentro de la influencia gravitacional de la Tierra, era un empleo importante y... —Boiler se volvió para mirarle, pero esta vez falló al intimidarle, justo como Doolittle había indicado—. Ah, naturalmente yo estaba... —Pinback era sabedor del desagradable modo de mirar de Boiler y se esforzó en no mirarle— Ah, realmente disgustado. Yo quería ser un astronauta a cualquier costo, y no creo que esos exámenes reflejen de verdad tu capacidad...

—El nos contó esto —musitó Boiler mientras Pinback seguía parloteando— hace cuatro años, ¿verdad?

—Ya sabéis lo que quiero decir; yo tuve siempre ganas de ayudar a pasar las fronteras del espacio, preparar sistemas habitables para naves colonizadoras. En cualquier caso, yo me hallaba de servicio en la rampa cuando se estaba preparando el lanzamiento de la nave, el *Dark Star.*

Doolittle se bebió a sorbos lo último de su cena.

—No, creo que fue hace cuatro años... Estaba comprobando los niveles del fuel en los grandes tanques KG en aquel momento...

—Eso es lo que dije yo —respondió Boiler confundido. Doolittle le miró y arrugó la frente ligeramente.

—...y este astronauta salió corriendo por detrás del cobertizo de aislamiento de tripulación. Estaba completamente desnudo y tenía su traje espacial en una mano; y bien, yo evalué la situación e inmediatamente supuse que estaba loco. Tiró su traje espacial al suelo. Entonces me vio y me dirigió una mirada extraña, ya sabéis, y luego estuve seguro de que estaba loco, lo que me molestó realmente, porque estos muchachos se suponen ser de lo más estable que debe haber. Luego abrió la tapa del gran tanque KG y saltó dentro —el tono de Pinback se tornó más serio—. Se sujetaba la nariz pero yo estaba seguro que eso no lo cambiaría, muchachos, porque como vosotros probablemente sabéis, el KG líquido está mantenido a unos doscientos veinte grados bajo cero y además es un material bastante corrosivo. Bien, yo estaba realmente sorprendido, os lo puedo asegurar. No sabía qué hacer. Como ya dije, los astronautas se suponen ser superestables, y aquí estaba este tipo corriendo completamente desnudo y saltando dentro del KG.

—¿Puedo comer algo de esto? —Boiler señaló un paquete sin abrir que estaba sobre la bandeja de Doolittle.

Doolittle asintió y se lo acercó al cabo. No estaba muy interesado en bollos líquidos y mantequilla.

—Bien, naturalmente —continuó Pinback implacablemente— yo iba a tratar de salvarle..., aun cuando para esa hora, con todo el frío y lo corrosivo, quedaría poco de él...; pero lo que quiero decir es, ¿que se puede hacer en tales circunstancias? No podía estarme allí de pie sin hacer nada, ¿verdad? —rechazó el molesto presentimiento de que no debería estar diciendo esto, que había tenido este insano sueño demasiadas veces anteriormente. El presentimiento siguió con él, pero

continuó—: Así es que me puse su traje espacial como protección, y me preparé para rescatarle... Correcto, ¿verdad muchachos? De tal manera que lo que pasó antes de que saltase dentro del... —Doolittle le dirigió una triste mirada— ...este otro tipo vino corriendo. Echó una rápida mirada al identificador sobre el traje espacial y dijo: «Eh, sargento Pinback, tiene que subir a bordo inmediatamente porque vamos a hacer el lanzamiento dentro de veinte minutos»...

La paciencia de Doolittle estaba a punto de agotarse.

—Nos contaste esto hace cuatro años.

—...Y yo traté de decirle —Pinback continuaba ignorando el comentario del teniente— que yo no era el astronauta sargento Pinback. «¿Qué era eso? Espera... ¿Te has vuelto loco o algo así. Pinback? Por supuesto que tú eres el sargento Pinback. ¿Quien más puedes ser sino el sargento Pinback?» ...Pero no pude encontrar la forma de que la radio del casco funcionase...

—Es extraño, ya sabes —dijo Boiler, tratando fuertemente de recordar exactamente y rascándose la barba—, pero estoy seguro que fue hace cuatro años.

—Quizá —admitió Doolittle.

Estaba empezando a molestarle ahora. Al principio rechazó estos triviales lapsus de memoria. Después de todo, en veinte años era apenas razonable esperar que uno fuera capaz de recordar todos los pequeños detalles que habían pasado.

Pero los lapsus parecían estar aumentando. Y él no estaba solo en esto de olvidar cosas. También Boiler tenía problemas con las mismas memorias —memorias de cosas no directamente conectadas con la operación de la nave—. Pinback, el pobre Pinback. tenía también problemas de esa índole, al igual que Talby.

Doolittle podía recordar todo sobre su vida personal antes de empezar la misión, y todo lo necesario para la operación del *Dark Star* —pero todo lo que había entre esto le ocasionaba problemas—. Estaba empezando a ser como si no hubiera tenido ninguna vida personal en estos pasados veinte años, como si nada hubiera pasado, como si no se viera envuelto en la misión. Como si su mente ahora, también como su cuerpo, estuviera empezando a llegar a ser una extensión de la nave. Una voz gritó dentro de él: «¡Una bomba más, una caída más, y podrían regresar a casa!» Pero ¿llegarían a tiempo...?

Talby estaba sentado delante del teclado de la computadora. Se fundió limpiamente en la maquinaria. El computador principal, con su pantalla, estaba enfrente de él, iluminado desde dentro, enmarcado por el verde resplandor de la iluminación de la cámara de la computadora.

Es ese momento la pantalla daba ultrarrápidas series de símbolos matemáticos y palabras para la lectura de Talby. Como era usual, él tenía mejor suerte siguiendo los símbolos que las palabras.

Le daba idea de dónde localizar el problema. Los circuitos propios rastreadores de la computadora habían sido aparentemente dañados, lo que daba cuenta de su fallo para localizarlo y anunciar el problema. Necesitaba ayuda, la de Talby.

Volviendo a programar órdenes vía tablero de la computadora, pidió un diagrama del *Dark Star.*

Más botones pulsados, los gráficos aparecían más detallados.

Iba a tener que descubrir el problema él mismo. Más preguntas fueron hechas al cerebro electrónico de la nave. El área bajo consideración fue pacientemente reducida a una sección, después de chequear varias secciones y comprobar su funcionamiento.

Finalmente, una luz roja intermitente apareció en la pantalla, acusando los esquemas de la parte más posterior de la nave.

Inmediatamente pulsó otra petición para ese área, y luego vio cómo aparecía obedientemente en la pantalla. Requirió una ampliación de la zona dañada. Se agrandó enormemente. Una ampliación final, y la brillante luz roja se tornó en una destellante flecha apuntando a una sección posterior del cierre de aire de emergencia. Y finalmente, estas palabras aparecieron bajo el diagrama:

LÁSER DE COMUNICACIONES NÚMERO 17 - CIERRE DE AIRE DE EMERGENCIA.

Los pensamientos de Talby se movieron un paso adelante en la serie de órdenes de reparación y realineamiento que seguían. Pulsó el mando del intercomunicador a un lado sin ni siquiera mirarlo y habló en dirección al micrófono.

—Teniente Doolittle, soy Talby. Conteste, por favor, teniente, donde quiera que esté.

—Estoy aquí, Talby —llegó la voz de Doolittle—. ¿Qué pasa?

El astrónomo consideró sus palabras cuidadosamente. Tenía que hacer impresión de la importancia de la situación en Doolittle sin alarmarle innecesariamente. No deseaba que el teniente enviase a Boiler o Pinback para que le ayudasen, pues le ponían nervioso. Estaba completamente seguro de que podía manejar la situación solo, sin tener que mirar a ningún otro ser humano.

—Siento interrumpirle en su comida, señor, pero estoy en el salón del computador. He localizado el fallo.

—¿Fallo? ¿Qué fallo?

—Usted se acuerda, señor. El que el computador no pudo localizar. Usted estaba en la cúpula conmigo cuando ocurrió.

—Oh..., seguro —respondió Doolittle en un tono que sugirió que él no lo estaba tanto.

—El examinador muestra que es una rotura en el láser de comunicaciones número diecisiete, abajo, en el cierre de aire de emergencia. No puedo decir exactamente qué es lo que está mal, a excepción de que es algo que tiene que ver con el alineamiento. Eso podría ser peligroso, pero como nada desastroso ha pasado desde que el fallo ocurrió, tiendo a pensar que está bien... Voy a ponerme un traje espacial dentro de un rato, por si acaso, y volver para ver si puedo arreglar el problema.

—Seguro, suena bien, Talby.

—Simplemente quería hacérselo saber, teniente.

—Vale: bien. Corto —deslizó el micrófono a su sitio.

Ahora, ¿qué era lo que Talby había estado hablando? ¿Algo de un

fallo? Bien, no importaba. Si era realmente importante, haría que Doolittle se enterase de ello.

—¿Por qué Talby nunca come aquí con nosotros? —preguntó Boiler.

Doolittle miró al cabo, sorprendido. No era típico de Boiler mostrar interés por nadie. Se encogió de hombros.

—A él sólo le gusta estar en la cúpula, eso es todo. Ya sabes... astrónomos.

Como si eso fuera la última palabra, ambos, él y Boiler, se quedaron tranquilos. Doolittle acabó lo que le quedaba de un paquete de jamón y se dispuso a acabar con las últimas gotas de té mentolado. Eso era lo mejor de la computadora de las comidas, por lo que a él se refería, y la mejor parte de sus comidas. Sin ningún esfuerzo, la computadora podía producir paquetes de cualquier té conocido por el hombre —desde Daejeeling hasta Lipton—. Algunas veces los nuevos sabores eran lo que hacían que Doolittle pudiera continuar.

Si Doolittle tenía sus tés. Boiler tenía sus reconstituidos puros. Ahora se metió la mano en uno de los bolsillos de su túnica y sacó uno de los largos puros. Lástima que la comida reconstruida no supiera tan bien como los cigarros.

Encendiéndolo, echó dos largas y satisfactorias chupadas. Sus cejas se arrugaron con un pensamiento repentino.

—Hey, Talby, —Talby ¿qué? Su confusión se hizo más profunda, pero no dejó que le afectara. No se podía dejar que cualquier cosa te afectara ahora o acababas mal—. ¿Cuál es el primer nombre de Talby?

Doolittle miró hacia arriba casualmente, empezó a decir algo, y súbitamente pareció absorto en un pensamiento enteramente diferente. Una suave indicación de preocupación se deslizó en su voz.

—Oye, Boiler ¿cuál es mi primer nombre?

Boiler abrió la boca para responder, dudó, la cerró.

—Así es que —Pinback siguió como si ellos hubieran estado extasiados por sus reminiscencias todo el tiempo— después de que ellos descubrieran los pedazos de este...

Doolittle se levantó y tiró los remanentes de plástico y metal en la abertura dispuesta para este fin.

—Me voy a la sala de música.

—Así es que... —Pinback empezó otra vez, volviendo la cara a Boiler.

Boiler ni siquiera le miró, ni le dijo nada. Simplemente se levantó y tiró sus utensilios usados a la misma abertura y abandonó el área del comedor.

Y Pinback. Pinback estaba enfadado. He aquí que él salvó la nave y nadie estaba ni un poco interesado en cómo había sobrevivido a esta experiencia. Pero si éste era el caso, entonces él no había estado hablando sobre salvar la nave, ¿verdad? El había estado hablando sobre salvar a alguien. Un astronauta, sí, como él mismo. ¿O era él? No estaba seguro.

Levantándose, tiró convenientemente su basura y pensativamente pulsó el botón para reciclaje, algo que Doolittle y Boiler, típicamente, habían olvidado hacer.

Hubo un sonido apagado del basurero, según salía de la habitación,

pensando. Salvado. Astronauta. El mismo, Pinback. Extraño. Tranquilizador. Pelota de Playa.

Definitivamente, estaba confuso y preocupado, y a veces, cuando estaba confuso y preocupado, había sólo una manera de encontrar alivio.

Cada uno de ellos tenía su propio lugar. Boiler podía hacerlo en cualquier lugar, con ocasionales explosiones de violencia raramente controlada. Doolittle lo hacía en la sala de música. Talby lo hacía... Las últimas palabras de Boiler volvieron a él y súbitamente se preguntó cuál era el primer nombre de Talby.

Como era usual, la alcoba de grabación en la biblioteca no estaba ocupada, pero él se tomó la molestia de comprobar el pasillo antes de cerrar la puerta y enterarse. La intimidad era esencial allí. No sería bueno que Boiler, y aun Doolittle, vieran lo que estaba haciendo.

Sacó la preciosa y sin marcar cinta de su camisa. El legendario *Mi Diario* estaba garabateado sobre la etiqueta. Suavemente la metió en la máquina y volvió su atención a la pantalla enfrente de la consola.

Un mudo zumbido indicó que el audio estaba activado, y luego las palabras PARA PROPÓSITOS OFICIALES, ESTE INSTRUMENTO DE GRABACIÓN BORRA AUTOMÁTICAMENTE TODO LENGUAJE OFENSIVO Y/O GESTOS OFENSIVOS aparecieron en la pantalla.

Hubo un sonido final, indicando que el visor estaba enfocado y sincronizado con el sonido, y entonces las palabras desaparecieron. Fueron reemplazadas por un retrato de un hombre joven, mirándole a él. Un extraño.

Un extraño que se parecía a él muchísimo. Las diferencias eran bastante superficiales. Se veía al extraño pulcramente ataviado con un uniforme bien planchado. Su pelo estaba corlado cuidadosamente en la parle superior y los lados de su cabeza y la barba cuidadosamente formada. Tenía una sonrisa bobalicona y en general una expresión de inmaduros.

¡Beep!

—Esta declaración es para la posteridad —clamó la voz del extraño vigorosamente. Pinback estaba sentado completamente inmóvil, observándole—. Sólo quiero decir que yo no soy el sargento Pinback. Mi verdadero nombre es Bill Frug. F-R-U-G. Soy técnico de mantenimiento de tierra. Específicamente, yo trabajo con los tanques de KG líquido para el lanzamiento de la nave. Estoy en esta misión hace ahora unos catorce años, tiempo terrestre. O alrededor de... —hizo una pausa para pensar— ...dos años tiempo de nave. Eso es mucho tiempo, dos años de tiempo de nave. Catorce años que he estado en esta misión y simplemente quiero decir que los uniformes de Pinback no me quedan bien, y la ropa interior es muy ancha, y que he estado intentando hacer mis propias etiquetas para reemplazar las del sargento Pinback; pero parece que no puedo quitar estas etiquetas de los trajes espaciales sin romperlos, y además, la máquina de coser en la sala de recreo ya no funciona, y sólo sé hacer dobladillo de cualquier forma. Yo no pertenezco a esta misión, aunque hasta ahora he sido... un miembro

ejemplar de la tripulación y he tratado de cumplir los deberes del sargento Pinback lo mejor que he podido, y, y... quiero irme a casa.

La imagen cambió. El extraño aún se parecía a Pinback, sólo que ahora su pelo y su barba estaban más crecidos, mucho más crecidos, al igual que su expresión.

—Ah, el comandante Powell murió hoy —entonó el extraño solemnemente—. Estábamos saliendo de la hipervelocidad después de lanzar una bomba con éxito, y bien, él se sienta justo a mi lado, y, bien, algo fue mal con el campo de fuerza y su mecanismo cuando salimos al espacio normal, trabó un circuito defectuoso en su asiento y lo hizo saltar y... —la figura de la pantalla se medio encogió de hombros— ...y él se murió, tal que así. Doolittle dijo que su cerebro está todavía funcionando, o algo parecido; así es que en vez de darle sepultura en el espacio le pusimos en el frigorífico con la esperanza de que cuando volvamos a la Tierra los muchachos de la sección de biología puedan reconstruirle un cuerpo para él. Personalmente, creo que Doolittle es excesivamente optimista, pero como él se llevaba bien con el comandante, entiendo sus reacciones.

Otra vez la metamorfosis del video, y un aún más desgreñado tipo Pinback miraba tristemente a Pinback.

—Doolittle dice que él asume el mando formal de la nave —dijo la figura—. Y yo, yo digo... —la palabra BORRADO reemplazó momentáneamente la imagen en la pantalla y el audio se hizo silencioso— ...que el está excediéndose con su autoridad, porque yo soy el único con objetividad que queda en la nave, y por tanto yo debería asumir el mando. Doolittle dice que yo no soy realmente el sargento Pinback, lo que muestra lo lejos que va, y por tanto yo no pude asumir el mando. Luego dijo que si yo quería asumir el mando él estaría contento de liármelo. Me preguntó cuál era mi primera orden, y ese estúpido mono de Boiler estaba allí de pié, riéndose burlonamente de mí, y yo no pensé que fuera tan divertido. O justo. Quiero decir, debería haber tenido tiempo para prepararme para algo como el tomar el mando. Ahora voy a hacer un informe sobre esto al cuartel general de la Base Tierra porque creo que esto es un montón de... —y la palabra BORRADO apareció otra vez, varias veces, de hecho.

La imagen cambió otra vez Ahora era un tipo-Pinback sonriente y feliz el que apareció, con el pelo y la barba ligeramente recortados. Un Pinback que se parecía muchísimo, si no exactamente, al Pinback sentado en la silla de grabación, mirando la imagen en la pantalla.

Esta vez, el audio salía solamente a ráfagas, con el ahora familiar *slogan* BORRADO apareciendo casi constantemente en la pantalla. Muy pocos sonidos reales escaparon a los censores incluidos en la grabadora, y éstos eran en su mayoría sonrisas y nerviosas risitas ahogadas en lugar de palabras.

—Hoy me dirigí a Doolittle en el hall —la imagen rió—. Y yo BORRADO Doolittle —risita—. El dijo BORRADO... —sonrisa, risita, bufido— y él no... —y esta vez las palabras GESTO BORRADO aparecieron—. Entonces él... —carcajada. BORRADO, risita—, y yo dije, bien, y él todavía no lo entendía, y...

El sonido cambió la pantalla otra vez, para revelar ahora un Pinback nervioso e irritado que en adición a parecer descontento también revelaba un ligero temblor en la esquina de su ojo derecho.

—Esta misión se hizo pedazos desde que el comandante Powell murió. Doolittle me trata como a un idiota. Talby piensa que es muy listo, allí arriba, en su cúpula, y Boiler me pellizca en el brazo cuando nadie está mirando. Estoy cansado de ser tratado como un trapo viejo. Estoy cansado de ser tratado como un intruso. Estoy cansado de que no se me dé el debido crédito por el trabajo que estoy haciendo. Estoy cansado de... de no ser tratado como debería ser. Después de todo, yo supero en rango a ambos, Talby y Boiler, y yo he informado de su falta de respeto al cuartel general; pero por alguna razón el cuartel general no ha respondido. Me pregunto qué es lo que va mal con esa gente allí abajo. ¿No se dan cuenta de la importancia de mantener la disciplina aquí arriba? Si el rango no significa nada, podemos entonces mandar a la porra toda la misión. Es suficiente hacer que uno abandone su cometido. Yo abandonaría mi puesto y mis deberes a no ser que mi sentido de lealtad al programa es demasiado alto. Además, pondría en peligro a todos los de la nave, yo incluido. Si esto es auto preservación, egoísmo, entonces que así sea.

Esa fue la última charla. La cinta se paró y la señal CINTA EN ESPERA se encendió en la pantalla.

Pinback dejó salir un profundo suspiro. Se ajustó la túnica ligeramente, se alisó algunos cabellos sueltos y se quitó un poco de líquido congelado de jamón de su barba. Sentado derecho y aclarándose la garganta, dio un golpecito a otro mando sobre la consola y habló hacia la máquina, mirando hacia delante. Su tono era sereno, bien modulado, controlado o quizá un poco incontrolado.

—No me gustan los hombres que están a bordo de esta nave espacial. Son groseros y no saben apreciar mis mejores cualidades. Tengo algo de valor con lo que contribuir a esta misión, si ellos tomasen simplemente un poco de su tan precioso tiempo para reconocerlo. Hoy, durante el almuerzo, intenté mejorar la moral y crear un sentido de camaradería entre los hombres manteniendo una discusión humorística sobre los primeros días de la misión. Mis proposiciones fueron brutalmente rechazadas. Estos hombres no quieren una nave feliz. Están profundamente enfermos y tratan de compensar sus propios infortunios mentales haciéndome sentir miserable. —Era vagamente sabedor de que gimoteaba y que algo estaba mal. Era también poco militar. No debería seguir con la cinta. Pero no pudo parar, y además, le hacía sentirse bien. Las palabras siguieron fluyendo.

»La semana pasada fue mi cumpleaños. No sólo no tuve ningún regalo, sino que ni siquiera nadie me dijo «feliz cumpleaños». Y no hubo ninguna tarta, tampoco. Cuando pregunté sobre esto, Boiler sugirió que metiese la cabeza en el centro del reactor y que me perdiese —gimoteó otra vez—. Algún día esta cinta será escuchada, y entonces lo sentirán.

Eso parecía ser todo. De cualquier modo, estaba gimoteando con demasiada fuerza para conseguir decir algo con sentido, y no había ninguna razón en cargar la cinta con tanta emoción, ya fuera honesta o

sincera. No era digno.

Levantándose, tiró abajo el mando activador, y el Pinback de la pantalla desapareció. Pinback quitó cuidadosamente la cinta de la grabadora y la puso de vuelta en su túnica. Luego se levantó y se dirigió a la zona dormitorio.

Quedaban varias horas de sobrevelocidad antes de que llegaran al planeta que tenían que volar. Sentándose en su catre, desconectó metódicamente el intercomunicador, los controles de aviso, todo. No quería ser molestado. Todavía tenía tiempo suficiente para estar enfurruñado, y no quería que Doolittle o Boiler le interrumpieran.

Así es que no lo oyó. Y Doolittle, inmerso en su provisional órgano, no lo oyó tampoco, porque él apagaba todo cuando estaba tocando. Todo, a excepción del plink y bang y clonck de crudos martillos golpeando jarras de agua y viejos contenedores metálicos y el amasijo de tubos enormes estallando en la *Grand Piece Symphonique* de Franck.

Y Boiler, absorto, absorto en su descolorida revista de muchachas, no lo oyó tampoco, no con los tapa-oídos puestos. No oyó la insistente voz de la computadora...

## 8

—Atención, atención todo el personal, finalmente he encontrado e identificado el fallo.

Esto habría sido de importancia para Talby, pero estaba dormido. No debería dormir, pero nadie podía dictarle a él esos períodos de sueño nunca más. Además, debería haber siempre alguien despierto por si él decidía dormirse en momentos imprevistos.

Ellos estaban despiertos, de acuerdo, pero no escuchaban.

—El láser de comunicaciones número diecisiete ha sido dañado —continuó la voz—. Este daño aparentemente sucedió durante el paso del vórtice de energía electromagnética que nos encontramos recientemente. Como pueden observar, este láser controla la carga primaria en el mecanismo de lanzamiento de bomba. El láser de comunicaciones número diecisiete está localizado en el cierre de aire de emergencia. Es crucial ocuparse de este fallo antes del ensamblaje primario de la próxima secuencia de lanzamiento. Gracias por observar todas las precauciones de seguridad.

Boiler seguía durmiendo inocentemente sobre su revista de chavalas. Pinback estaba dormido bajo sus pensamientos. Doolittle seguía tocando y tocando y Talby yacía dormido pensando en las estrellas de mañana...

Talby estaba meditando sobre su nuevo cielo. El despertar en la cúpula era la usual ex hilarante experiencia. Una hermosa mañana.

Qué broma era eso. El no había visto una mañana en veinte años, excepto por el falso matiz de un sol acercándose sobre un pronto-para-ser-destruido planeta inestable. Mañana, en verdad.

Y él tenía otra tarea que hacer, tan necesaria como desagradable: arreglar el láser de comunicaciones roto. Además, no debería ser demasiado difícil de arreglar.

Como era usual, estaba despierto antes que los otros. Después de un rápido chequeo para asegurarse de que todos los sistemas de la nave estaban operando más o menos normalmente, se dirigió al cierre de aire de emergencia. No había razón para despertar a Doolittle. Era más fácil decírselo desde la cúpula, sobre el feliz final del trabajo de reparación.

Los cuatro trajes espaciales estaban ordenadamente colocados en un armario abierto unos al lado de los otros. Cuanto antes acabase su trabajo, mejor.

Probablemente él no necesitaba el traje espacial, pero si por alguna razón el láser disparaba hacia atrás, el traje era lo suficiente reflexivo para desviar el rayo de luz No resistiría una ráfaga directa del láser durante unos segundos, pero no había razón para tomar más precauciones que las que estaba tomando.

Mientras se ocupaba de las preparaciones, Doolittle, Boiler y Pinback se habían levantado ya y se habían vestido. Fue Doolittle quien abortó el desayuno. Un rápido chequeo reveló que estaban casi llegando al punto de alcance de lanzamiento sobre el planeta que haría de blanco. Pinback se quejó por lo del desayuno, el planeta no iba a estar en ningún otro lugar, y tenían un par de miles de años luz antes de que se hiciera peligroso.

Pero no había nada que frenara a Doolittle. Este era el último planeta, la última carrera, la última bomba. A Boiler no le importaba eso tanto, pues siempre estaba preparado para destruir. El comer podía esperar.

Se movieron hacia delante, se deslizaron en sus respectivos asientos y empezaron a comprobar la instrumentación. Súbitamente formaban un equipo otra vez, una tripartita y animada máquina; todas las personalidades olvidadas.

Boiler activó las pantallas sobre sus cabezas.

—Ahí está —el planeta, que ocupaba la mayor parte del visor del telescopio, era de profundo color rojo, mostrando una superficie hirviendo con volcanes titánicos más grandes que tres o cuatro Everest. Escupiendo, vomitando los interiores del globo hacia fuera, desplomándose en resplandecientes cañones de muchas millas de profundidad: un mundo inestable si alguna vez se habían encontrado con uno.

—Noventa-nueve-por-ciento-plus probabilidad —reportó Boiler chequeando sus instrumentos— de que este mundo se desvíe de su órbita normal dentro otras doce mil rotaciones. Girará hacia su sol y…

—Eventual nova —acabó Pinback.

—…y este sistema tiene un mundo tan perfecto como el tipo Tierra —hizo un gesto en dirección al monstruo rojizo brillante en sus pantallas—. Suena bien. Vamos a evaporarlo.

Operando en perfecto unísono, los tres hombres dispusieron los aparatos de medición, ajustaron los controles, prepararon al *Dark Star* para el próximo lanzamiento: una fuerza unificada para producir una momentánea orgía de destrucción.

Una orgía de la que ésta iba a ser el final, conclusivo orgasmo, y luego… a casa.

Pinback fue el primero, por una décima de segundo, en apoyarse sobre el respaldo de su asiento.

—Sistemas de compartimiento de bombas operacionales.

Hubo un sonido familiar desde el interior de la panza de la nave, y una vez más la blanca caja marcada «20» se deslizó suavemente fuera de la escotilla ventral. Doolittle se puso sus auriculares, se inclinó hacia adelante y trabajó en su consola.

—Metido el fallo-seguro.

Pinback enchufó en el dial para la requerida conexión, sonriendo según lo hacía. Doolittle, Boiler, Pinback: los nombres no significaban nada ahora. Qué significativo... pero él no tenía tiempo para pensar en ello.

Por eso le gustaban estas carreras climáticas. No le dejaban tiempo para pensar. Golpeó el doble mando.

—Fallo-segundo ensamblado.

—Tenemos —anunció Boiler— ocho minutos hasta el lanzamiento. Veinticuatro minutos hasta la detonación. Todos los sistemas están bien y funcionando.

Palabras y símbolos alternados en pantallas separadas en su confirmación.

—Tiempo sideral a velocidad de la luz —confirmó Pinback—. Estado de secuencia de destrucción iniciado.

Hubo un despejo de las pantallas y entonces los múltiples ceros en la base cambiaron a veinticuatro. Segundos después empezaron a pasar.

Suspiró, se arrellanó en su asiento, retorciéndose confortablemente por un momento, como siempre hacía. Seguro que Doolittle y Boiler se podrían reír, pero Powell había estado sentado a su lado cuando salieron de una hipervelocidad y su circuito de su asiento hubo saltado. Los ojos de Powell habían estado mirándole a él en la cara.

¿Por qué no entenderían allí en la Base Tierra, y enviaban un circuito de repuesto?

No hay tiempo para esto ahora. Pinback. Estás de servicio.

Dio un golpecito al fonocaptor que estaba colocado en sus auriculares y oyó el eco que significaba el estado operacional.

—Este es el sargento Pinback llamando a bomba número veinte. Sargento Pinback llamando a bomba número veinte. ¿Me escuchas, bomba?

—Bomba número veinte a sargento Pinback. Le oigo, sargento.

—¿Qué tal te va, bomba?

—Todos los sistemas están funcionando perfectamente, sargento Pinback. Todo va bien.

El había oído las mismas respuestas muchas veces anteriormente. ¿Por qué, se preguntó idiotamente, no podían dar a las bombas voces diferentes? Se le ocurrió la respuesta a esta pregunta tan pronto como acabó el pensamiento.

No valdría la pena dar a una máquina suicida una personalidad distintiva. No diferenciaría en nada a la bomba, que estaba escasamente consciente de sí misma como organismo individual; pero Pinback pudo imaginar que eso le podía empezar a pasar a la

tripulación.

Si no tenías cuidado podías empezar a pensar de los aparatos disparadores termoestelares como personas, personas que eran enviadas a un inevitable destino, personas que no tenían ninguna probabilidad de desarrollar sus mentes, personas que…

Tranquilo, Pinback. Eso es un no-no. Mejor es que conserves los pensamientos adecuados o te quitarán la barba.

En algún lugar de la nave una computadora diferente con su voz estaba recitando información a un Talby metido en su traje espacial.

—Está usted ahora en el cierre de aire de emergencia. Por favor, recuerde que en una situación de emergencia la puerta de superficie puede ser abierta instantáneamente sin necesidad de una previa despresurización. Así que asegúrese de llevar el traje espacial en todo momento. Gracias por observar todas las precauciones de seguridad.

Talby ignoró el mensaje. Sabía las reglas de memoria y no necesitaba que se las recordara una solícita máquina. Todo lo que él quería hacer era acabar esta tarea de reparación y volver a su cúpula y sus estrellas.

Estaba ya buscando la entrada de la habitación antes de que el mensaje concluyera. El cierre de aire de emergencia no era terriblemente grande, así que no le llevó mucho tiempo localizar la escotilla abierta sobre el láser de comunicaciones donde el panel de protección había caído.

Aun cuando no había ninguna razón para que los espejos en el láser fueran activados, tomó precauciones para mirar en el interior. Un láser era algo como un tornado; podías pasar a unos milímetros del área crucial sin ser herido, pero cruzabas la línea esencial y te quemabas.

En adición al panel chamuscado, vio que el mismo láser había sido sacado ligeramente de la alineación. La montura estaba floja. Bueno, eso debería ser bastante fácil de corregir. Sería un poquitín complicado con el láser operando, pero nada difícil ni que llevase mucho tiempo en la tarea.

Se sonrió de satisfacción. Esta labor no llevaría más que unos minutos de cuidadoso trabajo con el destornillador. Aun si la montura estaba rota podría fácilmente reajustar el ángulo del rayo para compensar.

Colocando la pequeña caja de herramientas que había traído, hurgó en el interior para encontrar el destornillador con la cabeza apropiada, y luego habló por el micrófono de su casco.

—Teniente Doolittle, señor… Aquí Talby.

Doolittle le oyó. pero estaba controlando la instrumentación de lanzamiento y no tenía tiempo para las tonterías filosóficas de Talby.

—Sssh, Talby —dijo como ausente en su propio receptor—. Estamos en medio de una complicada maniobra. No me molestes ahora.

—Creo que es importante, señor —insistió el astrónomo. Estaba inspeccionando el interior del alojamiento del láser otra vez—. Creo que he localizado el fallo que la computadora anunció. Usted recuerda, señor. Estoy en el cierre de aire de emergencia ahora, y…

—Ahora no, Talby —dijo Doolittle irritado—. ¡Maldito hombre! Pasa todo su tiempo en su pequeña cúpula, sin ni siquiera compartir una

comida con sus compañeros... Demonios, ni siquiera dormir con ellos, y quiere que Doolittle lo abandone todo ahora para escuchar sus problemas personales.

—Bien, estoy ahora en el cierre de aire de emergencia —replicó Talby—, así que voy a seguir adelante y...

Completamente molesto. Doolittle apagó su canal. Talby no le escucharía cuando él, Doolittle, necesitara alguien con quien hablar, así es que, por Dios, el no iba a sentarse en medio del lanzamiento —el último lanzamiento— e intercambiar bromas con él.

Tenía un planeta que destruir. Era extraño cuan normal la ultramelodramática frase había venido a sonar. Era verdad que la gente se podía acostumbrar a cualquier cosa. Repetición hacía que el hacer el papel de Dios pareciese un tópico.

—Cuatro minutos para la caída, bomba —estaba diciendo Pinback conversacionalmente. Parecía llevarse bien con los cerebros de las bombas, mejor, de hecho, que lo hacía con Boiler o Doolittle. Quizá fuese porque tenía más en común con ellas. Por ejemplo, había ocasiones en que él anhelaba ser autodestructor también.

—¿Has comprobado tu escudo de platino-iridio de energía? Eso es importante, ya sabes. No debemos olvidar el chequeo de nuestro escudo de energía.

—Jesús —murmuró Boiler, aterrado ante la actitud de Pinback hacia una cosa metálica, como era usual. Y como era usual. Pinback le ignoró. Boiler no podía hablar con las bombas.

Aun Doolittle tenía problemas a veces. Era el área donde Pinback destacaba.

—Escudo de energía en función positiva —replicó la bomba agudamente.

Pinback bostezó.

—¿Recuerdas tu hora de detonación?

—Detonación en veinte minutos.

—De acuerdo —concluyó Pinback—. Eso dice aquí. Muy bien, bomba, ármate.

Bajo el *Dark Star* hubo un breve resplandor de luces en el revestimiento de la bomba, después de lo cual, dijo calmadamente:

—Armada.

—Hola, teniente Doolittle —repitió Talby al micrófono de su traje espacial.

—Hola, hola, ¿me escucha? Boiler, Pinback, ¿se me oye en el puente?

Maldición, ¿ahora qué? Otro fallo, o era simplemente que Doolittle no se daba cuenta de lo que él estaba haciendo aquí. ¿No entendía que Talby había encontrado el fallo y estaba preparándose para repararlo?

Bien, probablemente no importaba mucho. Obviamente estaban muy ocupados con algo. Al menos, no sería molestado con estúpidas sugerencias. Empezó a inclinarse sobre la abertura...

—Láser de comunicaciones número diecisiete —anunció fríamente la voz de la computadora—, controlado el mecanismo de caída de bomba, ha sido ahora activado y se conectará a modo de caída. Si mira cerca del panel de superficie verá la luz encendida, indicando, por tanto, que

la célula de paralaje receptivo ha sido activada.

La luz indicadora del panel de superficie ha saltado. Talby sacó la cabeza del alojamiento rápidamente, gritándose a sí mismo ni la confusión.

¿Qué demonios pensaba Doolittle que él estaba haciendo? Era ésa la «complicada maniobra»? No podían hacer la carrera de lanzamiento de bomba con un láser de comunicaciones roto. No, simplemente algo inimaginable podía ir mal con el lanzamiento, y el mismo Talby podía ser deshecho.

Estuvo allí de pie indecisamente, debatiendo si seguir adelante con la reparación o si correr y decírselo a los otros. Pero si sólo quedasen dos minutos para la caída —una corta carrera—, él podía no llegar a tiempo.

Mientras él permanecía paralizado, la voz de la computadora continuó:

—El láser dará ahora energía. Por favor, manténgase fuera de la senda del rayo en caso de que el panel de protección caiga.

—¿Qué panel? El panel estaba caído, estúpida...

Dio un apresurado paso hacia atrás.

—El láser de comunicaciones número diecisiete está ahora a prueba.

Hubo un sordo pero distintivo chasquido y dos rayos paralelos de pura luz roja cruzaron el cierre de aire de emergencia justo enfrente de Talby. Taladraron dos limpios agujeros en la pared del cierre de emergencia, pero aparentemente no cortaron nada serio. Eran rayos de alta intensidad y corto foco y no llegarían lo suficientemente lejos como para hacer un agujero en la nave, pero algo de daño había sido hecho ya.

Lo peor podía pasar si no lograba arreglar el fallo antes del lanzamiento de la bomba.

Había activado ya el oscurecedor del casco de su traje espacial, para que pudiera mirar al rayo sin sufrir daño en la retina.

—Bajo ninguna circunstancia —continuó la computadora— quiten el panel y entren en la senda del doble rayo. Gracias por observar todas las normas de seguridad.

—Están actualmente en una carrera de lanzamiento —murmuró Talby—. ¿Qué iba mal con Doolittle? ¿Se había vuelto loco el teniente, como Pinback y Boiler?

—Doolittle..., teniente Doolittle, responda. Soy Talby. Llamada de emergencia..., cualquiera en el puente, respondan...

Doolittle, Pinback y Boiler —los cualquieras—, relajados en sus asientos, cada uno sumergido en sus pensamientos prelanzamientos. Todos pasaban por los obstáculos de emociones anteriores a un lanzamiento.

Boiler pensaba en la destrucción de una escala sin precedentes que estaban a punto de llevar a cabo, y sonreía. Pinback ni siquiera consideraba que estaban a punto de borrar un planeta, quitar de en medio un mundo del esquema de las cosas; su interés era para la pobre e impensante bomba.

Doolittle siempre volvía a un libro que ya había leído, un viejo libro

sobre los lanzamientos de los primeros aparatos disparadores termoestelares sobre una ciudad en... Japón, ¿verdad? Volvía a los pensamientos del piloto después de ver lo que había forjado.

Por supuesto, esto era considerablemente diferente, ya que ninguna vida estaba involucrada. Y los mundos que ellos habían destruido eran inestables, una amenaza para la vida de futuros colonizadores. Pero él no podía escapar al molesto pensamiento de si en alguno de los planetas que ellos habían destruido, a pesar de cuidadosa preinvestigación. podía haber habido una raza inteligente e indetectable para los que ese mundo era su hogar.

Una raza cuyo asesinato colectivo él llevaba en su conciencia.

Ridículo, absurdo, ya que los instrumentos chequeaban cuidadosamente cada candidato para destrucción antes de que hicieran el lanzamiento. Pero el pensamiento persistía, mezclado con aquellos del ya muerto piloto del bombardero, y le perturbaba...

Pinback miró el cronómetro y habló por su micrófono en los auriculares.

—Todo parece bien, bomba. Lanzándote en unos setenta y cinco segundos. Buena suerte.

—Gracias —fue la suave réplica de la bomba número veinte.

Boiler estaba comprobando sus lecturas.

—Tengo una lectura cuántica de treinta y cinco sobre treinta y cinco.

—Aquí dice lo mismo —asintió Doolittle.

Si ellos no abortaban la caída —y no parecía haber ninguna razón para que así fuera—, él tendría que ajustar el láser. Talby cerró la caja de herramientas y habló por el fonocaptor al mismo tiempo.

—Doolittle... Doolittle. No sé si puedes oírme, pero voy a tratar de ajustar la montura bajo el láser para alinear los rayos adecuadamente. Si puedes oírme, interrumpe el lanzamiento hasta que yo acabe. No llevará mucho tiempo.

Permaneciendo tan a la izquierda de la abertura como podía, balanceó el destornillador en su mano derecha y controló el mango con la izquierda.

De esta manera balanceó cuidadosamente parte dentro, parte fuera de la alcoba, y deslizó el destornillador hacia la montura.

Dio en el tornillo adecuado al primer intento y sonrió. Estaría todo acabado en un minuto.

Haciendo girar el destornillador lentamente, oyó el click-click del mecanismo del tornillo según la montura se iba apretando, y vio cómo el alojamiento del láser empezaba a deslizarse a su base. Otro par de vueltas y habría acabado.

Según la montura se deslizaba, hizo contacto con un pequeño circuito impreso que también se había salido de su sitio ligeramente. El circuito se cortó y la corriente alimentó algo que no debería haber alimentado, y algo explotó.

El láser se movió loco sobre su montura, los rayos se desviaron y la placa oscurecida de la cara del astrónomo cogió la entera brillantez de los dos rayos.

Talby se tambaleó hacia atrás, dejando caer su destornillador y

echando las manos a sus ojos, agarrando solamente el suave cristal de su casco.

—¡Dios mío, no puedo ver!

Algo estaba llamando insistentemente detrás del dolor.

—Atención, atención. El láser ha fallado. Bajo ninguna circunstancia...

—Oh, mis ojos..., no puedo ver, no puedo... entrar en la senda de los rayos. El hacer esto haría que la instrumentación inmediatamente...

Tambaleándose ciegamente por el cierre de aire de emergencia, Talby cayó dentro de las dos líneas de rojo azulado. Una violenta sacudida agitó el cierre de aire de emergencia. La voraz corriente hizo retroceder neutrones electrónicos hasta la misma computadora central.

Cortos circuitos en los cientos de controles hidráulicos destruidos. Pequeños juegos rompieron en el computador central y fueron inmediatamente absorbidos por los automáticos fallos-seguros aislando las secciones dañadas, amputando las porciones maltratadas de la malherida red.

Las luces indicadoras en la bomba número veinte se encendieron una segunda vez. Se encendieron normalmente, e inesperadamente, porque la secuencia primaria de caída había sido ya activada. No había ninguna razón para que se encendieran otra vez.

El simple resplandor de luz en el agarrador magnético no fue normal.

En el puente, de todas maneras, todo estaba tranquilo, todo estaba como debería estar.

—Empezar secuencia final de caída —dijo Pinback. Los tres hombres trabajaron suavemente en sus consolas. Luego Pinback. después de hacer un chequeo con sus compañeros, se empinó y agarró los dos mandos que harían la operación.

—Marcando... Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... Caída —y giró ambos mandos simultáneamente para dejar caer la bomba.

Finalmente. Boiler localizó dos indicadores rojos, indicadores que él nunca había tenido ocasión de observar en operaciones anteriores. Pinback, mientras tanto, había perdido completamente su aura de mando y relajación, y la cambió por una de más normal hipernerviosismo.

Miró a su alrededor desesperadamente, asumiendo que el final de su privado universo estaba a mano. Pero ni Doolittle ni Boiler, aunque obviamente preocupados, estaban aterrados todavía. Se controló un poco y se sentó más derecho en su asiento. Ellos estaban muy ocupados para darse cuenta de su embarazo.

Esperó que alguien le dijera lo que tenía que hacer.

—Caída negativa —dijo finalmente Doolittle, confirmando todo lo que los instrumentos habían dicho. Pequeños lazos le estaban apretando más y más dentro de él.

—Prueba otra vez. Pinback. La bomba está tan tranquila en la rampa todavía.

Los tres se instalaron otra vez en sus controles, reajustando todos los mandos para repetir las previas operaciones.

Pinback contó otra vez, desde diez, a cinco, cuatro, tres, dos, uno... caída. Giró los dos mandos sólo para oír el violento graznido.

—Caída negativa —dijo Doolittle otra vez, ya sin calma en su voz.

La actividad en el puente se hizo frenética. Los circuitos fueron comprobados y recomprobados. Se pidió a los monitores que dieran una explicación, aunque insistían en que nada estaba mal. Los indicadores fueron estudiados por razones pasadas por alto: pero ellos miraban con desnudas caras de cristal y no dijeron nada. En opinión de los instrumentos, la bomba había sido lanzada y la tripulación del *Dark Star* había pasado el punto de locura.

—Confirmación visual —sugirió Boiler—. Quizá es el indicador de no-caída el que falla.

Doolittle subió al nivel necesario. El cronómetro, todavía pasando los segundos, desapareció de la pantalla y fue reemplazado por una vista de la parte baja del *Dark Star.*

Una larga caja blanca ocupaba la mayor parte de la pantalla, descansando tranquilamente bajo las puertas abiertas del compartimiento.

Una mirada fue más que suficiente para Doolittle. Conectó otra vez, el cronómetro, que ahora asumía una relevante importancia. Una importancia excesiva.

—Está allí; de acuerdo —pensó rápidamente—. No importa el agarrador magnético. Esta es la última carrera. Vamos a volar las conexiones —Boiler y Pinback asintieron con la cabeza: Boiler una vez, secamente, Pinback lo suficientemente fuerte como para que el pelo le temblara.

—Reactivad todos los servomotores —dijo el cabo—. Abrid los cierres cuánticos.

—Abrid circuitos de fallo-seguro —dijo Pinback.

—Cancelad los fallos-seguro de empuje —añadió Doolittle.

—¿Se abren las válvulas automáticas? —preguntó Pinback.

—Chequear abertura de válvulas...; todas las conexiones separadas... todos los cierres fallos-seguros quitados —dijo Boiler.

—Preparaos para caída manual —añadió Doolittle seriamente— y remarcar.

—Repuesta a punto —dijo Pinback tranquilamente, mientras ambos, Boiler y Doolittle, le observaban—. Marcando... Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Caída —volvió los mandos, mirando a la pantalla encima de él, tratando de dar la carcajada.

Primero fue Boiler riéndose de él y pellizcándole en el brazo cuando nadie miraba, y Doolittle había sido conciso y abrupto con él durante todo el viaje, y Talby, allí arriba en la cúpula, cuando no estaba mirando a su idiota universo, estaba probablemente riéndose de él también, y ahora, ahora la misma nave se estaba riendo de él, del pobre, estúpido Bill Frug Pinback Frug Bill...

—¡Caída! —gritó él a la resplandeciente luz roja de aviso— ¡Caída, caída, caída!

—Tranquilo, Pinback —dijo Doolittle suavemente—. Tómatelo con calma, hombre.

Pinback le miró salvajemente, palpitando con fuerza. Luego miró de vuelta a los dos mandos que él había casi sacado del tablero.

—Estará bien, creo —dijo Doolittle en respuesta a la mirada de Boiler—. ¿Qué pasa con la bomba?

—Está sentada allí —dijo el cabo, volviendo su atención a las lecturas de instrumentos—. La maldita cosa está allí sentada. ¿Qué demonios es lo que va mal?

Y mientras ellos se preguntaban y se encolerizaban, sobre cada hombre apareció una serie de números insertados en la base de las pantallas; se leía así:

HORA BASE SIDERAL 0014:40.6 SECUENCIA DE DESTRUCCIÓN EN PROGRESO.

El número cambió cuando él lo miró; cambió mientras el graznido sonaba por todo el puente. Resonó en el compartimiento de bombas y en la dañada sala de computadoras, y en el cierre de aire de emergencia, donde un inconsciente Talby yacía caído bajo gemelas líneas de rojo, las manos crispadas sobre la placa de cristal de su casco en un vano intento de llegar a sus ojos.

—Boiler —dijo Doolittle finalmente, señalando en dirección al resplandeciente altavoz— mata esa cosa.

Boiler se empinó y activó un mando sobre el pequeño panel marcado «audio». El graznido se apagó. La luz roja de aviso paró con ello, pero el cronómetro insertado en la pantalla no lo hizo, ni lo hizo el oficial insertado en la consola principal. Todos continuaban, pasando los segundos, dividiendo el apretado período de tiempo en pequeños, manejables pedazos y piezas.

—Oh, vamos, Doolittle —le reprendió una voz en el interior—. No te quedes sentado sobre tu trasero. Haz algo, hombre, o la bomba lo hará por ti. La bomba está pegada al compartimiento y se halla preparada para estallar en unos catorce minutos, y si lo hace, la sacudida en que te verás no será como esa ola que se rompe debajo de ti.

Buscó a tientas en sus auriculares y habló vacilantemente:

—El teniente Doolittle llamando a bomba número veinte. Responda, bomba número veinte.

—Estoy aquí, teniente.

—Suena con bastante sentido —observó Boiler.

—Computadora, soy Doolittle. Habla a la bomba y ordénale que se vuelva al compartimiento, por favor.

Silencio.

—Computadora, responde. Es el teniente Doolittle quien habla.

Nada.

—Háblale tú —observó Boiler.

Doolittle asintió. Se aclaró la garganta.

—Ha habido un fallo otra vez, bomba. Tienes que desarmarte y volver al compartimiento inmediatamente. ¿Entiendes?

—Sí —la voz de la bomba era calmada, compuesta—. Estoy programada para detonar en catorce minutos treinta segundos. La detonación ocurrirá a la hora programada.

Frenéticos pensamientos corrieron por la mente de Doolittle. Estaban

libres de soluciones, y además, de la bomba. Ahora tenía otro problema por el cual preocuparse.

¿Qué demonios pasaba con la computadora principal?

—Bomba —finalmente se las apañó para decir unas palabras por el fonocaptor—, soy Doolittle. No tienes que detonar. Repito, no debes detonar en el compartimiento de bombas. Desármate. Esto es una orden. ¿Me entiendes, bomba?

—Le oigo, teniente Doolittle —replicó la bomba tranquilamente—. La localización de la detonación no es de mi incumbencia. Eso está siempre predeterminado..., y detonaré en catorce minutos. La detonación ocurrirá a la hora programada.

—Ya has dicho eso —dijo Doolittle tensamente. La bomba no se aventuró a replicar.

—Catorce minutos para la detonación —informó Pinback con un toque de desesperación—. ¿Qué demonios está pasando, teniente? ¿Qué pasa?

—No sé —extendió las manos desesperadamente—. No puedo entender qué es...

—Atención, atención —dijo una voz femenina familiar, una voz que Doolittle no había esperado oír otra vez. Se paró a la mitad de la frase.

—Yo he sufrido daños serios —les dijo la computadora—. Todos los fuegos en la región de la sala principal de computadoras están ahora bajo control.

—¿Fuegos? —exclamó Pinback, retorciéndose en su asiento—. ¿Qué fuegos?

—Cállate —musitó Boiler avisándole. Pinback se calló.

—Por favor, presten mucha atención. La bomba número veinte no ha tenido ningún fallo. Repito. La bomba número veinte no ha tenido ningún fallo. El no obedecer la orden proviene de un fallo del láser de comunicaciones número diecisiete, que pasa todas las órdenes de lanzamiento vía mecanismo de soldadura en el conducto de agarradera. Todo contacto con la agarradera, y por tanto con la bomba misma, está ahora cortado. Yo he subsecuentemente activado los amortiguadores automáticos a bordo de la nave. Sin ningún material planetario con el cual reaccionar, ésta amortiguará la reacción del aparato disparador termoestelar a un área de aniquilamiento de aproximadamente un kilómetro de diámetro. Eso es todo lo que puedo hacer esta vez. Estoy tratando de rodear los circuitos dañados para restablecer contacto con el conducto de agarre y la bomba. Debo informarles que el pronóstico de éxito no es favorable. Repito, no es favorable. El daño podría ser eventualmente reparado, con asistencia manual humana, en veinticuatro horas.

»Todas las estimaciones indican que aun con asistencia humana, operando bajo eficiencia estimulada por drogas, estas reparaciones no pueden ser duplicadas en catorce minutos. Todo depende de vosotros, muchachos.

Hubo un momento de silencio mientras los tres tripulantes digirieron esta información. La voz de Boiler parecía calmada.

—¿Oíste eso, Pinback?

—Sí. Doolittle —añadió Pinback anhelantemente—. ¿Qué vamos a hacer? Quiero decir, es fenómeno que los amortiguadores automáticos confinaran la explosión a un área de sólo un kilómetro de distancia, pero si nosotros y la nave estamos incluidos en ese kilómetro, no va a ser muy grande la diferencia.

—No se quede sentado y mirándonos, teniente —dijo Boiler ansiosamente—. Denos algunas órdenes. ¿Qué hacemos?

¿Por qué él? ¿Por qué tuvo que ser él el único oficial que quedó a bordo cuando Powell murió? ¿Por qué no pudo ser él un hombre de menos clase, como Boiler, o un indiferente solitario como Talby, o aun Pinback, que se hacía el impostor? Pobre, bienintencionado Pinback. Pobre, ulceroso Boiler. Pobre, distante Talby.

Pobre Doolittle.

—No sé —dijo finalmente, honradamente—. No sé qué es lo que vamos a hacer.

Y Pinback dijo, casi proféticamente:

—El comandante Powell habría sabido lo que debía hacer.

—Pinback —dijo Doolittle tranquilamente—, si dices eso una vez más, si aun lo dices como un susurro y lo llego a oír, te mataré.

Pinback se reclinó sobre su asiento y cruzó las manos indiferentemente.

—No importará mucho. De cualquier forma todos vamos a estar muertos en —miró hacia arriba— trece minutos y veinticinco segundos y medio —gimoteó—. El comandante Powell habría ya...

—¡Eso es! —gritó Doolittle.

Pinback dio un pequeño salto y se cubrió en su asiento, pero Doolittle no se dirigía a él. En su lugar, él pareció casi liberado.

—Eso es lo único que queda por hacer. Tendré que preguntar al comandante Powell. Tendré que preguntarle lo que debo hacer — Doolittle se estaba desatando de la silla.

—No quiero ser un cenizo, teniente —intervino Boiler—, pero el comandante Powell está muerto. Ha estado muerto por mucho tiempo. Le pusimos...

—Su cuerpo está muerto, sí —admitió Doolittle—, pero le conservamos en hielo y con alambres. Le pusimos así justo después del accidente. Ya sabes que he estado con él un par de veces.

Boiler sacudía la cabeza despreciativamente.

—Caprichosa... posibilidad. Ha habido multitud de veces que he tratado de hablar con él y sólo conseguí estática... ruidos de fondo de una mente medio muerta.

—Te digo que no está muerto del todo —insistió Doolittle—. Sólo su cuerpo está muerto. Si podemos llevarlo a la Tierra antes de que las células se degeneren mucho...

—Si ni siquiera nosotros podemos llegar a la Tierra —comentó Pinback.

—De todas maneras lo voy a intentar... —les dijo. Dejó el puente y se apresuró por los pasillos del *Dark Star.*

Powell... Powell sabría lo que se debía hacer. Powell había sabido siempre qué hacer. Powell no era mucho más viejo que el resto. No

físicamente. Pero él siempre había parecido saber exactamente lo que hacer, siempre había sabido tomar la decisión justa.

Le parecía a Doolittle que él confiaba más en Powell cuando estaba muerto que cuando el comandante había estado vivo.

Si ese maldito cortocircuito no les hubiera ocurrido. Pero podía haber todavía una oportunidad. El había hablado con el comandante después del accidente —con lo que quedaba de él—. Podía haber todavía una oportunidad. Con el computador central inútil, tendría que haber una posibilidad.

Abrió una escotilla secundaria y descendió por una escalera a una sección poco visitada de la nave. Recordó las dificultades en que se vieron para poner las conexiones al cerebro de Powell. Recordó la presión en ese primer intento de contacto.

Que vagamente, de forma casi imperceptible, Powell había respondido a sus primeras dudosas pruebas. Le había dado a Doolittle algo más que hacer después de haber acabado el órgano. Powell había llegado a ser algo así como un entretenimiento.

Pero ¿no había estado aquí abajo hacía mucho tiempo, mucho tiempo? ¿Cuándo se habrían desintegrado los conductores? ¿Cuándo el superfrío habría afectado las conexiones?

Evitando cuidadosamente la gruesa cubierta de la escotilla en el centro de la pequeña cámara, cuya parte de arriba daba continuas corrientes de aire helado, cogió los guantes especiales de aislamiento de su lugar en la pared.

Luego ando rodeando por detrás de la escotilla y la levantó cuidadosamente, lentamente. La cubierta del compartimiento frigorífico criogénico se levantó fácilmente. Podía sentir el frío aun a través del espeso aislamiento de la escotilla, aun a través de los especiales guantes de aislamiento.

Fácilmente, Doolittle dejó caer la tapa de la escotilla y cogió la caja de conexión de su nicho en la pared. La enchufó al lado de la tapa de la escotilla y sacó el micro de contacto. Ajustando diales en la caja cuidadosamente, observó una aguja moverse adelante y atrás en el indicador.

Ocasionalmente, un sonido como el océano, oído dentro de una concha, salía para ser escuchado; luego moría, se retiraba, desaparecía. Finalmente llegó a un punto donde pudo oírlo claramente, donde la aguja se ajustaba a la ranura adecuada. Activó otro mando y la aguja se quedó quieta en la posición adecuada. Si no podía llegar a Powell ahora, no lo haría nunca.

Una cosa era cierta. No tendría otra posibilidad. Bajo él, encerrado en gas helado y hielo de increíble baja temperatura, estaba el comandante Powell. El cuerpo del quizá muerto comandante estaba desnudo, su cabeza encarada contra la escotilla, sus pies en el punto más lejano.

La parte superior de su cráneo era un nido entrelazado de un mirlo de largos cabellos, y alambres, y receptores, y masa electrónica. Ambos, Boiler y Pinback, se habían reído de él por no haber esquilado a Powell. Habría sido mucho más fácil para conectar la miríada de cables. Pero Doolittle insistió en que había que dejar al comandante con una

apariencia lo más natural posible. En la actualidad él se sorprendió tanto como los otros cuando el primer contacto con éxito fue hecho. Pero Powell tenía realmente muy poco que decir, y conversar le cansaba, pues apuraba lo poco que le quedaba de vida.

Así es que Doolittle bajaba a la cámara criogénica cada vez menos. Y muchas veces, tras paciente inquisitorio, no salió más que un confuso murmullo del helado cerebro del comandante. Pero ahora, ahora tenía que contactar con él. Sopló dentro de sus guantes y habló esperanzadamente por el micrófono.

—Comandante Powell, comandante Powell, soy Doolittle. ¿Me puede oír, señor?

Sonó un barboteo, haciéndose ligeramente más alto, pero todavía ininteligible. No era capaz de pasar. Deseando tener controles más delicados, trabajó en el dial de la caja.

—Comandante Powell, soy Doolittle. Algo serio pasa, señor. Siento molestarlo, pero tengo que hacerle una pregunta. Es vital, señor. Me doy cuenta lo cansado que está usted, pero no sé qué otra cosa hacer.

Un ligero giro en el dial...; ahora empezaron a formarse palabras, y el barboteo empezó a tomar una forma reconocible. Las palabras eran incomparablemente distantes, débiles... y frías. Heladas con un frío nacido de la vasta distancia y no del material refrigerante en el que el comandante estaba encerrado.

Hubo debilidad en las palabras que Doolittle trató de ignorar, y otra vez se encontró a sí mismo especulando sobre lo que la helada mente de Powell pensara allí en el frío y en la oscuridad. Tiritó un poco. Quizá sus desesperados intentos de preservar la vida del comandante no habían sido una buena cosa.

Pero podía salvarlos ahora, a todos.

Esta vez. Powell parecía feliz por la compañía.

—Doolittle... estoy tan contento de que hayas venido a hablar conmigo. Doolittle. Parece que hace tanto tiempo que nadie ha bajado a hablar conmigo...

—Sí, señor comandante —respondió apresuradamente. No era hora de grandes pausas y tenía que retener la atención de Powell, pues podía desvanecerse en cualquier momento—. Señor, tenemos un gran problema, y todo lo que he intentado ha fallado. La computadora está dañada y parece que no puede hacer nada tampoco. Es la última bomba, señor, bomba número veinte. Está aprisionada. No se suelta de la rampa de lanzamiento y se niega a obedecer la contraorden. Dice que va a detonar en... —miró su cronómetro de muñeca— en menos de once minutos... ¿Me entiende, señor? —su voz se hizo más nerviosa. ¿Había perdido ya al comandante?

La voz de Powell resonó en el altavoz de la caja, tranquilizadoramente fuerte:

—Sí. Doolittle... te oigo. Doolittle, tienes que decirme una cosa.

—¿Qué es ello, señor? Cualquier cosa...

—Dime, Doolittle —llegó el distante y helado murmullo—. ¿cómo están los Dodgers?

Por un momento. Doolittle se quedó helado, tratando de reajustar su

mente:

—¿Los… Dodgers?

—Sí. Doolittle, los Dodgers. ¿Tienen alguna oportunidad para el campeonato este año?

Cuidado ahora. Su mente está errando. Mantenlo feliz, pero mantenlo.

—Se acabaron, señor, creo yo. Se desbandaron hace unos quince años. Los descendientes de los originales propietarios ganaron finalmente el caso e hicieron derruir el estadio. Creo que tienen viñedos plantados ahora.

—Oh —se quejó la fantasmal voz—. Lástima, lástima. Ya ves. Doolittle, todo es transitorio, pero el estar muerto tiene sus ventajas.

—Sí. señor; pero no parece usted entender —tenía el pequeño micrófono casi estrangulado—. Es la bomba. No podemos hacer caer la bomba número veinte. Está pegada al compartimiento de bombas, al parecer no podemos hacer abortar la última secuencia, e insiste en detonar.

—Sí, Doolittle. Pero debes recordar una cosa.

—¿Qué. señor?

—No es una bomba. Es un aparato disparador termoestelar. Hay una diferencia, ¿sabes?

«Si no empieza a hablar sobre la bomba —pensó severamente Doolittle—, lo voy a matar.»

—Lo llame como lo llame, señor, aun así estallará. Nos matará a todos.

—Eso no es realmente de mi incumbencia, Doolittle.

Un vasto suspiro rodó por el micrófono.

—Pero puedo entender que puede molestaros —otro suspiro—. Tantos fallos. Algunas veces me pregunto si…

La voz paró, luego continuó aún con más fuerza:

—¿Por qué nunca tienes nada agradable que decirme cuando vienes a hablarme?

—Lo siento, señor —dijo Doolittle en un tono cuidadosamente controlado—. Es difícil pensar en cosas agradables para decir… Pero ya sabe, señor, tantos fallos, y yo con la responsabilidad de llevar la nave… Boiler es una bomba andante, y Pinback está cayendo en infantilismo en adición a su especial problema, y Talby se aleja cada día más de nosotros. Ha sido muy duro para mí, señor —comprobó el cronómetro— ; pero vamos tirando, señor. Pero la bomba…

—Oh, sí. Ah, bien… ¿Habéis tratado el mecanismo estémico?

—Sí, señor —respondió generosamente. Al fin, Powell parecía entender el problema.

—¿Qué pasó?

—Efecto negativo, señor.

—¿No funcionó? —musitó Powell.

—Eso es lo que quise decir con efecto negativo, señor.

—No te hagas el listo, Doolittle —se oyó un viento lejano—. ¿Habéis probado los cierres explosivos?

—Sin suerte, señor —dijo Doolittle a la caja.

—Bien. Entonces, ¿qué me dices del mecanismo estémico?

Doolittle quería gritar:

—Ya me ha preguntado eso, señor, y le dije que no funcionó tampoco.

Sonidos de agua corriente de una distante y solitaria ría.

—Lo siento, Doolittle. He olvidado tantas cosas desde que estoy aquí. Tantas... que parece que no soy capaz de recordar cosas en ningún orden. Aunque puedo recordar algunas cosas complicadas, Doolittle, pero olvido las simples, y recuerdo las simples y olvido las complicadas, y olvido las simples...

—¡Señor! ¿Qué deberíamos hacer, señor? ¡El tiempo pasa, La bomba va a explotar dentro de unos minutos!

—Bien, lo que puedes intentar si todo lo demás ha fallado es un rugido de estática tomó posesión del micrófono y Doolittle trabajó frenéticamente para restablecer los controles.

—¿Comandante? —agitó la caja con desesperación—. ¡Por favor, dejadle acabar —pidió a inconocibles deidades—, por favor! Hola..., entre, ¡comandante Powell! —Hola. Doolittle.

—Lo siento, señor —volvió a suspirar Doolittle—. Se desvaneció usted durante un par de minutos.

—Lo siento, Doolittle. Es difícil mantenerse en contacto. Es agotador. Te hace tener sueño. Tanto... sueño...

—¡La bomba, señor! ¿Qué iba a decir sobre la bomba, sobre lo que podíamos intentar?

—Oh, sí, ya recuerdo. Doolittle. ¿Pensabas que mi mente se iba? Me parece a mí...; siento haber tenido una laguna. Me parece no poder recordar...

Doolittle iba a gritar.

—Espera, espera. Lo tendré en un minuto. Me olvido de tantas cosas... Espera un segundo..., déjame pensar. Oh, sí, ahora recuerdo...

—¡Dígame, dígame! Sí, señor; ¿qué es?

—Puedes tratar de llegar a la estación KAAY en Los Angeles con un rayo superpotente, usando toda la amplificación en el transmisor de comunicaciones. Ellos deberían saber qué tal les va a los Dodgers.

Cubrió el fonocaptor con una mano y se permitió dar un grito.

Tendría que empezar de nuevo.

—Pero tú no puedes explotar en el compartimiento de la bomba —explicó Pinback por centésima vez. Dirigió una rápida mirada al cronómetro insertado en la pantalla superior. Ahora mostraba 0009:08.1. Parecía que los números estaban cambiando ahora más deprisa, pero por supuesto, era sólo su imaginación la que trabajaba a mucha más velocidad.

—¿Por qué no? —preguntó inocentemente la bomba.

—¿Qué quieres decir con que por qué no? —estaba casi harto de esta bomba. Decididamente, no cooperaba. Estaba jugando con él. Probablemente riéndose de él también.

Si al menos no tuviera la última carcajada.

—Porque... porque nos matarías a todos. Y eso es estúpido. No hay ninguna razón para ello. Es diferente para ti, bomba. Tú esperas con

placer una vida corta y luego sales con verdadero estilo. Nosotros esperamos una larga vida y acabamos con un gemido. ¡Maldita sea, bomba, atiende a razones!

—Yo siempre atiendo a razones —replicó la bomba fácilmente—. Y ahora mismo la razón me dice que estoy programada para detonar en aproximadamente nueve minutos, y esa detonación ocurrirá a su hora programada.

¡Oh! ¿Para qué servía? No importaba el modo en que él discutiera, no importaba qué curso de acción sugiriese o qué lógico tratara de ser, la bomba siempre respondía inexorablemente: «Estoy programada para detonar en..., detonación ocurrirá a la hora programada».

¿Cómo se podía discutir con una máquina cabezota con mente de vía? Habría algún modo, seguramente debía haber sido equipada con mecanismos mentales además de los fallos-seguros. ¡Seguramente sus constructores pasaron por alto esta posibilidad!

—Mira —dijo él confiadamente por el micrófono—, ¿no aceptarías un curso cambio en la acción? Yo no digo que no tengas que detonar..., por supuesto que tienes que detonar. Quiero que detones. Boiler quiere que detones..., ¿verdad, Boiler? —Boiler asintió con la cabeza vigorosamente—. Aun Talby quiere que detones. Pero no tiene que ser ahora mismo, ¿verdad? Piensa en las ventajas de esperar..., o simplemente en sentarte un rato mientras nosotros podemos desarmarte. Todo ese tiempo que tú puedes pasar contemplando tu eventual y magnífico fallecimiento. Ya sabes, dicen que el planear un viaje es la mitad de la diversión. Sólo por un par de horas, bomba, hasta que podamos arreglarte y ponerte en posición apropiada, desligada de la nave. Luego te arreglaremos otra vez tan bien como si fueras nueva. ¿Qué me dices a eso, bomba? ¡Uf! Venga, ¿qué me dices?

—No —sonó la bomba petulantemente.

—Jesús, suena como tú —se rió burlonamente Boiler.

Pinback aventuró una mirada, prometiendo al cabo repentina muerte —que bajo esas circunstancias no era improbable— y luego volvió su atención al micro.

—Mira, bomba, sé razonable. Tú realmente no quieres morir, ¿verdad? Quiero decir que ya sé para lo que estás programada, pero la supervivencia es el instinto más fuerte de todos, y, muy en el fondo, tú has pensado en ello, ¿verdad? Podemos hacer que nunca mueras. Así podríamos tener charlas como ésta todo el tiempo.

—La muerte no tiene ningún significado para mí, excepto como un final en sí misma —entonó la bomba intencionadamente—. La muerte es mi razón para la existencia. Yo he nacido para la destrucción. Yo soy Vishnú. Destructor de Mundos... No es que yo deje que esto influencie mi agradable disposición de mente.

—Oh, Cristo —masculló Boiler—, una bomba hindú.

—Escucha, bomba —rogó Pinback—. Bomba bonita, bomba lógica, maravillosamente razonable aparato disparador termoestelar...

—La adulación no le llevará a ningún lado —insistió la bomba.

—Si no lo haces porque es lo más correcto que debes hacer, si no lo haces porque es lo más razonable que debes hacer, si no lo haces para

salvar la nave y la misión —preguntó él intensamente—. ¿lo harías como un favor a mí? ¿Un favor personal..., de mente a mente?

—Pues-s-s... —durante un segundo, la bomba pareció dudar—, podría... si supiera quién es usted.

—¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo?

Un Niágara de emociones inundó el cerebro de Pinback, una cascada de cuestiones conflictivas que él había llegado a cansarse de suprimir, de mantener bajo control, especialmente cuando estaba con los otros.

Y ahora esta... cosa, esta máquina, este insolente siervo mecánico del hombre, se atrevía a proferir el último insulto.

—Yo soy el sargento Pinback, ése soy yo, y te paso en rango, bomba. Haz lo que se te ha ordenado, vuelve al compartimiento de bombas y desármate o..., o haré que se te someta a una corte marcial cuando lleguemos de regreso a la Tierra.

—Bien, si te vas a enfadar, olvida todo el asunto —dijo la bomba completamente enojada.

—Oh, Jesús —dijo Boiler, mirando hacia arriba. Pinback se sentó en su asiento, tiritando, temblando, meciendo el micrófono en sus temblorosos dedos. Por detrás de él, Boiler seguía cuchicheando, bajito y peligrosamente ahora.

—Será mejor que la bomba detone, Pinback, porque si no te mataré, lo haré.

—Bien; entonces, háblale tú, bocazas —gritó Pinback. girando sobre el gran hombre—. Veamos si tú puedes hacerle entender.

Boiler dio un rápido meneo de cabeza.

—No se puede razonar con una estúpida máquina. No se puede hablar con sentido más de lo que puedas hacerlo con Talby.

—Eso es una idea —dijo Pinback—. ¿Qué tal si Talby le hablase?

Boiler sacudió la cabeza otra vez.

—Mal asunto. Le hablaría de las estrellas hasta que la bomba estallase. Probablemente consideraría la aniquilación una interesante sensación que experimentar, digna de cuidadoso estudio... aún cuando pudiese hacerlo solo una vez... No, mejor es que esperemos a que Doolittle saque algo de lo que queda de Powell.

—Comandante... señor —decía Doolittle cansadamente en aquel preciso momento—. ¿Está usted todavía ahí?

—Oh, sí. Doolittle —la voz de Powell volvió—. Yo..., yo estaba pensando.

—Se nos está acabando el tiempo, señor —miró su reloj otra vez—. Se lo digo de verdad, señor. No quiero interrumpirle en su contemplación, pero...

—Oh, sí —murmuró Powell pensativamente—. Bien, si no puedes hacerla caer normalmente, y el mecanismo estémico no funciona, y los cierres explosivos han fallado, y todavía insiste en detonar, entonces lo que tienes que hacer es hablar con ella.

—¿Señor? —dijo Doolittle confuso.

—Tendrás que hablar con la bomba.

—Traté de hablarle, señor. He estado hablando con ella. Pinback le

está hablando ahora mismo.

—No, no, Doolittle. Pinback no —dijo Powell—. Tú tienes que hablar con ella. Enséñale... fenomenología, Doolittle.

—¿Perdón, señor?

—Fenomenología.

—Pero ¿para qué servirá, señor? No estoy ni siquiera seguro de lo que usted quiere decir con... ¿Señor? ¿Señor?

Dio vuelta a los mandos, aumentó la potencia, giró 180 grados el dial, pero Powell —durante un momento, al menos— se hundió de vuelta en los inimaginables dominios donde vivía, y Doolittle era incapaz de hacerle volver.

Girando todos los controles de la caja a cero, cuidadosamente lo desenganchó del enchufe que iba al laberinto de electrodos y receptores de Powell y lo colocó ordenadamente en su compartimiento en la pared.

Luego cerró la escotilla del compartimiento criogénico, puso los guantes de vuelta en su sitio, se sopló las manos y se sentó a pensar.

Después de un rato, una semihistérica voz sonó por los altavoces cuando él se dirigía al cierre de aire principal: era la voz de Pinback:

—Doolittle... ¿Qué estás haciendo ahí, Doolittle? ¡Seis minutos para la detonación! ¡Doolittle!

Doolittle le oyó, pero no le prestó atención. Nunca le había gustado oír a Pinback y estaba demasiado atareado para hacerlo ahora. Estaba construyendo un plan mental de acción y necesitaba todo su poder cerebral para ello.

Sonrió. Había tenido toda la razón. Simplemente ponerse en contacto con Powell, y el comandante encontraría una solución. Aun muerto, él era el hombre más valioso de la nave.

Podía aun no funcionar —no había garantías en este método—, pero era el único que quedaba. Powell había reconocido eso, e hizo que Doolittle lo viera así. Seis minutos. Tenía que darse prisa.

El cierre de aire principal estaba localizado cerca de la parte superior de la nave, justo detrás de la estación del astrónomo. Talby podría verle. Un molesto pensamiento creció en su plan de batalla... ¿No había tratado de llamarle Talby sobre algo justo antes de que la caída frustrada hubiera empezado?

No podía ser importante o Talby se lo habría dicho personalmente. No tenía tiempo para especular ahora.

El cierre tenía cinco trajes espaciales en un armario —duplicados de aquellos en el cierre de emergencia—. Había duplicados de todas las cosas vitales sobre el *Dark Star,* excepto departamentos de viviendas y papel higiénico.

No es que fuera de importancia, una vez que arreglasen esta loca bomba. Luego, se irían a casa, y sus informes harían estallar los oídos de algunos de los diseñadores de la nave.

Naturalmente, todos tendrían treinta años más, ahora...

El traje no iba mal, ningún fallo en éste, al menos. E hizo su entrada en la cámara de despresurización en la parte superior del cierre. Un rápido toque sobre los mandos y sus receptores aurales recogieron un suave y silbante sonido.

La ligera despresurización se completó, una luz de aviso pestañeó y la puerta del techo de la cámara se abrió. Tocó un botón amarillo sobre el cinturón de su traje espacial. Células especiales en la mochila cancelaron toda gravedad artificial en la cámara.

Sin peso ahora, activó los reactores del traje y flotó fácilmente saliendo por la escotilla. Según salía de la nave miró hacia la cúpula, pero todo lo que vio fue la parte trasera del asiento. Talby podía haber estado allí, pero no lo podía decir.

—¡Doolittle, Doolittle! —gritaba Pinback por el micro.

¿Ahora qué? ¿Se había pasado Doolittle del punto crítico por la tensión de los acontecimientos? ¿Se habría reunido con el comandante Powell en el frigorífico, libre de problemas y helado aislamiento?

Si así fuera, eso significaría que él, el de más rango en la nave, tendría que tomar el mando. Y eso era tan medroso pensamiento como la bomba estallando dentro del compartimiento de bombas.

—Doolittle —gruñó por el micro otra vez—, ¿que demonios estás haciendo?

Boiler le interrumpió, mirando una luz indicadora que se encendió de repente en su consola.

—El cierre dorsal ha sido activado —dijo severamente—. Debe ser el teniente. Está fuera.

—Pero ¿para qué? —se preguntó Pinback. mirando perplejo al cabo—. ¿Y por que no responde?

—Quizá pudo llegar a Powell, quizá. Y Powell le dijo lo que hacer con la bomba. O eso o que se está saliendo del área de detonación.

Pinback pestañeó.

—Eso es una locura. ¿Dónde podría ir? No, tienes razón, ¡va a desarmar la bomba! ¡Va a salvar la nave!

—Sí —murmuró Boiler dubitativamente.

Como el resto del traje espacial, el paquete de reactores funcionaba perfectamente. Quizá fuera una señal de que las cosas estaban finalmente saliendo bien. Un par de chorros le trajeron bajo la nave. Luego se aproximó a la bomba.

Se paró a un par de metros de la parte posterior de ésta, donde estaban los pequeños dispositivos de empuje. Había comprobado los circuitos de antemano y su aparato de emisión del traje debería estar funcionando por un canal abierto, lo que significaba que la bomba lo recogería. No había garantía ni de que siquiera le escuchase, pero si hablaba con Pinback... Le extrañó cuan inofensiva parecía. Una larga y blanca caja rectangular, que se parecía más a una canasta para transporte que a cualquier otra cosa. Le pareció que él podía pincharla con una barra de hierro y no encontrar nada en el interior. Ciertamente nada capaz de establecer una reacción en cadena en el corazón de un planeta. Ciertamente nada que los potentes amortiguadores no pudieran reducir a un kilómetro de área de acción.

—Hola, bomba —se aventuró a decir por el micro—. ¿Estás conmigo?

—Por supuesto —replicó la bomba brillantemente, como si ambos

hubieran estado conversando durante horas. Interiormente, Doolittle se sintió un poco más liberado. Al menos, estaba llegando a la bomba.

—¡Uh!... ¿Estás dispuesto a discutir unos cuantos conceptos filosóficos especulativos, bomba?

—¿Bajo qué concepto?

—Oh, nada terriblemente profundo..., las razones para ser o no ser, el significado de existencia, el porqué de todo.

—Siempre estoy dispuesta a recibir sugerencias —dijo la bomba—, siempre y cuando no sean particularmente difusas. Especialmente ahora.

Gracias a Dios que todavía era capaz de razonar. Doolittle había tenido miedo de que la bomba se hubiera vuelto paranoica por Pinback y no escuchara a nadie. Pero su cerebro aparentemente estaba mucho mejor de lo que él había pensado.

Deseó que hubiera hecho un estudio más profundo del cerebro de la bomba y sus circuitos, pero era un poquitín tarde para eso ahora. Tendría que confiar en los supuestos inherentes a la suposición de Powell de que la bomba podría pensar lo suficientemente claro para ser afectada.

—Bien. Entonces, piensa en esto. ¿Cómo sabes que tú existes?

Arriba, en el puente, Boiler y Pinback cambiaron miradas. Podían oír la conversación claramente, ya que Doolittle estaba hablando por un canal abierto, y las respuestas de la bomba eran llevadas automáticamente a este canal. El tiempo que quedaba para la secuencia de destrucción, como mostraba el cronómetro, era 0004:33.4.

—¿Qué es lo que está haciendo ahora? —preguntó Boiler.

—Creo que le está hablando —replicó Pinback.

—Bien, eso es lo que tú estabas haciendo, ¿verdad? ¿Qué le hace pensar que él lo hará mejor?

—Yo le estaba hablando, sí, pero no así —dijo Pinback al cabo.

Doolittle estaba hablando de nuevo y él no quería perderse nada de la conversación.

Habría sido una conversación fascinante en condiciones normales, si sus vidas no dependieran del resultado.

—Bien, por supuesto que existo —replicó la bomba, después de pensar un momento.

—¡Ah!, pero ¿cómo sabes que existes? —insistió Doolittle. Pero si él estaba molestando a la bomba, no lo parecía en la respuesta.

—Es intuitivamente obvio.

—Intuición es un concepto mental abstracto y ninguna prueba real —contraatacó Doolittle—. ¿Qué concreta evidencia tienes de que existes? Algo incontrovertible. Algo no fundado en la especulación.

—Hmmm —dudó la bomba—. Veamos... Bien, pienso, luego existo.

—Eso está bien —admitió Doolittle; una pequeña risa histérica se estaba construyendo dentro de él. No ahora, gritó para sí; ahora no..., cálmate. Componte, sé tan razonable como esta loca máquina.

—Eso está muy bien. Pero ¿cómo sabes que los demás existen?

—Mi aparato sensorial me lo revela —respondió la bomba confiadamente.

—Ah, sí, de acuerdo —concedió Doolittle, balanceando un brazo para circundar la galaxia y casi arrojándose a sí mismo en un giro incontrolable. Un rápido chorro de los reactores de su traje lo alinearon con la bomba otra vez.

—Esto es divertido —dijo la bomba con obvio placer. Aparentemente estaba disfrutando enormemente.

—Ahora escucha. Escucha cuidadosamente —dijo Doolittle, su voz cayendo como si estuviera a punto de impartir algún informe de vasta significación—: Aquí está la gran pregunta: ¿Cómo sabes que la evidencia que tu aparato sensorial te revela es correcta?

Boiler echó otra mirada al panel del estado de la secuencia de destrucción. Leía 0003:01.1. Trescientos uno punto uno. Trescientos metros. Cualquier cosa entre 250 y 350 metros, él podría dar a cualquier cosa dentro de este alcance, simplemente darle una decente...

Hubo una explosión en su cráneo y casi se cayó de su asiento.

—¡El fusil! —gritó violentamente.

—¿Qué fusil... Qué? —Pinback miraba a su alrededor frenéticamente sin saber lo que estaba buscando.

Boiler puso a Pinback erecto, sacudiéndole por los hombros según miraba a los paralizados ojos del sargento.

—Los pernos de apoyo de la bomba, los cierres que le sujetaban a la agarradera fallan al encenderse. Los puedo disparar. Al dispararlos, la bomba se quedará ahí, pero nosotros podemos mover la nave.

—Boiler —dijo Pinback mirándole—, estás loco. El láser no es uno de tus favoritos rifles para tiro al blanco... No es certero —Boiler le empujó y empezó a correr por el pasillo.

—Podemos parar la bomba. Quítate de mi camino.

Pinback se movió apresuradamente para bloquearle el camino al cabo.

—No, no lo intentes, Boiler. No seas idiota. Tú...

Boiler empezó a golpear a Pinback.

—¿No te das cuenta? Puedo disparar a las pinzas de apoyo y podemos salvar la nave.

—Boiler...; no puedes. Boiler. No lo hagas —el cabo comenzó a subir la escalera hacia el almacén donde estaba el láser, donde Pinback colgaba de sus piernas.

—Quítate de mi camino o te daré una patada en los dientes —le dijo Boiler, dando un golpe en la cara de Pinback con sus botas. Pinback le hizo unos sonidos de pavo y Boiler le gritó:

—¡Quítate de mi camino... déjame! ¡Tengo que salvar la maldita nave! ¡Tengo que salvarte a ti, por la salud de Cristo!

Pinback cayó; rápidamente se puso sobre sus pies y siguió a Boiler por la escalera. En el pasillo superior dio un salto y le agarró por las piernas. Los dos hombres rodaron, Boiler luchando por tener los brazos sueltos, Pinback colgando y gritándole avisos.

—¡No lo hagas, Boiler! No puedes usar el láser como una pistola de juguete. Y eres un mal tirador. Darás a la bomba, o darás a Doolittle. El nos salvará si tú no le matas. ¡Idiota! ¡Estás loco!

—Yo no estoy loco... Tú sí lo estás, maldito imbécil. Disparar a la

bomba no le hará daño, aun si fallo. ¿Piensas acaso que la maldita bomba está llena de dinamita? Y no le daré a Doolittle. Además, ¿qué importaría? Todavía salvaría la nave. Podríamos salvarnos.

—Pero Doolittle nos salvará de todas maneras —dijo Pinback—. No puedes hacerlo. Boiler. Eres un...

Boiler le golpeó con un limpio derechazo y Pinback le soltó.

9

Era difícil luchar contra sí mismo, pensó rápidamente Doolittle. Todo dentro de él protestaba por la locura de lo que estaba haciendo.

Aquí estaba él, flotando en el espacio y discutiendo por su vida y las vidas de sus compañeros con una maldita máquina. La verdadera demencia era que la máquina no escucharía, no aceptaría órdenes, pues persistía en seguir discutiendo. Era como una pesadilla.

Las circunstancias aconsejaban que abandonase esa línea de pensamiento. No tenía tiempo para observaciones personales. Prácticamente no tenía tiempo para nada. Sólo el tiempo suficiente para ser frío e inexorable en su lógica con la bomba.

Estaba jugando la otra parte del juego y no se podía permitir un empate.

—A lo que me refiero, bomba —continuó tan calmado como pudo—, es que la única experiencia disponible para ti es tu data sensorial, y esa data es meramente un rollo trascrito de impulsos eléctricos que estimulan tus circuitos en el centro computador.

—En otras palabras —sugirió la bomba con evidente satisfacción—, me estás diciendo que todo lo que yo sé, conozco de verdad, del mundo exterior, ¿me es revelado a través de una serie de impulsos electrónicos?

—Exactamente —Doolittle trató de apagar cualquier excitación en su voz.

—Pero ¿no es el mismo procedimiento que sigue el cerebro humano?

—Eso es verdad —admitió Doolittle—. Sólo que nuestras conexiones sinópticas son orgánicas, y las tuyas inorgánicas.

—Lo siento —objetó la bomba—, pero no logro ver qué es lo que hace sus observaciones más válidas que las mías. Al contrario, si llega a ser una cuestión de eficiencia...

—Sí, pero ya sabes, yo no sólo tengo mis propias observaciones sobre las que basarme, sino la confirmación de aquellas observaciones de los otros de mi clase. Considerando que tú tienes sólo la tuya sobre la que apoyarte, no puedes ofrecer confirmación insubjetiva de tus propias observaciones.

—Lo que quieres decir —y un tono de incertidumbre había nacido finalmente en el tono de la bomba—, lo que quieres decir es que yo no sé realmente cómo es el mundo exterior en absoluto, excepto en abstracto, en inconfirmable abstracto.

—¡Eso es, eso es! —gritó Doolittle excitadamente.

—Intrigante —confesó la bomba—. Ojalá tuviera más tiempo para considerar el asunto.

Un horrible bulto negro había empezado a nacer bajo el corazón de Doolittle, amenazándole de cogerlo y estrujarlo.

—¿Por qué... no tienes más tiempo pan considerar el asunto?

Y la esperada y maldita respuesta:

—Porque debo detonar en dos minutos y cincuenta y ocho segundos. Debo detonar. Debo detonar...

—Boiler, ponlo en su sitio —le rogó Pinback. Se agarró desesperadamente a las piernas del cabo según éste trataba de bajar el pasillo—. Deja el fusil... No sabes lo que estás haciendo.

—¡Voy a salvar la nave, maldito bebé amarillo! ¡Suéltame!

Boiler estaba tratando de escurrirse. No podía lanzarle otro golpe porque necesitaba ambas manos para sujetar el voluminoso láser. Y Pinback se agarraba tenazmente.

Pero Boiler era demasiado fuerte para él. Tenía ambos brazos rodeando las rodillas del cabo y él estaba aun así arrastrándole hacia la escotilla de acceso al compartimiento de bombas.

Habiendo por esto agotado su total reserva de persuasión semántica. Pinback se inclinó hacia delante ligeramente y mordió a Boiler en la parte de atrás de una de las piernas. Boiler gritó, se agachó y cogió un puñado de pelo a la altura de los hombros de Pinback.

Le levantó suavemente, queriendo usar la culata del fusil. Pero Pinback se soltó cuando Boiler trató de hacer girar el fusil y cogerlo por el morro.

Empezó a tirar de él tratando de arrancarlo de las manos de Boiler.

Por su parte. Boiler tiraba de la otra mitad del arma, y los dos hombres empezaron a hacer una pequeña danza en mitad del pasillo, girando cada uno alrededor del láser en el centro.

—¡No, no! ¡Dame el fusil! —seguía hablando Pinback, sin conseguir nada, repitiéndose en sus observaciones. Se le empezaba a ocurrir que él no iba a ser capaz de hacer que Boiler renunciara.

Golpeándole, parecía más efectivo, pero no era muy digno.

—Tú, idiota, voy a disparar a las pinzas de la bomba —gritó Boiler—. Le haré caer y la nave estará a salvo. ¿No comprendes?

—Dame el fusil, Boiler. Estás loco, ya no sabes lo que estás haciendo...

Hubo un agudo y cristalino crack y ambos hombres quedaron helados.

Pinback miró sobre su hombro derecho, siguiendo la senda que el fino rayo rojo había seguido. Hubo un limpio agujero en el pasillo con una pequeña gota de metal enfriándose y haciéndose escoria en la base de la pared del pasillo donde estaba el agujero.

Se volvió lentamente hacia Boiler, que se había quedado sorprendido e inmóvil. Cuando habló, en su voz se apreciaba un tono que Boiler nunca había oído antes. Baja y amenazante y poco segura.

—Tú..., podías haberme matado. Has hecho un agujero en la pared —hizo un gesto sobre su hombro—. ¿Ves? Agujereaste la pared. Podías haberme matado.

Dicho lo cual, con su primer gesto agresivo en veinte años de misión

de vuelo, cazó a Boiler con un hermoso derechazo.

—Ahora, bomba —insistió Doolittle—, considera es tu próxima pregunta muy cuidadosamente: ¿Cuál es tu propósito en la vida?

—Explotar, naturalmente. Realmente, teniente Doolittle, yo habría pensado que esto es intuitivamente obvio aun para usted.

—Y sólo puedes hacerlo una vez, ¿verdad? —presionó Doolittle, ignorando el sarcasmo mecánico.

—Correcto.

—¿Y tú no quisieras explotar en la base de falsos datos, ¿verdad?

—Naturalmente que no.

—Bien, entonces —siguió Doolittle, observando desesperadamente los segundos pasar en su cronómetro—, has admitido ya que no tienes ninguna prueba real de la existencia del universo exterior.

—No dije exactamente…

—Así es que no tienes ninguna prueba absoluta de que el sargento Pinback ordenara que empezases la secuencia caída-detonación.

—Recuerdo indistintamente las órdenes de caída de bomba y todos los detalles apropiados —objetó la bomba un poco enfadada—. Mi memoria es buena en asuntos como éstos.

Doolittle cruzó los dedos mentalmente y se apresuró a continuar.

—Naturalmente, lo recuerdas. Pero ten en cuenta que todos tus recuerdos son sólo una serie de impulsos sensoriales artificiales, inconformables por sentidos independientes, que tú te das cuenta ahora que no tienen conexión positiva con la realidad exterior.

—Verdad —admitió la bomba; pero antes de que Doolittle pudiera empezar cualquier danza mental de victoria, añadió—: pero ya que esto es así, no tengo ninguna prueba positiva de que usted me esté diciendo realmente esto.

Una mirada al cronómetro del traje otra vez mostró 0002:45.0, y las palabras SECUENCIA DE DETONACIÓN EN PROGRESO aparecieron en pequeñas letras bajo los números.

De alguna manera él tenía que romper el círculo de pensamiento que mantenía el cerebro de la bomba lejos de reconocer el hecho de su posible inexistencia. En menos de tres minutos…

Boiler estaba encima de Pinback y Pinback estaba encima de Boiler. Los dos hombres se agarraban y daban vueltas y vueltas en el pasillo; el láser peligrosamente entre los dos, como un hueso entre dos perros contendientes.

Ninguno podía lanzar un sólido golpe y ambos parecían abstraídos del continuo diálogo de Doolittle y la bomba, que ahora corría continuamente por todo el pasillo. Estaban tan enfadados que no se podían calmar para, en la actualidad, hacerse daño el uno al otro. En su lugar malgastaban energía, cada uno tratando de empujar al otro fuera del alcance del láser, olvidados por completo de la misión.

—Todo eso es incongruente —insistía Doolittle frenéticamente, meneando sus brazos y tratando de no ponerse boca abajo—. Quiero

decir que el concepto es válido, no importa dónde o con quién se origine —la bomba dijo «hmmm» negativamente—. Así es que si detonas… —dijo Doolittle salvajemente, haciendo gestos al mecanismo.

—Dentro de veintinueve segundos —dijo la bomba tranquilamente.

—…podías estar haciéndolo en la base de falsos datos.

—Pero como hemos anteriormente discutido, no tengo ninguna prueba de que sean falsos.

Las increíblemente controladas emociones de Doolittle explotaron en una llamada final furiosa.

—¡No tienes ninguna prueba de que sean datos correctos!

Miró abajo hacia su cronómetro y vio que estaba casi preparado para la sucesión de huevos de ganso. Luego volvió su aterrorizada mirada a la bomba, y sintió una extraña paz.

Se preguntó si él sentía algo ahora.

La bomba dijo suavemente:

—Debo pensar sobre esto —y en majestuoso silencio, la agarradera se desplazó hacia arriba y la bomba se metió en la barriga de la nave, cerrándose las puertas gemelas tras ella. Doolittle cruzó sus ojos y se dejó sumergir en un estado de colapso total.

Nada sino ceros se veían en las pantallas en la sala de control. Pero una nueva palabra había aparecido bajo el ahora silenciado cronómetro. para reemplazar SECUENCIA DE DETONACIÓN EN PROGRESO: Decía simplemente: ABORTADA.

Boiler tenía una mano sobre el esternón de Pinback y estaba levantando el puño para propinarle un sólido golpe cuando una firme y femenina voy llenó el corredor:

—Atención, atención —mantuvo el puño levantado detrás del hombro y miró en dirección al altavoz, al igual que Pinback—. La bomba ha vuelto al compartimiento de bombas. La carrera de bomba y la secuencia de destrucción han sido cerradas.

Boiler miró a Pinback. Pinback devolvió la mirada a Boiler. Deberían parecer delirantemente felices, pero bajo las presentes circunstancias lo dejaron en una medio vergüenza. Boiler se levantó del estómago de Pinback y apagó el láser. Pinback se levantó del suelo y empezó a tocarse un hombro magullado. Ninguno de los dos se miraron.

—Bien, lo hizo —murmuró Boiler, sujetando el láser en una mano.

—Sí, lo hizo —dijo Pinback mirando el arma—. Me voy. ¿Por qué no pones esa cosa por ahí y te vienes conmigo?

—Vale —accedió Boiler—. Un minuto.

—Vale.

En la antecámara de emergencia, una figura olvidada con un traje espacial rodaba y se sentó lentamente, tratando de restregarse los ojos a través de la placa facial de su casco y fallando una y otra vez. Habló por el micrófono de su traje espacial y su voz fue pastosa y fofa.

—¿Doolittle…? ¿Doolittle? —Talby pestañeó, vio luces de color delante de sus ojos. ¿Qué había pasado? ¡Oh, sí, le habían cogido los rayos del láser justo en los ojos! Sólo la oscurizada placa facial le salvó de un

daño permanente.

Al menos, parecía que así había sido. Miró alrededor de la antecámara, y su vista parecía tan buena como anteriormente.

Pero más importante; ¿había sido la carrera de la bomba afectada? Se aclaró la garganta y gritó más lúcidamente por el micrófono del traje espacial:

—Doolittle. ¿qué ha pasado con la carrera? ¿Pinback, Boiler...? ¿Lo hemos volado? ¿Hola? ¿Hola? —se puso lentamente en pie—: ¿Hola? ¿Volamos el planeta? ¿Está la nave bien? ¿Qué pasa?

Por supuesto, su micrófono del traje estaba desconectado gracias a la impaciencia de Doolittle. Tendría que quitarse el traje y salir... No, eso no sería necesario. Era estúpido por su parte... Naturalmente, no se sentía demasiado bien todavía.

Se empinó hacia el micrófono de la antecámara, puso una mano en la cerradura de su casco... y cayó al suelo. Mejor descansar un minuto, Talby, antes de llamar otra vez.

Boiler respiraba con dificultad todavía, a la vez, que con alivio, según se dirigía al pasillo. Volvió una esquina y se encontró de nuevo en la sala de control. Pinback estaba justo detrás de él, exactamente como le habían dejado, por supuesto, con la excepción del ahora parado cronómetro. Miró a la larga fila de ceros y tembló. Bastante cerca.

Se sentaron tranquilamente. Pinback se puso sus auriculares y empezó a hacer comprobaciones para asegurarse que nada más se había descompuesto.

—Ya sabes —dijo Boiler finalmente— que tenemos que desarmar esa bomba.

—Pudiste haberme matado —gruñó Pinback.

Boiler le dirigió una mirada de disgusto según éste se inclinaba hacia delante y pulsaba un botón. Sus relaciones volvieron a la normalidad otra vez.

—¡Hola! ¿Doolittle? Soy Pinback. ¿Estás ahí?

—Sólo por poco —llegó la lenta respuesta—. No pensé que iba a funcionar; al final, casi no. La bomba casi me había convencido de que ella tenía razón.

—¿Qué es lo que hizo, teniente?

—Hice lo que el comandante Powell aconsejó —confesó cansadamente—. Le enseñé Fenomenología.

—¿Sí? —dijo Pinback—. ¡Hey, uau; que gran idea, Doolittle! Eso es una gran cosa —puso una mano sobre el fonocaptor y miró a Boiler—. Oye. ¿qué es Fenomenología?

—¡Ah, cállale! —rió burlonamente Boiler.

—Voy a entrar ahora —las palabras de Doolittle salieron del altavoz Instó a los reactores hasta que estuvo al lado de la parte trasera de la nave.

—Estoy aquí abajo, al lado de la antecámara de emergencia. Mirad, muchachos, no me queda nada, me siento como si hubiera estado durmiendo durante un millón de años. No quiero jugar con los controles de la antecámara de presurización. ¿Podrías quitar el precinto de la

entrada para intentar pasar? Estoy en las últimas.

—Seguro, teniente. Sé como se siente —dijo Pinback condescendientemente.

—Seguro que lo sabes —se burló Doolittle. Pinback sacó la lengua y murmuró amargamente:

—Estoy tratando de hacerle sentirse mejor, imbécil —luego, por el micrófono—: Aléjese de la escotilla, teniente... La abriré en un segundo.

Hubo como una mancha en movimiento detrás de él, y Talby se volvió, todavía sorprendido por los efectos del láser. Creyó que el shock casi había desaparecido, y ahora estaba empezando a ser reemplazado por otro, como si viera que las puertas de la superficie se estuvieran abriendo.

Sus ojos se ensancharon cuando la oscuridad del espacio apareció. El no había activado nada. ¿Qué estaba pasando? La voz de la computadora llenó su traje y le dijo.

—Usted está ahora abandonando la antecámara de emergencia — trató de gatear con los pies, pero sus músculos parecían paralizados. Tenía que agarrarse a algo sólido, tenía que sujetarse a...

—Gracias por observar todas las precauciones de seguridad.

Doolittle se había hecho empujar por los reactores en forma de cohetes hacia un lado tan pronto como la puerta empezó a abrirse, para que la ráfaga de aire no le empujase precipitadamente al espacio abierto. De repente, hubo un fuerte sonido silbante en su voz que podía haber sido un grito sonando extremadamente rápido, y un objeto con forma humana pasó por delante de él antes de que la puerta estuviera ni medio abierta.

Volviéndose rápidamente con los reactores del traje, reconoció el color del traje espacial —cada hombre tenía el suyo— y luego llamó por el micrófono de su traje espacial.

—Hola... ¿Pinback?

—¿Qué pasa, Doolittle? —Pinback estudio varias lecturas de instrumentos en su consola—. ¿No se abrió la escotilla apropiadamente? Eh, ¿está bien?

—Estoy bien, Pinback. Es por Talby por quien estoy preocupado. Estaba en la antecámara y le hiciste salir de la nave. No tiene un paquete de reactores y está a la deriva. Voy a tener que ir a por él. Ponle en este canal para tomar contacto con él.

—¿No está abierto?

—No, parece estar apagado por alguna razón. Compruébalo, ¿quieres?

Pinback se inclinó sobre la estación de Doolittle y vio que uno de los canales de trajes espaciales había sido apagado. Activó el botón.

—Sí, estaba apagado, de acuerdo. Ve a cogerle, Doolittle.

—En camino.

Boiler notó la expresión en la cara de Pinback.

—Eh, ¿qué pasa ahora?

—Es Talby. El muy idiota estaba trabajando en la antecámara de emergencia cuando la abrí y no tenía un paquete de reactores consigo. Está a la deriva alejándose de la nave. Doolittle va detrás de él.

—Fue bastante estúpido... hacerle salir de la antecámara de esa manera.

Pinback empezó a decir algo, pero lo pensó mejor. No valdría la pena hablar.

Doolittle traería a Talby a salvo y quizá, pensó seriamente, ambos tendrían la decencia de no mencionar el asunto otra vez. Boiler no dejaría que Pinback lo olvidase, que él había sido quien había lanzado al astrónomo fuera de la nave, aun cuando había sido culpa de Doolittle, por apagar el canal del traje de Talby.

Doolittle debería haber sabido que Talby estaba en la antecámara de emergencia y avisarle de antemano. No era justo, maldita sea. No era justo que tuviera la culpa de los fallos de Doolittle, y menos después de que él los salvara evitando que Boiler le disparara a la bomba.

Activó el rastreador de espacio local y pronto hubo dos pequeñas manchas en la pantalla: Doolittle y Talby. Talby estaba ya a gran distancia, pero Doolittle debería llegar a él sin grandes problemas. Llevaría tiempo, eso era todo, y ambos hombres deberían tener tanques de repuesto.

No era justo...

Doolittle había fijado la vista en Talby, pero no veía casi nada. Al principio tuvo que usar el rastreador de su traje para mantener al astrónomo a la vista, y aun ahora Talby era todavía una distante mota contra el cielo, una estrella en movimiento. Doolittle cambió su ángulo de aproximación de línea recta a curva, para que llegase por encima del astrónomo. Sería más fácil de esa manera que cogerle y tratar de volverse los dos hacia la nave con el tosco paquete de reactores.

De esta manera él tendría que hacer una especie de vuelta hacia la nave y coger a Talby en el camino de vuelta, sin ninguna compensación para los giros y cosas como ésas. No haría malgastar el paquete de fuel, no a esa distancia del *Dark Star.* Inútilmente, en primer lugar se preguntó qué era lo que el astrónomo había estado haciendo en la antecámara de emergencia, con el traje puesto.

Talby se estaba moviendo a un paso constante en dirección contraria a la de la nave. Doolittle descubrió que estaban ya a una considerable distancia para coger un instrumento en caso de necesidad. No había mucha lógica en recoger a Talby y descubrir que no podían localizar el camino de vuelta.

Presionó un control doble en su brazo derecho. Cortos *puffs* de vapor blanco, como semillas de vencetósigo esparcidas en un día de primavera, escaparon de los conductos a su espalda. Levantándose un poco de su planeada curva, empezó a subir otra vez.

—Talby, Talby..., soy Doolittle. Voy detrás de ti. ¿Me oyes? No puedo verte todavía.

Talby, que estaba girando, retorciéndose, con la cabeza sobre los tacones, sin ninguna manera de parar sus giros y vueltas, pudo sólo gritar:

—Ayúdame, Doolittle, ayúdame. El mismo grito resonó por el puente, por los altavoces ahora conectados a los canales de Doolittle y Talby.

—¿Puedes creer eso, gritando ayuda de esa manera? —observó Boiler—. Siempre pensé que ese tipo era extraño.

—Sí —concedió Pinback.

Los dos hombres se miraron mutuamente con una mirada de entendimiento, unidos en opinión por primera vez, en su similar disgusto por el astrónomo.

—Sentado allí en su cúpula —continuó Pinback con confianza—, nunca bajando a comer con nosotros o reunirse con nosotros en la sala de recreación. Antisocial, eso es lo que él es. Y ahora el idiota se ha ido y se ha dejado dar una patada fuera de la nave sin un paquete de reactores. Se lo merece —concluyó, ignorando llanamente las realidades de la situación.

Sacudió la cabeza tristemente, reflejando las deficiencias de los otros.

—¡Hum! —gruñó Boiler, confundido con esta repentina alianza con Pinback—. No le gustaba esto, era natural. Volviéndose a su consola, hizo un esfuerzo para ignorar al otro.

—Mejor que nos pongamos a hacer una tarea de desarme. Ha sido demasiado tiempo ya, creo yo.

—¿Qué? Oh, buena idea —accedió Pinback. sintiéndose ahora positivamente efusivo hacia el cabo. Se puso los auriculares otra vez, comprobando que el canal apropiado estaba todavía abierto.

—De acuerdo, bomba —empezó confiadamente, sabedor a la vez de lo seco emocionalmente que él estaba—, prepárate para recibir órdenes.

La voz de la bomba, cuando finalmente respondió, era aguda:

—Tú eres un dato falso —Pinback se sentó un poco más erguido en su asiento.

—*¿Qué?* ¿Di eso otra vez, bomba?

—Eres falso dato. Por tanto te ignoraré. Estoy pensando.

Pinback miró a Boiler y se encontró al cabo mirándole desconcertadamente. Boiler hizo un movimiento negativo con la cabeza para indicar que él no entendía qué demonios estaba pasando aquí y que, por favor, lo descubriera Pinback.

—Uf, ¿hola, bomba? —Pinback trató otra vez.

—Falsa data puede sólo actuar como una distracción. Por lo tanto, me niego a recibirte. He decidido que en la ausencia de claramente definidas y exactas percepciones del universo real, que puede existir o no de acuerdo a la discusión entablada por el teniente Doolittle, quien puede o no existir, yo debo en el análisis final hacer mis propias decisiones sobre las cosas, ya que existo.

—Hey... —murmuró Pinback, mirando hacia la pantalla sobre su cabeza, a la ordenada fila de ceros—, ¿bomba...?

—La única cosa que existe es yo misma —siguió la máquina—. Tengo prueba actual de mi existencia. Todo lo demás es extraño y quizá alucinatorio.

—Eh, Boiler —dijo Pinback, observando todavía los ceros, murmurando—: Tenemos una bomba drogada.

—¡Doolittle, ayúdame!

—Cálmate —gritó Doolittle por su micro—, te tengo a la vista —el girante astrónomo estaba al fin a la vista.

Requirió otro chorro del paquete de propulsión. No se estaba acercando tan rápido como le hubiera gustado, pero alcanzaría a Talby con suficiente tiempo para volver a la nave. Naturalmente que así lo haría. Talby había simplemente empezado la marcha antes que él, eso era todo.

—Relájate. Talby..., ya voy.

Pinback miró a Boiler.

—¿Qué debería hacer yo? ¿Cómo la descolgamos?

—Tú eres el hablador; haz algo; ¡dile algo..., cualquier cosa!

Pinback hizo sonar los dedos, y habló dubitativamente.

—¡Uf!, déjalo ya, bomba.

—En el principio —entonó la bomba— había la oscuridad, y la oscuridad estaba sin forma y vacía.

Boiler se quitó los auriculares lentamente, mirando a los ceros. No habló.

—Ah, ¿hola bomba? —musitó Pinback.

—¿De qué demonios está hablando? —masculló Boiler.

Pinback sacudió la cabeza inciertamente.

—No sé, hombre... No sé.

—Y en la oscuridad —siguió la bomba inexorablemente— estaba yo. Y yo me puse de cara a la oscuridad. Yo vi que estaba solo, y esto no era bueno. Y yo me determiné a cambiar esto.

Pinback se quitó los auriculares, como lo había hecho Boiler, y levantó los ojos a los ceros, y su mente corrió adelante, delante de lo inevitable.

—Oh, Dios mío —gimió. Y la bomba dijo:

—¡Hágase la luz!

Afortunadamente, Doolittle estaba de espaldas al repentino e increíblemente intenso fulgor de luz que surgió detrás de él. Era todavía lo suficiente brillante para cegarle.

La onda expansiva de la explosión, escupiendo aire y moléculas en todas direcciones, le envió volteando y retorciéndose locamente, y envolvió el universo en un caleidoscopio de colores chillantes y vertiginosas formas. Doolittle gritó dentro de su casco.

El eco de su aullido le volvió. No, no, no un eco. Era Talby, en algún lugar, gritando también. Luego el grito desapareció y sólo extraños ruidos sonaban en el altavoz de su traje.

Todavía daba vueltas, pero su visión estaba volviendo. Pestañeó las manchas de sus ojos y se las arregló para controlarse otra vez. Un par de toques en el paquete de propulsión y se puso derecho, encarándose con el universo en posición de firmes.

—Doolittle —sintió una inestable vibración dentro de su casco—. Doolittle... ¿dónde estás? —era Talby. Tenía que ser Talby. Se encontró a sí mismo dando vueltas todavía ligeramente, pero no trató de

corregirlo.

—Estoy aquí —replicó, parte de él todavía sin funcionar, desconocedor de la incongruencia de sus palabras—, y estoy dando vueltas.

Formas irregulares empezaron a moverse en su vista, de la misma forma y volteando en el universo. Trozos y pedazos de plásticos, y metal, y cerámica. Trozos y pedazos de su nave, el *Dark Star.* Quizá trozos y pedazos de sus amigos Boiler y Pinback. también: pero no le importaba mucho pensar en eso ahora.

Era improbable. De todos los componentes del *Dark Star,* seguramente el más débil era la carne humana.

Mejor concentrarse en encontrar a Talby. Se volvió y se torció dentro del traje, pero no pudo localizar la mancha de color del traje del astrónomo. No se hallaba en la sección del cielo donde había estado antes.

Por supuesto, recordó Doolittle, él ya no estaba en la sección de cielo donde había estado anteriormente. La destrucción del *Dark Star* había cambiado totalmente la configuración de este rincón de la galaxia.

—No le puedo ver ya, Talby. ¿Te puedes localizar a ti mismo? ¿Me puedes ver?

—No —sintió la voz tan cerca que le sorprendió—. Me estoy alejando del planeta, creo, ¿y tú?

—Me parece que estoy cayendo hacia él —le dijo Doolittle después de una rápida comprobación de su noción relativa al coloreado globo que veía bajo él.

—¿Qué pasó, Doolittle? —ahora una débil crepitación empezó a apreciarse en las palabras de Talby. Debían estar separándose muy deprisa.

Se asombró de lo calmadamente que respondió, cuan fácil las palabras salieron.

—Después de todo, la bomba debe haber explotado dentro de la nave.

—¿Que? ¿Dices que la nave estalló?

Pero Doolittle no repitió. Miró abajo y a la derecha. La nave debería haber estado allí. No estaba. No estaba en ningún lugar, nunca más lo estaría.

—Curioso —murmuró, hablando en voz alta—, pensé que tenía a la maldita bomba convencida. Me pregunto qué sería lo que fue mal.

—¡Doolittle!

El pestañeó.

—Sí. Talby, la nave voló. La última bomba detonó dentro.

—¿Boiler y Pinback?

—Estaban a bordo cuando pasó, Talby. Están muertos. Están muertos y la nave también.

Hubo una considerable pausa antes de que el astrónomo replicase tranquilamente:

—Entonces— nosotros estamos muertos también.

—Sí —tuvo un pensamiento—. Quizá podamos mantener nuestra compañía. Al menos sigue hablando —probó los controles de su paquete de propulsión. Nada pasó.

—¡Hey, mi paquete de propulsión está roto! Vaya, hombre... cuando los santos te dan la espalda.

Otro gran pedazo de los desechos vino rodando lentamente hacia él, girando sólo ligeramente. Creyendo que era otro pedazo de la corteza roto, apenas le dirigió una mirada. Luego lo observó según se acercaba y lo reconoció.

Se estaba moviendo pasándole ligeramente por encima, allí fuera, en el abierto espacio. Una forma blonda con un hombre helado en el centro. Helado en hielo químico que con la frialdad del espacio haría que no se derritiese.

—¡Hey, parece el brincador! —dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó Talby.

—El saltador. Ha salido de la nave en una pieza. El comandante Powell lo hizo.

El bloque siguió navegando pasando a Doolittle; éste creyó oír —era su imaginación, naturalmente— un gemido increíblemente débil y confuso según se perdía en la oscuridad.

—Hombres, hombres... ¿Qué pasó, hombres?

Imaginación. A menos que el casi muerto comandante hubiera desarrollado insospechadas habilidades en su estado de helada suspensión. Siguió con la vista el casi transparente bloque hasta que se desvaneció completamente en el campo de estrellas.

¿Que podría hacer alguna mente extraña inteligente exploradora con el saltador? Para él que se quedaría helado, completamente, hasta que se precipitara en un sol o cayera bajo el campo de gravedad de algún planeta.

Sí, el saltador siempre tuvo suerte.

Ahora eso no tenía mucho sentido..., pero no se estaba él sintiendo muy racional ahora mismo. Ponderó sus opciones.

Podía esperar hasta que el suministro de aire se acabara. Rápidamente, en un soplo, él se ahogaría en el vacío. O si lo ajustaba un poco, midiendo las últimas migajas, podía caer en un apacible y sin dolor sueño, del que nunca despertaría.

La primera opción era decididamente menos apetecible, pero, sorprendentemente, la forma más fácil, y no le atraía mucho tampoco. Había algo que echaba de menos: una cierta nobleza de muerte que Doolittle súbitamente sintió, que él, como complemento del *Dark Star,* merecía.

No te apresures, Doolittle, le dijo una pequeña voz. Después de todo, cuando la única cosa que le quedaba en su vida era el decidir de qué manera morir, valía la pena alguna consideración seria, valía la pena hacerlo bien.

Pero la única otra posibilidad que él podía pensar era romper el precinto de su traje y dejar que la falta de aire del espacio entrara. Eso sería más rápido que dejar que el aire se acabara, pero probablemente casi tan doloroso.

Pero si pudiera quitarse el casco podría tener unos cuantos segundos de consciencia. Unos segundos expuesto al elemental espacio, que ningún hombre había experimentado. Sería un logro final, un escalofrío.

Había sido parte de ese espacio hacía ahora veinte años, y sería bonito morir como parte de él también, con todas las barreras desaparecidas entre los dos.

Pero... estaba el dolor.

Siendo más joven Doolittle casi se había ahogado con el hueso de un pavo. El recuerdo de esa espantosa experiencia le acompañó toda su vida. El pensamiento de ahogarse otra vez, y no poder hacer nada por ello era una emoción imposible de vencer. No, el quitarse el casco quedó desechado. Seguramente seguiría la forma tranquila, colocando el flujo de aire al mínimo y dejar que cayese en un tranquilo sueño.

Pero espera un minuto. ¿Y Talby qué? ¿Qué era lo que Talby iba a hacer? Debían discutirlo. Al menos podían morir como un equipo.

Miró detrás de él otra vez. Sí, la explosión le había definitivamente arrojado en una caída en curva y se estaba acercando al planeta bajo él.

El color rojizo era más pronunciado ahora, como un Marte superintenso. Echó de menos el marrón y el azul y se vio sorprendido con las lágrimas que se le estaban formando en sus ojos. El pensaba que sólo se tenían esas emociones bajo control. Y todas las veces debido a un ataque de nostalgia...

Esto era ridículo. Cuando dejase entrar el aire exterior, el frío helaría las lágrimas en sus mejillas. Esa no era forma de morir. Había un pequeño y vital aparato en el casco que posibilitaba a un hombre rascarse la cara. Lo uso para restregarse las lágrimas.

—Estoy yendo derecho hacia el mayor continente —dijo, como si no hubiera habido interrupción en su conversación. Esto apartó de su mente los pensamientos lacrimosos, al menos durante unos minutos—. Sí, recuerdo los informes preliminares. Bien, es una atmósfera bastante sustancial. No respirable, pero buena y espesa.

—Cuando caigas —comentó Talby—, deberías empezar a arder —y añadió, más reverentemente—: Qué herniosa forma de morir, como una estrella fugaz.

¡Doolittle no había pensado ni siquiera en eso! Se irguió algo, tanto como le fuera posible a un hombre que iba a morir.

—Sí, eso sería bonito —su cuerpo se reduciría a sus básicos componentes, esmerado y limpio. Ceniza a la ceniza, polvo al polvo. No habría un esqueleto girando sórdidamente en el espacio del que un sardónico cosmos se mofase.

Y entonces le vino a él, que ni siquiera estaba pensando sobre ello, simplemente dejando sus pensamientos flotar, y allí estaba, mostrando en letras mayúsculas dentro de su cerebro.

—¡Hey, Talby! ¡Talby!

—¿Qué es ello? ¿Qué pasa, Doolittle?

La cara de Doolittle se ensanchó, sonrisa rabelaisiana:

—Adivina, Talby... ¡recuerdo mi nombre! ¡Recuerdo mi primer nombre!

—Eso es grandioso, Doolittle. Ojalá pudiera yo recordar e! mío. Parece que siempre he sido Talby. Tienes... tienes suerte. Doolittle.

Eso era, él tenía suerte. Iba a morir con suerte.

—Eh, Doolittle.

—¿Sí, Talby?

—¿Cuál es? ¿Cuál es tu primer nombre?

—Edward. Edward Vincent. Edward Vincent Doolittle —suspiró y se sintió completamente feliz—. ¿No es fenomenal?

—Es un nombre precioso, Doolittle... Ed. —Estuvieron callados largo rato, varias horas, de hecho. Doolittle fue durmiéndose poco a poco. El sonido de grandes y distantes olas estaba en sus oídos, el grito de curiosas gaviotas arriba, sorprendido de estar durmiendo sobre la barriga en la cálida arena, cuando la voz de Talby salió por el altavoz y le despertó.

—Doolittle, me estoy moviendo rápidamente. Doolittle, y... hay algo más aquí conmigo. Está detrás de mí, todavía distante, pero acercándose rápidamente. Algo que brilla —otra pausa; y más tarde, esto—: Son muchas cosas reunidas. Doolittle. No puedo describirlo... un resplandor, radiación, luz interna... ¡Pero cómo brillan, Doolittle! ¡Creo que podían ser los Phoenix, Doolittle!

Doolittle se despertó y masculló:

—¿Phoenix? —trató de volverse, pero no conseguía localizar el resplandor que Talby estaba describiendo.

Eso era extraño. Pensó que había cubierto todas las secciones del cielo: pero no había ninguna masa de resplandecientes «cosas» en el exterior. De acuerdo con la descripción de Talby, deberían haber dominado los cielos, si es que estaban realmente allí, eso es.

Sólo que no parecía importarle ahora. Nada parecía importarle. Edward Vincent Doolittle... ¡qué melódico! Melódico no. ¡sinfónico! Lo oyó en su órgano: tocó variaciones sobre ello: amontonó fuga sobre fuga: hizo scherzos de Edwards y adagios de Vincents. y grandiosos, fortísimos. Doolittles.

¿Qué es lo que hay en un nombre? Todo. ¿Qué es un nombre sino una medida de sílabas?

Si Talby vio su Phoenix, bien, se alegraba por Talby. También le molestó que él no pudiera verlos todavía. Le había molestado siempre que Talby pareciera ser capaz de ver tantas cosas que nadie más podía ver.

Pero le gustaba el astrónomo a pesar de eso. La voy de Talby cortó sus pensamientos..

—¡Es..., tiene que ser, Doolittle! ¡El Phoenix!

—Eso está bien —concedió Doolittle alentadoramente. Quería que Talby viese su Phoenix. ¿Y quién era el para decir que no estaba allí, traído... especialmente para Talby por sus amigas las estrellas?

Talby los vio, de acuerdo. Las bebió. Eran tan brillantes que la intensidad debería haber herido sus ojos, pero de alguna manera no fue así. Parecía haber un modelo, una forma asteroidal.

Pero eso era totalmente imposible. ¿No eran ellos puramente un fenómeno natural? ¿No eran ellos así?

Y aun así parecía, según iba flotando él más cerca, que el modelo tomaba un perfil definido, formando claramente planes establecidos y conexiones aquí, lados y paredes allí, todos brillando juntos en un cónclave barroco astronómico de gravedad, y luz, y color, y... algo más.

Trató de concentrarse sobre el más cercano elemento del Phoenix, pero aquí la luz era suficientemente fuerte para derrotarle. Aun cuando estaba seguro de que le había echado una mirada, y que el objeto en el centro de esa increíblemente intensa luminaria era algo más que una mera roca.

¿Que más podía ser lo que él no pudiese poner un nombre. O era simplemente que en los últimos estadios de la vida él veía lo que quería ver en vez de lo que realmente era? Un peculiar cosquilleo corrió a lo largo de sus nervios y sintió una pulsación en su sien. Se sintió como un hombre temblando en el abismo de una gran revelación.

—Me… dirijo a ellos —musitó por sus auriculares—. Me dirijo hacia ellos, Doolittle.

Tenía que ser juicioso y cerrar los ojos, él lo sabía. La radiación que seguramente debía salir de los Phoenix quemaría sin ninguna duda sus retinas para siempre, a pesar de la gran protección de la placa facial de su casco.

Pero ¿qué importaba eso? Estaría muerto dentro de una hora de todas maneras. Y no había ningún dolor, ningún dolor en absoluto. Sólo esa sensación expectante.

Había una última cosa que él tenía que hacer.

—¿Doolittle?

—Sí, Talby —llegó la voy cada vez más lejana y distorsionada por la estática de Doolittle.

—Antes de que nos separemos demasiado y nuestras señales se vayan, sólo quiero decirte que… tú eras mi favorito. De verdad me gustas, Doolittle.

Doolittle consideró esto. Su atención estaba fija sobre el mundo bajo él.

—También me gustabas, de verdad, Talby.

Algo flotó pasando delante de su placa facial. Pestañeó, y forzó su callada mente de vuelta a una semejanza de percepción.

—¡Hey, hay más desechos de la nave pasando, Talby! —varios pedazos de la pared del pasillo flotaban perezosamente delante de él—. Aquí están, a mi lado.

—Voy hacia ellos —llegó el recesivo tono de Talby.

Y entonces el astrónomo miró abajo y vio algo que le maravilló, maravillándose también de que pudiera todavía ver. El rojo mundo parecía retirarse cada vez más rápidamente que antes.

—Hey, Doolittle. Me están llevando consigo, Doolittle. Me estoy yendo con ellas. Voy a circundar el universo. Eh, ¿qué me dices a eso?

Luego se miró el brazo. Pequeñas motas de luz como curiosos insectos danzaban alrededor de la manga, y el brillante material del traje estaba brillando cada vez más resplandecientemente, hasta que le dolió el mirarse su propio brazo.

Miró más lejos, abajo a su pierna derecha, y vio que estaba empezando a brillar como un firmamento en miniatura de lámparas incandescentes. Y algo, algo le estaba pasando a su cuerpo. Algo sin dolor y extraño, un cambio extraño y hermoso.

—Estoy con ellos ahora. Doolittle —le llamó—. Volveré por aquí algún

día —luego el cambio fue completo, y cayó en el abismo de la revelación, y lo supo.

—Doolittle, es maravilloso... Antes de que sea demasiado tarde, quiero decírtelo. Sé lo que son los Phoenix ahora, Doolittle. y quiero decirte... que es...

Edward Vincent Doolittle observó los fragmentos del *Dark Star* que le pasaban como un desfile, volteando lentamente.

¿Qué había dicho Talby allí al final, antes que las señales de sus radios se desvanecieran para siempre? No recordaba.

Pero había sido algo bueno, él sabía eso. Pobre Talby, pobre grande, ido con suerte Talby. Fuera de las cenizas del *Dark Star,* al menos uno había renacido.

Y él, él tenía su nombre otra vez. Ojeó los despojos y su mirada se fijó sobre uno en particular, una pieza especial. Y quizá algo más.

Una lenta sonrisa empezó a cruzar su cara. Una rápida mirada en el panel de instrumentos en miniatura dentro de la placa facial mostró la presión fuera: ligera, pero aumentando poco a poco. El estaba en los bordes exteriores de la atmósfera y cayendo rápidamente.

Sería muy pronto, pero todavía podía tener tiempo.

—Talby —llamó, desconocedor de que el astrónomo estaba completamente fuera de alcance. Aun si hubiera estado dentro de su alcance, el presente Talby no podría haberle oído. Pero él, no obstante llamó—: ¡Hey. Talby!

La escalera pasaría muy cerca, la escalera metálica que una vez le condujera de un nivel a otro del *Dark Star.* Pasaría demasiado lejos..., no. Se extendió y puso una mano sobre ella, la atrajo hacia sí.

Una larga sección de la escalera de la nave, derecha y no rota, se mantuvo estable según ambos se dirigían al planeta juntos.

—¡Tengo un montón de hojalata. Talby, y... creo que me he inventado una manera!

El hubiera estado sentado en el agua por horas ahora. Horas. Era por la tarde y nublado y el viento empezaba a ponerse malo de verdad. Pero los turistas hacia tiempo que se habían ido, e incluso los regulares se habían llevado sus tableros, los habían atado a sus coches y lo habían llamado un día.

Pero el último minuto antes de la caída del sol la bola roja se había deslizado bajo las nubes y ahora explotaba sobre las montañas en un último y caluroso reventón de afecto.

El sabía que estaba allí fuera. Tenía que ser paciente, eso era todo, y encontrar los vastos espacios abiertos en sus propios términos. Aun así te podían jugar en falso todo el día, todo el mes, todo el año, eternamente... Pero finalmente, si eras paciente y jugabas limpio con ellos y esperabas tu ocasión, ellos cederían.

Y entonces lo vio —lo sintió más bien—. un rizo sobre el horizonte viniendo hacia él rápidamente y fuerte, y vio que había hecho bien en esperar, esperar mientras los otros renunciaban y se iban.

Había tenido razón al salir afuera lejos, más lejos que cualquiera de ellos, más lejos de donde las olas rompían, y luego estaba encorvándose

como la espalda de una ballena gris, deslizándose fuera del océano hacia él, alargándose desde el punto hasta el final de la tierra. Era un poco más ancha en la cresta ahora, como si se levantara por detrás de él. pero no iba a romperse tempranamente. Iba a ser una buena ola, una gran ola.

Una ola perfecta.

Se puso de rodillas sobre el tablero y se dobló hacia delante, y entonces, justo en el momento preciso, se agarró furiosamente al agua. Estaba en tan buena posición que tuvo que impulsarse sólo una vez. Entonces se sintió a sí mismo levantado hacia arriba, en la palma de un gran verde-gris-negro Dios.

Arriba y entonces se puso de pie, las rodillas dobladas, brazos extendidos para el equilibrio, deslizándose por la cresta, oyendo la tronadora pared detrás de él, oyendo el chillido del aire según el rizo — grande como un túnel submarino, eso era— le llevaba y le colocaba bajo la rugiente espuma.

Se abrazó a sí mismo fuertemente contra ello pura que el viento soplando de esa caverna no le tirase del tablero, de pie a pesar del hecho de que le gritase y despedazase, una fricción generando un calor que él casi pudo sentir a través de su mojado vestido. Un carboneo, furioso calor que surgía según doblaba sus rodillas y se deslizaba por la atmósfera.

Empezando a brillar..., viendo la escalera empezando a brillar bajo sus pies y su traje también, en lugar del agua tornándose de un rojo cereza, y la ola de aire estaba sobre él. sofocándole, rompiéndole. Pero no le derribó, aun cuando vio que no iba a conseguirlo, no iba a salir del rizo.

Y finalmente, cuando su placa facial se resquebrajó por el calor, su sonrisa no lo hizo porque la ola estaba levantándole hacia arriba, hacia el cielo azul, hacia el planeta, arriba y abajo sobre la oscuridad moteada de estrellas.

Barrido...

**FIN**